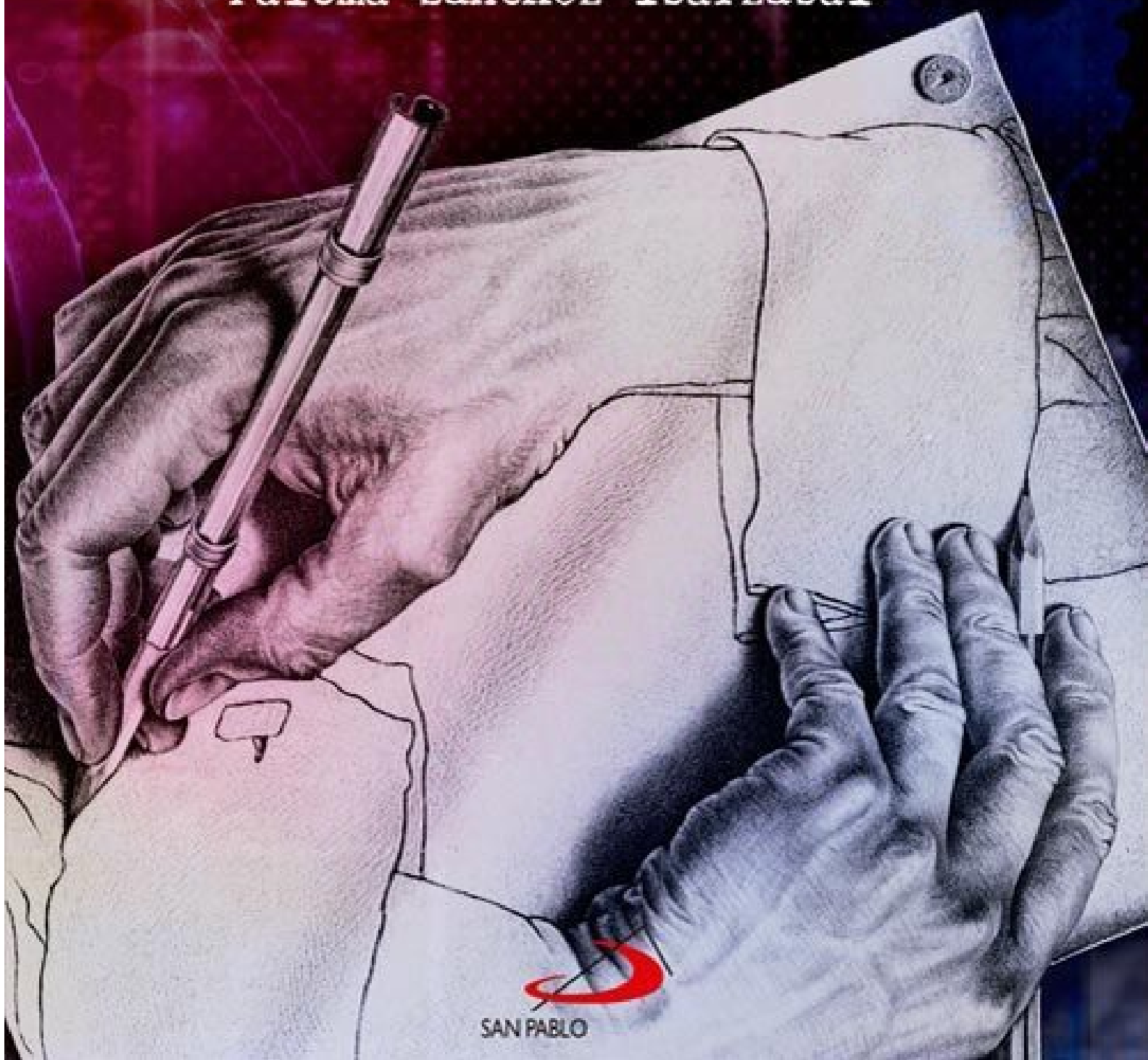


Ecos

Historia de los cuentos borrosos

Paloma Sánchez Ibarzábal



ECOS

Historia de los cuentos borrosos

Paloma Sánchez Ibarzábal



A mis hijos, Raúl y Carlos,
lo mejor de mi vida.

Un día supe que la ciencia no es verdad. No recuerdo qué día, sí el momento. (...) Había un error, y parecía que nadie en la ciencia dejaba de cometerlo. Decían que todo era verdadero o falso.

El mundo es borroso, pero nuestras descripciones no, el mundo es gris pero la ciencia es blanca y negra.

(BART KOSKO, de su libro *Pensamiento borroso*)

Estimado Olivera:

Como ya le comenté en la breve conversación telefónica que mantuvimos hace semanas, me encontré con el correo electrónico de mi amigo, el autor de la novela *Historia de los cuentos borrosos*, a mediados de septiembre del año pasado.

Su *mail* me sonó raro. No la primera parte, pero sí luego. Sus primeras palabras solo respondían a otro correo mío anterior en el que yo le comunicaba que había leído su novela y le apremiaba para que terminara de escribir el final. Me la había mandado aún sin concluir, para que yo le diera mi primera impresión, pero la interrumpía en el momento más interesante y yo rabiaba por saber el final como esos adictos a las telenovelas que se sienten morir cuando acaba el capítulo y se corta la emisión en lo mejor del asunto.

En su carta él me explicaba cómo se le había ocurrido la historia. Ya sabe, palabras normales en el trato entre amigos, ideas normales, explicaciones normales sobre el proceso de escribir, de novelar... Pero a medida que leía su *noté* (y él me lo confirmaría unos renglones más abajo) que algo le había sucedido en el transcurso de la escritura.

La carta se volvía confusa, sin sentido... y al final de ella me nombraba, ¡nada más ni nada menos!, que depositario de esta novela, como si él fuera a morir o sintiera que estaba a punto de sucederle algo grave. O simplemente hubiera decidido marcharse, huir..., en busca de una verdad de la que ya no podía escaparse. Y supuse, por extensión, que también me hacía depositario de esas últimas palabras que me dedicaba antes de desaparecer, además de ese extraño final que se le reveló (según él mismo manifestaba) en el último momento, mientras me escribía la carta, y que igualmente me adjuntaba.

No sé qué pudo sucederle. Imagino que esa historia se le complicó más de lo que él esperaba. Tal vez nunca debió escribirla, y ahora pienso que fue el hacerlo lo que le llevó a descubrir algo que quizá nunca querría haber descubierto. Supongo que se sintió como un niño que de pronto averigua quiénes son de verdad los Reyes Magos.

El caso es que, por más vueltas que le doy, sigo sin comprender cómo terminó viéndose enredado de esa manera hasta el punto de que, al finalizar la historia, él mismo

parecía formar parte de ella, sin línea divisoria entre lo escrito y su propia vida. Pero, ¿quién sabe a qué terreno pertenecen las historias antes de que nazcan en un folio, y si procediendo de un ámbito, tal vez real o tal vez fantástico, acabarán luego por echar raíces en otras regiones que no les pertenecerían por origen? Las historias, ya lo sabrá usted como editor, son así de caprichosas. Y a veces ni siquiera son fieles a la expectativa del autor ni del lector, y habiendo comenzado a caminar en una dirección junto a nosotros, de repente giran bruscamente y deciden contarnos otra cosa. Esa que no esperábamos ni creíamos que nos contarían, y para la que, quizá, no estábamos preparados.

Ahora pienso que mi amigo acabó de escribir esta novela averiguando una verdad que no le gustó conocer. Sin saber si aquellos personajes que él había dejado dibujados con palabras sobre el folio resultaron finalmente ser reales o tan solo fueron fruto de un espejismo entre la niebla. O si la propia niebla no sería más que un espejismo dentro de otro espejismo. ¿Acaso alguien puede decir con absoluta certeza si eso que llamamos «la realidad» es de verdad la realidad? ¿O tal vez pudiera ser solo la ilusión de un holograma dentro de ella?

He guardado esta novela, , durante meses en el archivo de mi ordenador, sin saber bien qué hacer con ella. Busqué a mi amigo, su autor, por todas partes, pero de momento sin éxito. Es como si se le hubiera tragado la tierra, como si solo esa carta y su última novela fueran los únicos testimonios de su paso por este mundo.

No sé si hago bien o mal incumpliendo su voluntad. Pero pienso que toda historia escrita, salvo que acabe malograda por la impericia de quien la escribe, se escribe para ser leída. No ya porque lo merezca su autor, sino porque la propia historia así lo reclama. Y es por eso por lo que al fin he decidido presentarla a su editorial, sin correcciones de ningún tipo, tal como a mí llegó. En fin, juzgue usted. Yo soy un mero intermediario, tal vez solo un instrumento de alguien en alguna parte.

Atentamente,

FÉLIX DE TENA

Historia de los cuentos borrosos

(Lo escrito en el CUADERNO ROJO)

Clara cruzó Alcalá en dirección a Gran Vía con la sensación de que el destino la estaba esquivando. No había encontrado nada, por más que buscó en cada rincón del parque. Y ahora, ya de noche, el calor sofocante de Madrid acumulado tras un día de altísimas temperaturas, unido a esa sensación de fastidio y pérdida de tiempo, la envolvieron a partes iguales.

El mensaje que recibió justamente la tarde anterior había sido claro: *día 29 de junio. Intercambio de libros en el Retiro. Deja tu ejemplar en el parque y llévate lo que encuentres.*

Esa tarde, antes de ir, pensó que el destino la esperaba en el Retiro. Por eso había participado. No pudo reenviar a nadie el *sms* porque todos sus amigos se habían marchado de Interrail la semana pasada, un viaje por Europa. Es decir, estaba sola en la ciudad. Y por eso se entretenía, en medio del aburrimiento veraniego, de las tardes interminables de calor, del hastío de no tener nada concreto que hacer, jugando a ver qué ocurría, a ver qué le deparaba ese verano. El verano en la ciudad era una inmensa y pegajosa bola caliente que nunca se acababa de derretir.

Quizá ese mensaje era una señal. Algo que la llevaría a una pista que a su vez le indicaría qué hacer con su vida. Así que, fue al Retiro, sobre las siete de la tarde, y dejó *El señor de las moscas* justamente debajo de la estatua del diablo. Luego, deambuló parque arriba, parque abajo, intentando localizar algún ejemplar que el azar le hubiera destinado, algún libro del que otra persona, como acababa de hacer ella, se hubiera desprendido. Pero, extrañamente, no logró encontrar ninguno. Y eso le había puesto de mal humor.

Clara a veces se parecía a *La Maga* paseando por Madrid. *La Maga* era ese personaje de *Rayuela*, la novela de Cortázar, que vagaba por París confiando en encontrarse azarosamente con su amado Oliveira. Clara salía cada atardecer, cuando el calor del mes de junio daba algo de tregua, a caminar sin rumbo por la ciudad, gastando zapatillas, sola, en busca de señales que los hados tuvieran a bien enviarle y que le hablarían de su destino. De lo que era ella y hacia dónde debía dirigir su vida.

Creía que el destino se manifestaba en los pequeños detalles, que no eran sino señales que a una le salían al paso, y que no había más que estar atento y saber interpretarlas: un libro encontrado al azar, una frase que de repente lees en un cartel publicitario, unas palabras pronunciadas en la tele o en la radio según la enciendes, una conversación escuchada al vuelo de alguien que espera el autobús junto a ti, un encuentro fortuito... Era su forma de intentar comprender la vida, su propio destino, que aún aparecía tan confuso y desconocido ante sus ojos.

Pero lo único que había conseguido esa tarde fue una rozadura en el talón. La maldita

sandalia...

Llegó hasta el portal de su casa ya de noche. Se trataba de un edificio del casco antiguo, sin ascensor. La puerta de hierro se cerró prolongando su estrépito por todo el zaguán, y Clara quedó sumida en la oscuridad. Tanteó por la pared buscando el interruptor de la luz. Pero el piloto localizador debía de estar fundido y no lo encontraba. Apenas hubo dado dos pasos cuando se percató de que, en medio de esa oscuridad, había alguien más allí con ella, compartiendo esos escasos metros cuadrados de la entrada. Clara se detuvo en seco. Todos sus mecanismos de alarma se pusieron en marcha. Escuchó una respiración, unos pasos moverse en la escalera. Retrocedió hacia la puerta, mientras su mano seguía barriendo la pared sin encontrar el dichoso interruptor. ¡Ahí estaba! Lo pulsó con una fuerza excesivamente inútil.

Se encontraron frente a frente.

Así que, era él... Sintió cierto alivio, a la vez que fastidio. Se trataba de su vecino del primero, Juan Carlos, el hijo de los dueños de la panadería de la esquina. Él la miró desde esa palidez extrema que a Clara siempre le había recordado a los vampiros de las películas antiguas; con una expresión que, contemplada bajo la luz mortecina del portal y tras la tensión originada por la situación, casi le produjo pavor.

Casi nunca se habían dirigido más de dos palabras. Siempre se habían ignorado, desde pequeños. Jamás jugaron juntos en la calle, ni en la escalera. Cuando los dos eran niños vivían allí otros vecinos con hijos de la misma edad, y todos formaban pandilla. Todos menos Juan Carlos. Luego, se fueron marchando y solo quedaron ellos dos de entre toda aquella chiquillería. Clara, de niña, sí salía a la acera a jugar a la comba, a la goma o al escondite. A echar carreras de patines. O a lanzar la pelota contra la fachada hasta que alguna vecina les tiraba un cubo de agua por la ventana para que dejaran de molestar. Juan Carlos nunca. Ese chico siempre andaba asomado a la ventana, medio escondido tras una persiana o tras la cortina. Desde ahí los veía jugar. Los chicos empezaron a elucubrar toda clase de fantasías y durante muchos años corrió la leyenda de que Juan Carlos simplemente estaba loco y su madre lo tenía retenido, atado a la pata de la cama con una cuerda larga que solo le permitía llegar hasta la ventana, para evitar que saltara a la calle e hiciera daño a los demás chicos.

Ahora, después de tantos años, Clara tan solo pensaba que era un chiflado, un raro, un anacoreta. Y si era sincera consigo misma, reconocía que le daba algo de miedo encontrarle. Nunca fueron amigos. Ni enemigos. Él solo había sido el loco, o el raro del primero para Clara. Y Clara solo era “esa del cuarto” para él. Habían crecido sin ningún interés mutuo. Jamás lo tuvieron ni lo tendrían. Eso pensaban. Prácticamente ni se saludaban al cruzarse.

Y sin embargo, aunque ellos no lo sabían, los dos compartían mucho más de lo que se imaginaban. Los dos creían en las señales, en los mensajes cifrados que el destino mandaba caprichosamente a través de mil casualidades. “Las casualidades andan por las calles, siguiéndonos los pasos”, pensaban los dos.

Bien, ahí estaba. En lo alto del primer tramo de escaleras. Juan Carlos. Escondiendo su cuerpo tras una montaña de libros que transportaba en sus manos mientras hacía

equilibrios desafortunados, que obviamente acabaron muy mal. De pronto la torre se le desbarató. Y los libros cayeron estrepitosamente escaleras abajo. A su vez, una bolsa de papel que aún sujetaba se venció, vertiendo su contenido. Manzanas amarillas, que bajaron saltando los peldaños y desperdigándose por el portal como bolas de billar buscando un agujero en el que esconderse.

Clara le miró, estupefacta, aún asustada por el inesperado encuentro.

—Siento ha... ha... haberte asustado —se disculpó él balbuceando, y bajando medio a trompicones para hacerse cargo del desastre.

—¿Cómo cargas... con tantos libros? —al menos había diez o doce tirados. Clara se agachó a su lado para ayudarle a recogerlos y encontró uno que le resultó demasiado familiar: *El señor de las moscas*.

—Los encontré en el Retiro, ¿sabes? —de repente, al hablar de libros, se iluminó su rostro y sorprendió a Clara con un discurso inesperado, él, que casi nunca dirigía a nadie la palabra—. Hoy era un día concertado para dejar libros y llevarte lo que encontraras. Recibí un mensaje en el móvil... Yo encontré todos estos.

Vaya, cosas de la vida. De la vida injusta, claro, pensó Clara.

—¿Todos? Pero se supone... ¡que solo podías llevarte uno!

Él se encogió de hombros.

—¿Quién dice eso? El trato era dejar un libro. Bien, yo dejé el mío. Y luego te podías llevar “lo que encontraras”. Eso decía el mensaje. No hablaba de cantidades. Uno o mil. *Lo que encontraras*.

—Pero... se suponía que era... tantos como tú dejaras... Habrá gente que seguro que se quedó sin...

—No se supone nada. Te llevas lo que encuentras y punto. Yo encontré estos.

“Eres... eres... ¡un... estúpido... egoísta! ¡Un chorizo, chaval! ¿Lo sabías?”, pensó Clara mientras colocaba SU “señor de las moscas” sobre la torre de libros que volvía a sostener Juan Carlos. Pero no se atrevió a decírselo a la cara.

—Lo lógico sería haberte llevado uno —insistió en su reproche—. Es algo que cualquiera con dos dedos de frente supone...

—¿Solo uno? ¿Y cómo sé yo cuál elegir? ¿Y si lo que elijo dejar es justamente lo mejor y dejo pasar la oportunidad de encontrar algo interesante...? Por eso me los traje todos. Todos los que encontré, vaya... No le he quitado nada a nadie.

Clara no supo qué argumentar. En el fondo, pensó, si el destino le hubiera deparado la suerte de toparse con todos esos libros, tal vez ella habría hecho igual. No podía saberlo. Nadie puede saber cómo reaccionará ante un acontecimiento al que jamás se ha tenido que enfrentar. Ni por mucho que se imagine. Uno nunca se conoce lo suficiente como para adivinarse. Aunque siempre creemos que sí, que nos conocemos bastante y que sabremos qué haremos llegada una situación determinada. El asunto de los libros le había salido mal, estaba claro. Pero ahora, con ese encuentro repentino, se sentía aún más fastidiada, como si ello supusiera la burla final, el colofón a ese día suyo de silencio de los hados. Sí, porque los hados habían callado impunemente durante todo el día. No había habido ninguna señal para ella.

—Hay que recoger... ¡las manzanas...! Si no te importa... —le pidió Juan Carlos parapetado de nuevo tras su montaña de libros.

Clara, dando un suspiro de fastidio, se dirigió hacia las manzanas que habían quedado ocultas junto al cuarto de contadores. Fue entonces cuando se dio cuenta de que, en el suelo, en una zona donde la luz era más bien escasa, por no decir inexistente, había algo además de las manzanas. Un cuadernillo de pastas negras. Seguramente habría caído entre el enrejado de la barandilla. Tenía el tamaño de media cuartilla, pequeño, fino. Clara lo abrió un instante. Estaba escrito con bolígrafo azul, con una letra cuidada. ¿Un diario, tal vez? ¿Un diario de... su vecino?

Y fue entonces cuando Clara pensó una maldad. Una maldad de esas que cruzan a veces por dentro de nuestra frente como nubes que, atravesando veloces la cima de una montaña, de repente cubren todo de sombra, pero solo un instante. Ella también tomó su decisión en un instante. Metió el cuaderno en su bolso, aprovechando que Juan Carlos estaba demasiado ocupado haciendo de nuevo equilibrios para subir los peldaños con su biblioteca a cuestras y coronar la cima del primer descansillo de la escalera.

“Esto va por mi *Señor de las moscas*”, pensó Clara con el alborozo de la venganza que sentía más que justificada.

—¿Me subes las manzanas, por favor? —le pidió de nuevo Juan Carlos.

—Claro. Ya voy.

Clara cogió la llave del bolsillo que le indicó su vecino y le ayudó a abrir la puerta.

—Puedes... entrar... si quieres —ofreció Juan Carlos.

—No sé si...

Ella dudó, pero... Sintió mucha curiosidad. Así que le siguió, cargada con las manzanas por el angosto pasillo hasta desembocar en lo que supuso era su habitación. Se quedó estupefacta al verla. Había libros por todas partes, en las estanterías, en el suelo, en la cama... “Está claro que todo su mundo son los libros”, pensó con gran sorpresa.

—¿Dónde dejó las manzanas? —preguntó tras comprobar que Juan Carlos había abierto uno de los libros y tranquilamente se había sentado en la cama a hojearlo.

Él se volvió y la miró con perplejidad a través de sus gafas, como si ya hubiera olvidado que ella venía detrás.

—¡Ah..., sí...! Esto... trae... trae... ya me ocupo yo...

—Bien... pues... ¡adiós! —se despidió ella, dirigiéndose a la puerta.

—Adiós, y... gra... gra... gracias... —balbuceó, y en ese instante las manzanas se le desparramaron de nuevo por todo el pasillo.

“¡Torpe!”, pensó Clara mientras cerraba la puerta, desentendiéndose.

Subió lentamente las escaleras hasta el cuarto piso. Al abrir el bolso para sacar las llaves vio el cuaderno negro que acababa de coger. Lo sacó antes que las llaves. *Cuento borroso*, rezaba en la cubierta. Bien, ¿eso era lo que el destino le había otorgado?, se preguntó.

Y antes de entrar sintió como si una voz burlona le dijera desde esas mismas páginas aún no leídas que el destino casi nunca es lo que uno espera. ¡Vaya...!

“Pienso encontrar la verdad de lo que pasó, cueste lo que cueste”. Camilo se recostó en la silla. Estiró sus brazos desperezándose y luego manejó el ratón llevando el cursor hasta el símbolo de “guardar”. Bastaba por hoy. Mañana repasaría lo escrito. Mañana corregiría las frases, las palabras, las escenas. Mañana tal vez tirara todo a la papelera. ¿Quién sabe lo que pasaría mañana?

Ahí en la pared, frente a su mesa, el póster de Escher que tanto le gustaba parecía presidirlo todo como un testigo de su tragedia. *Manos dibujando*, se titulaba el cuadro. Esas dos manos que se dibujan la una a la otra, saliendo de su universo en dos dimensiones, como a una nueva realidad, dejando de ser simples dibujos en un papel para de repente convertirse, aparentemente, en manos reales con autonomía propia para decidir sobre el mundo y, muy especialmente, sobre sí mismas. “Dos manos que se hacen conscientes de su condición de mano –pensaba Camilo siempre al verlas– y toman las riendas de su vida, hasta ese momento inexistente”.

Vio la exposición en Madrid, hacía poco más de un año, y fue allí donde compró el póster. Bajó con su familia hasta la capital un fin de semana para que su madre diera “una vuelta a la casa” y su padre recogiera el correo. Al pasar por la plaza de Castilla, en lo más alto del depósito del Canal de Isabel II, donde ahora se ubicaba la Fundación Canal, se anunciaba la exposición de Escher con un cartel gigante. El cartel representaba ese grabado de peces rojos voladores que parecen aviones, y que se titula *Profundidad*. El coche de su padre pasó Castellana abajo con la lentitud de las paradas en los semáforos y los atascos inevitables de la ciudad, y él se entretuvo mirando con fascinación esos peces-aviones recortados en el cielo luminoso de Madrid, como hipnotizado. Y los siguió mirando por la ventanilla trasera cuanto tiempo pudo hasta que la distancia los convirtió en puntos irreconocibles. Luego, en casa, su padre sacó el correo del buzón, que ya desparramaba las cartas por su abertura igual que un plato rebotante de filetes.

—Vaya... sí que tiene gracia... —dijo al leer el contenido de una de las cartas—. La Comunidad de Madrid nos regala dos invitaciones para esa exposición de Escher en la Fundación Canal, por “nuestro consumo responsable de agua”.

El caso era que consumir agua en Madrid, no consumían ni gota pues ahora vivían en Santander.

Camilo pensó que eso era una señal. El anuncio de esa exposición le había llamado la atención al pasar junto al Canal, y justamente, ¡se encontraba dos entradas en su buzón!

Ese mismo sábado, cogió el metro y fue a verla. Fue solo, pues nadie le quiso acompañar.

Le impresionaron mucho los cuadros. Escher tenía una forma especial de entender el universo, las cosas... Creaba mundos donde nada era abajo o arriba de forma absoluta, donde todo era a su vez continente y contenido, donde la figura-espectador que contemplaba el cuadro a su vez podía pertenecer al mismo cuadro contemplado, contemplándose de ese modo de una forma infinita. Todo podía ser una cosa y a la vez

su contraria. Todo lo que subía también podía estar simultáneamente bajando, dependiendo de la perspectiva desde la que se mirase la imagen representada. Extrañas figuras que salían de una dimensión y acababan metamorfoseándose en otra realidad distinta que hasta ese momento jamás hubieran imaginado. Pero lo que más llamó su atención fueron esas manos capaces de salir de su hoja de papel para terminar de dibujarse, para terminar de crearse la una a la otra. Le parecieron perfectas. Estaban integradas en un mundo en dos dimensiones, ficticio, irreal, pero a su vez también parecían formar parte de otra realidad nueva a la que nacían mientras se autocreaban. Como si simultáneamente pertenecieran a dos mundos distintos.

Por la noche, en su casa de Madrid, estuvo buscando en Internet. Afortunadamente, aún conservaban la conexión pues el trabajo de su padre requería que también utilizara Internet incluso cuando regresaba a su antigua vivienda. Le bastó con teclear en Google el nombre de Escher y seleccionar búsqueda de imágenes para encontrarse de nuevo con toda su obra. Unas de las páginas que más le gustaron a Camilo fueron la de *El mundo de Escher* (<http://www.worldofescher.com/gallery/>) y la de la Universidad de Granada (<http://aixa.ugr.es/escher/table.html>). En esta última aparecían prácticamente todas sus obras, y podía seleccionarlasm para verlas en grande.

Al día siguiente, decidió visitar de nuevo la exposición con la segunda entrada gratuita que aún le quedaba. Estuvo toda la tarde frente a los cuadros, como si ellos guardaran un misterio que pudieran revelar le una verdad del mundo o de la vida que desconocía por completo. Solo cuando la voz de los altavoces anunció el cierre del recinto, se dirigió hacia la salida, y en la tienda del museo compró el póster que ahora contemplaba en la pared, frente a su ordenador.

Cuando lo vio, su hermano Chema también se sintió muy impresionado por ese póster y empezó a interesarse por todo lo referente al arte de Escher. Desde luego, se arrepintió de no haber ido a ver la exposición. Un día Camilo encontró un libro del artista en una librería del centro de Santander y decidió regalárselo para su cumpleaños. A Chema le entusiasmó. Pero a los pocos días, cuando Camilo entró en la habitación de Chema, comprobó para su perplejidad que su hermano había arrancado todas las hojas del libro (era un libro solo de ilustraciones) y había empapelado con ellas todo el frente de una pared. Camilo se enfureció con él.

—¡Has destrozado un libro! ¡Un libro carísimo y precioso! —le reprochó.

—¡Eh, no te mosquees! No he destrozado nada... Digamos que... solo lo he abierto por todas las páginas a la vez. Quiero ver todos los dibujos. Al mismo tiempo. ¿A ti qué más te da? Es mío, ¿no?

Y ya no hubo más discusión con él. Chema a veces le desquiciaba.

Los cuadros de Escher ejercieron un poder hipnótico sobre Chema, como si escondieran una verdad que tanto Chema como Camilo por completo desconocían, pero que en la grieta más oscura de su consciencia tal vez anhelaban saber.

Pero ahora eso solo eran recuerdos. Las láminas de Escher seguían empapelando la habitación de Chema. Pero sin Chema. Al igual que los utensilios de un camarote abandonado atrapados para siempre en la oscuridad del barco hundido.

Camilo se levantó de la silla con parsimonia y se asomó a la ventana. Por encima de los tejados rojos la brisa marina le trajo el olor a sal y le refrescó el rostro. El rebullir de los árboles de la plaza bajo su ventana le hizo sentir bien. Aun así, siempre echaba de menos su ciudad, Madrid, la ciudad donde había vivido hasta que cumplió los dieciocho, toda su infancia, hasta que a su padre lo destinaron a Santander cuatro años antes y los arrastró a todos. Allí comenzó su carrera de Filosofía. Y allí, junto al mar, había sido feliz hasta hacía un año. Ahora no lo era. Y tal vez por eso no podía evitar que Madrid se colara constantemente en las historias que escribía, como hoy le había sucedido, pensó. Madrid, con sus ruidos y su ajeteo. Y su asfalto a punto de derretirse en verano. Su protagonista, Clara, perdida, sola en la vertiginosa ciudad, sola en medio de una historia que aún ni siquiera sabía Camilo adónde le llevaría. Escribir es inventar una vida, un mundo. Él inventaba a Clara. Y a Juan Carlos. Elegía o desechaba según le parecía. Y así, poco a poco, eligiendo y rechazando, iba averiguando el camino. ¿Y no ocurre lo mismo en la propia vida? Uno también se inventa su vida cada día, según elige o rechaza, según planea o anticipa. Uno va averiguando sobre la marcha, o incluso averiguándose a sí mismo. Y quién sabe de verdad lo que pasará mañana.

Sacó su pipa del bolsillo, recuerdo del año que aprobó selectividad. Estaba tan contento con las notas que al pasar por una tienda de fumadores cerca del metro de Moncloa, decidió comprarse una que le gustaba desde hacía tiempo. Era blanca, tallada en espuma de mar, le dijo el dependiente, y tenía una extraña forma de cuerpo de diosa envuelta en velos que se insinuaban semitransparentes, muy ceñidos al cuerpo. Era carísima. Un capricho que le sacó a su padre. Un impulso, una de esas cosas locas que se hacen sin motivo ni razón. Porque él no fumaba ni le encontraba el gusto a hacerlo, pero de repente se le ocurrió que llevar ese objeto en la comisura de los labios le daba cierto aire interesante. Y poco a poco se acostumbró a usarla como el que se pone un palillo entre los dientes cuando está nervioso. Nunca la encendía. Pero le gustaba la imagen intelectual que creía le proporcionaba la pipa.

Desde su ventana, Camilo siguió con la mirada a una chica que bajaba por la acera de su calle, en dirección hacia la playa, con su bolsa al hombro y ligera de ropa, moviéndose con desparpajo. Bien podría ser la misma Clara, pensó, y su mente volvió de forma inmediata a la historia que acababa de empezar a escribir. Clara y Juan Carlos. Aún no sabía qué hacer con ellos. Solo tenía una idea difusa: enfrentar a dos seres al hecho de que no saben de sí mismos o de los demás tanto como ellos creen saber. Y buscan señales de lo que les ocurre en sus vidas y no comprenden, en las historias que leen y que llegan de forma azarosa hasta ellos. ¿Pueden las historias que leemos convertirse en una realidad palpable, enviarnos mensajes ocultos para interferir en nuestra vida, en nuestras decisiones, señalarnos un camino..., o solo interpretamos lo que leemos según lo que necesitamos escuchar en cada momento? En el fondo se trataba de dos seres que querían saber quiénes eran y hacia dónde se dirigían, como todo ser en este mundo cuando llega a esa maldita edad que se llama adolescencia y siente que está más perdido que una ballena sorda en medio del mar. Y la piel parece quedarle pequeña, pero todavía no sabe con qué otra piel debe cubrirse. Pero aparte de esa difusa y, así pensada

en abstracto, hasta podría decirse que aburrida idea, Camilo poco más sabía de lo que iba a suceder en la novela que acababa de empezar. De momento, no comprendía cómo Clara había decidido “por su cuenta” quedarse con el cuaderno de Juan Carlos. No entraba en sus planes de autor que Clara hiciera esa clase de cosas. Esa Clara... resultó ser una pequeña ladrona. Camilo sonrió. Las manos que se escapan del papel para dibujarse solas... ¿Y ahora qué? Las manzanas amarillas rodando por el portal, cuya aparición igualmente sorprendió al propio Camilo, habían llevado a esa chica hasta el cuaderno, pero ¿qué, maldita sea, había escrito en ese cuaderno negro? Era algo que Camilo no sabía aún y que debería indagar. Ahora no le quedaba más remedio que buscar en su cabeza el contenido y la importancia que tendría en la historia que escribía. ¿Apuntes? ¿Notas? ¿Algún secreto de Juan Carlos? ¿Un diario, como suponía Clara? ¿Qué sabía él qué puñetas había escrito ahí!

Camilo miró hacia su estantería. Sus ojos se posaron casi sin quererlo en el cuaderno negro que él mismo había encontrado en el autobús cuando regresaba del cementerio. De esto haría ya un año, recordó. Y ahora, de repente, como una gotera silenciosa que poco a poco va horadando los muros dentro de la pared de la memoria, el cuaderno, sin que él lo recordara siquiera conscientemente, se había colado en esa novela que pretendía escribir. Pero, ¿por qué había dejado que sucediera? ¿Por qué “su” verdadero cuaderno (escondido en ese rincón oscuro del pensamiento) apareció en ese rincón oscuro del portal para formar parte de la historia que escribía? Cuando quiso darse cuenta, el cuaderno, titulado *Cuento borroso*, ya estaba en el bolso de Clara. Y ahora él... Ahora no estaba seguro de desear que formara parte de la historia que escribía. Ni siquiera de forma ficticia, cuanto mucho menos de forma literal. No, de ninguna manera. No podía copiar sin más lo que había escrito en él. Eso sería un plagio, puesto que el contenido del auténtico cuaderno pertenecía a alguien... aunque él se lo quedó igual que acababa de hacer Clara... Tendría que inventar una historia distinta para Clara. Pero... ¿el qué?

Camilo mordisqueó la pipa. Se sentía incómodo sin saber bien el motivo. Quería contar, ¿no?, analizó. ¿No se trataba, en el fondo, de eso? ¿Acaso esta historia no era una mera excusa? Inventar una historia ficticia a través de la cual fuera reflejándose todo lo que sucedió con su hermano Chema, aunque de forma camuflada, claro. Un dolor que se transforma en historia deja de ser dolor para ser historia. La realidad convertida en ficción deja de ser real, y por tanto, dejará de doler, pensaba él. Bien. Él sabía que en el fondo escribía porque quería encontrar la verdad de lo que pasó, como si, protegido por ese mundo de ficción, los hechos que ocurrieron relacionados con su hermano pudieran adquirir ante sus ojos otra claridad que la realidad no le permitiría nunca conocer. La realidad siempre está removida, hurgada por mil manos y opiniones y versiones diferentes, que siempre acababan enturbiándolo todo. Pero Camilo dudaba. Aún no sabía si escribiendo podría encontrar la verdad o solo la acabaría inventando, y de ese modo, la verdad dejaría de ser como fue y se convertiría en otra cosa. “Los escritores no escriben verdades, Camilo, solo las inventan”, escuchó una vez decirle a un profesor. Y a menudo discutía con su amigo Marco, compañero de la facultad: “¿Pero es que acaso puede decirse que existe la verdad? ¿No crees que solo la confeccionamos a nuestra medida

para explicar lo inexplicable? La realidad nos la inventamos a cada minuto, Camilo, como una novela”.

Ahora, tras toda una mañana de escritura, dudaba. No sabía si esa historia había empezado bien o mal para lo que él se proponía, con esa escena del encuentro entre Clara y Juan Carlos. Tal vez lo que estaba haciendo era huir de la verdad, rodearla, distorsionarla para acabar contando otra cosa que nada tuviera que ver con lo de su hermano... ¿Tanto miedo tenía de enfrentarse a los hechos?

Camilo cogió al azar un libro de la estantería. *El arquero inmóvil*. Era un ensayo sobre el arte de escribir cuentos. Lo abrió por cualquier página y leyó la primera frase con la que se encontró: *El autor se despeña por el abismo al mismo tiempo que sus personajes*. Vaya, qué ilustrativo. Otro más que se despeña... Pero así se sentía él frente a su historia: como si acabara de saltar a un precipicio y aún estuviera cayendo... sin saber cómo ni dónde aterrizaría.

Dejó el libro y sacó el pequeño cuaderno de tapas negras. El auténtico, el que el propio Camilo había encontrado aquella mañana en el autobús que para junto al casino de Santander. Solo estaban libres esos dos asientos, y ahí estaba el cuaderno, en el asiento de la ventanilla, como si le estuviera esperando justamente a él: *Cuento borroso*, leyó el título. Tuvo que cogerlo para poder sentarse. Alguien lo habría olvidado. Pensaba dejarlo en el asiento de al lado. Pero en ese instante lo ocupó la señora que había subido detrás de él, por lo que el cuaderno quedó estúpidamente en su mano. No pudo menos que echarle un vistazo. Y al leerlo, ya no pudo hacer lo que le dictaba su conciencia: entregarlo al conductor. Seguramente alguien iría a reclamarlo (y claro que alguien fue a reclamarlo).

Él, Camilo Lamprú, también había robado. Y había mentido cuando una chica, más o menos de su edad, al final del trayecto, subió al autobús preguntando por un cuaderno olvidado en un asiento. Él también lo había escondido rápidamente en su mochila. Quizá por eso ahora Clara actuaba como actuaba. Y le señalaba con el dedo desde la pantalla del ordenador como diciéndole: *Si tú lo hiciste, ¿por qué no yo?* ¡Sí, reconócelo, Camilo! Uno se camufla, se desdibuja en una niebla de palabras. Les había cambiado el nombre, la ciudad, la edad... Se había dividido a sí mismo en dos... El camuflaje era perfecto. Nadie le reconocería a simple vista. Pero esos dos: Juan Carlos, el tipo solitario, medio chiflado, rodeado de sus libros, torpe, tímido con las chicas, al que no le importaba lo más mínimo lo que ocurriera en el mundo si tenía un libro donde él pudiera quedarse a vivir; y Clara, esa chica que buscaba saber de su futuro, paseando por la ciudad azarosamente, intentando descifrar las señales sobre su vida, esa Clara ladronzuela, enamorada siempre de amores imposibles, inalcanzables (aún no había escrito esto pero... sí... lo haría), a la que le gustaba escribir historias... Ambos le señalaban a él con el dedo desde las páginas donde los había atrapado. ¿De verdad creía él, Camilo Lamprú, que los tenía atrapados? ¿Puede un escritor creer que sus personajes están atrapados en la blancura de un folio, en la luminosidad de una pantalla de ordenador?

Camilo encendió de nuevo el ordenador, con un impulso renovado. Bien, tenía que

mantener una cierta disciplina si quería acabar la novela. No podía irse a la calle sin saber qué (¡maldita sea!) había escrito en el cuaderno negro que Clara encontró en el portal. Tenía que indagar y la única manera era escribiendo sin parar, sin darse aliento hasta acertar con la idea exacta. Meterse en la piel de Clara y asomarse a sus ojos y ver y leer lo que ella leería al abrir el cuaderno. Camilo se colocó de nuevo frente a la pantalla, y pasó unas cuantas horas más tecleando.

* * *

El espeso calor de la noche veraniega en Madrid acabó por dar paso al aire azulado y engañosamente fresco del amanecer. Desde su cama, sumergida en un profundo sueño, Clara escuchaba, sin percatarse todavía de ello, los ruidos de la calle de nuevo en movimiento, como si la rueda de la vida hubiera comenzado a girar anticipadamente con ella aún suspendida en una frontera más allá de la auténtica vida. ¿Auténtica vida? ¡Ja! El autobús rugió en la parada bajo su ventana. Se dio la vuelta y oyó una especie de golpe junto a ella. Se despertó jadeando, empapada de sudor. Solo entonces comprendió que estaba teniendo esa pesadilla. La que se repetía tan a menudo últimamente. Clara se quedó mirando al techo, aún demasiado oscuro. Pronto el sol lo haría refulgir. Pero ahora, entre las sombras, aún podía distinguir su propio sueño flotando en medio de ellas.

Siempre era igual... Ella camina por la ciudad y de repente comprende que la ciudad y ella están metidas en una especie de burbuja que flota por el aire con rumbo desconocido. Viaja dentro de la burbuja, pero al tiempo ve cuanto sucede desde fuera, desde un lugar muy alto. Luego, repentinamente, algo pincha la pompa y esta comienza a caer vertiginosamente, desmoronándose todas las casas, los coches, la gente, los árboles... y ella misma, desapareciendo hacia un agujero negro e infinito donde todo se pierde en la oscuridad de los abismos. En breves instantes solo queda ella, que igualmente sigue cayendo sin poderse detener. Mira hacia abajo pero no hay suelo, solo una especie de vacío. Siente pánico. Un miedo visceral que la induce a querer despertar. En sueños, agita las manos como pidiendo auxilio. Entonces, cuando está a punto de perder el conocimiento por el vértigo, toca fondo. No se hace daño, no sabe dónde ha caído, pero se trata de algo blando. Mira a su alrededor y descubre dos manos gigantes que la sostienen. Es incapaz de ver a quién pertenecen esas manos. Lo intenta, busca un rostro, pero no ve nada...

Fue justo al llegar a esa parte del sueño cuando oyó el ruido seco junto a ella, y un autobús rugió en la distancia. Comprendió, desde su lejano mundo de inconsciencia, que esos ruidos estaban fuera del sueño. El sueño se desvaneció... Y por fin, pudo abrir los ojos. ¡Malditos autobuses! ¡Siempre acababan despertándola demasiado pronto! Tiró de la sábana hacia arriba y se cubrió la cara. Aún tenía sueño. En verano se dormía mal. Pero ya todo era inútil. Necesitaba ir al baño y fue entonces cuando, al incorporarse, descubrió el cuaderno de su vecino en el suelo. Debió de darle con la mano sin querer y cayó desde la mesilla donde lo había dejado la noche anterior. Al final, se olvidó de leerlo, se entretuvo chateando con sus amigos, que le daban envidia desde Praga.

Clara fue al baño. Al regresar, se sentó en la cama y abrió el cuaderno. Estaba completamente despejada, bien despierta.

“¿Qué escribirá este chico?...”, pensó intrigada, y se dibujó en su cara una sonrisa maliciosa. Asomarse a la intimidad de los demás siempre produce un delicioso vértigo. Es como mirar por el ojo de una cerradura una puerta que siempre, siempre está cerrada. Un diario de un vecino tan raro...

Pero no se trataba de un diario... Sino de... ¡un cuento! Una historia extraña, que tal vez nunca debió leer, concluiría tras hacerlo. Pero al leerla se había encaminado irremediabilmente hacia el principio de un cambio en su vida, aunque ella aún no podía adivinarlo.

LA MUSA

He de jurar que no te reconocí. Verte, lo que se dice verte, te había visto muchas veces entrar con tus amigas en la biblioteca de la facultad y, últimamente, con Julio, ese que te mira hipnotizado, que está colado por ti y tú lo sabes. Y con Ricardo, ese bobo al que no trago. A veces pasabas por mi lado y yo podía sentir tu roce imperceptible, tu olor a perfume. Me gustaba, sin saber aún por qué, sentirte cerca, ver cómo tus ojos me buscaban al entrar, y me llevé una gran alegría cuando aquella tarde te oí hablar con esos dos sobre tus planes para el trabajo de Literatura.

—Pienso hacer el trabajo sobre ese autor que tanto me gusta, Román Cañicero. No sé... sus libros... tienen algo que me atrapa, me seduce... No puedo evitarlo. Creo que estoy destinada a estudiar su obra.

Ricardo, que es estúpido aunque no lo reconozcas, se rió de ti.

—Igual, si no estuviera muerto, hasta podrías tener una aventurilla con él y todo.

Julio le miró serio, robándome la expresión con la que yo también hubiera fulminado a Ricardo. Y al mirar a Julio me sentí como si estuviera ante un espejo. Al igual que a él, me dieron ganas de partirle la cara a ese Ricardo, por bocazas, por cretino. Pero ya sabes que mi violencia nunca ha ido más allá de los muros acotados de lo imaginario.

Y así fue como empezaste a trabajar en la obra del autor que tanto decías que te apasionaba. Llegabas por las tardes a la biblioteca, sacabas los libros de la estantería y nos poníamos en la misma mesa, juntos los cuatro, tú, el bobo de Ricardo, el embobado de Julio y... yo.

Me prometí a mí mismo ayudarte en todo cuanto pudiera con ese trabajo, aunque no sabía muy bien cómo lo haría. Hay barreras insalvables, y la mía contigo ahora sé que lo es. Pero comenzamos a pasar juntos mucho tiempo y eso me agradaba. Supe que algo empezaba a nacer entre tú y yo, aunque te juro que entonces no sospeché nada de lo que luego descubriría.

Tu trabajo quedó concluido antes de finalizar el curso académico y sabía que, como consecuencia de ello, dejaría de verte con tanta frecuencia, lo cual me atormentaba.

Ese verano te ibas de viaje a Argentina con tus padres, anunciaste, mientras preparabas los últimos exámenes en la misma mesa de siempre. Y entonces me sorprendió tu confesión de intenciones.

—Aprovecharé para indagar sobre el pasado de Román Cañicero. Mi padre tiene contactos allí, ya sabes que estuvo destinado como agregado cultural... —oí que le comentabas a Ricardo mientras recogías los libros de la mesa—. Me gustaría visitar los lugares donde ese escritor vivió. Me gustaría conocer quiénes fueron las personas que amó. Quién le inspiró sus obras, quién fue en definitiva... su musa.

—¿Su musa?

—Sí, su musa. Todos los escritores tienen una musa, ¿no? Y yo querría saber quién fue la de Román Cañicero. No sé, conocerla, saber de ella... No dice nada en los libros...

—Pero... ¡estará muerta!... Él murió hace veinticinco años y ya era viejo. Ni siquiera habíamos nacido.

—Ya lo sé. Pero me gustaría saber cómo fue la mujer que le apasionó y que le inspiró su obra. Alguien, algún familiar descendiente encontraré, ¿no?, que me pueda ayudar.

El verano pasó largo y tedioso para mí, solo en este rincón de la ciudad. Esperaba tu llegada en septiembre, y una tarde, apareciste, junto a Ricardo y Julio (siempre Julio tras de ti, ¡qué bien me cae ahora ese chico!). Te acercaste a la estantería, a la C, CAÑ, de Cañicero, y cogiste todos los libros.

—¡Qué obsesión con ese Cañicero de las narices! —recuerdo que comentó Ricardo—. ¿Por qué sigues estudiándole, si ya presentaste tu trabajo? ¿Piensas hacer una tesis? ¡Si aún te quedan tres cursos!

Julio te miró con seriedad, tal vez con cierta preocupación. Julio parecía expresar lo que yo no era capaz. Pero yo te entendía. Me encantaba tu pasión, aunque no supiera aún el porqué. Tardé mucho en darme cuenta de lo que movía verdaderamente tu corazón.

Fue precisamente en ese septiembre, a los pocos días de tu regreso de Argentina, cuando sospeché que algo te había ocurrido allí. Por de pronto, tu corte de pelo y tu ropa no eran los de antes. Habías cambiado. Pero no solo en tu exterior, sino también internamente. Aunque esos cambios eran más sutiles. Traías un cuaderno de notas escrito por él; “De Román Cañicero, inédito”, explicaste eufórica. Y dentro del cuaderno, una foto; “La foto de ella”, dijiste. Y la dejaste sobre la mesa. Todos la miramos en silencio. Te la había dado no sé quién, una sobrina de él, en Argentina.

—¿La foto de la musa? —preguntó Julio a media voz—. ¿Al final diste con ella?

Y tú afirmaste sin decir palabra, con una gran melancolía en tus ojos, como si tuvieras añoranza de algo que nunca, nunca podrías alcanzar. Suspiraste.

—Daría lo que fuera por haber sido ella... su musa... —confesaste casi en un susurro, acariciando el cuaderno que tenías entre tus manos, y Ricardo no te oyó pero Julio y yo sí. Te miré sin decirte nada. Él también te miró sin decirte nada. ¿Qué podía yo decirte? ¿Qué sabía él para decirte?

Después de esa tarde, me quedé triste como nunca. Empecé entonces a comprender esos cambios de imagen. Querías dejar de ser tú y comenzar a ser ella. Vivir la vida que vivió ella. Como si al transformarte en ella, esa transformación te pudiera llevar hasta él retrocediendo en el tiempo. Lo supe. Le amabas como ella. Y sin embargo, sabías que tú nunca, nunca, podrías ser ella. ¡Enamorarse de un autor muerto! ¡Querer ser su musa! ¿Puede existir algo más inalcanzable? ¿Por qué el ser humano desde que nace camina siempre hacia lo inalcanzable? Sabías que tu vida y la del autor nunca llegarían a cruzarse. Y sin embargo... en el fondo yo intuía que no podías evitar ese amor ni el estúpido deseo de ansiar convertirte en su inspiración, como ella lo fue.

Una tarde reíste. Y yo levanté la mirada, y entonces te miré como por primera vez. ¡Ahora te le parecías tanto...! Ese mismo corte de pelo que en la foto, esa ropa al estilo hippie... esa forma de mirar, de sonreír, tu postura... ¡Te estabas metamorfoseando en ella, en la mujer de la foto! Pero fue la risa el verdadero detonante, cuando esa tarde Rosa llegó junto a la mesa, se puso entre nosotros y contó una anécdota sobre el doctor Marchamalo y su descomunal caída con la bandeja de comida a causa del gato que se había colado en el comedor universitario. Y tu risa fue como esa magdalena que a Proust le trajo toda su infancia ante él. Fue justo en ese instante cuando te reconocí. Y el mundo se me vino abajo.

Recordé entonces aquellas conversaciones nuestras sobre la vida más allá de la muerte, sobre la inmortalidad.

—¿Crees en la inmortalidad? —preguntaste un día en ese garito argentino, mientras la música y el humo del local nos envolvían.

Yo defendí la inmortalidad a través de la propia obra creada.

—Uno se convierte en inmortal a través del libro que escribe. O del cuadro que pinta. O del hijo que tiene —te dije.

—¿Esa es la inmortalidad que deseas, permanecer en la memoria de los hombres? —preguntaste.

Y yo asentí, sonriéndote.

Tú afirmaste creer en la reencarnación en otro ser tras la muerte, y eso es lo que deseabas: vivir otra vida, una vida real, de carne y hueso, reencarnada en otra persona.

Y entonces dije yo alzando la copa de vino mientras sonaba nuestro tango:

—Brindemos, ¡para que se cumplan nuestros mutuos deseos!

Y brindamos, chocamos el cristal, inocentes, ignorantes, con alegre tintineo. ¡Infelices deseos de inmortalidad difusa, inalcanzable, tal vez improbable! ¿Por qué preocuparnos de lo que habría de venir tras la muerte cuando aún teníamos toda la vida por delante, casi como una pequeña eternidad?

“Que cada cual encuentre la inmortalidad como desea”, dijimos alegres ese día de hace ya tantísimos años. Y nos reímos de nuestra propia audacia. Y luego bailamos un tango. ¿Desde cuándo se cumplen los deseos de los hombres?

Y ya ves, lo que es el destino, que se cumple cuando menos te lo esperas. Ahora, yo

disfruto de mi inmortalidad tal como soñaba, en los anaqueles polvorientos de las bibliotecas, entre los renglones de unos libros, y mi nombre, Román Cañicero, permanece escrito con letras doradas en las enciclopedias de los grandes. Mientras que tú, bella reencarnada en estudiante de Literatura que me estudia, me hojea y me lleva, añorándome, danzándome de acá para allá, depositándome sobre mesas repletas de estudiantes bobos o embobados, solo puedes tocarme a través del papel y la tinta, ese muro insalvable que nos une y nos separa para siempre, que nos hace sentirnos cerca y también lejos, anhelando ser otra que en verdad eres tú misma, tú, mi musa en nuestro pasado, con un amor que te consume y me consume, porque no sabes de dónde ni por qué te nace, y ni siquiera recuerdas ni sospechas quiénes fuimos.

Te veo alejarte de esta estantería en donde sobrellevo mi inmortalidad solitaria a mi manera, con esa melancolía en tus ojos a la que, sin comprender, te vas acostumbrando. Y veo cómo miras a Julio y sin embargo no le ves, no ves en él esa mirada que fue igual que la mía en otro tiempo. Porque solo buscas la mirada de un muerto. Y los muertos hace mucho tiempo, mi querida niña, mi pequeña musa, que dejaron de existir.

FIN

Clara quedó como suspendida en una cuerda floja. Por unos instantes todo se volvió silencio a su alrededor, como si el mundo se hubiera detenido debido a un inesperado cataclismo. El silencio de su mente pareció expandirse, subir y flotar para luego caer desde lo alto, como una nevada lenta, y pigmentarlo todo. No solo a ella y a su propia casa, sino a la ciudad entera. Todo se volvía de repente silencio en torno a ella, como para que pudieran escucharse más nítidamente las palabras de la historia que seguían retumbando en su cabeza igual que un eco contra las paredes de una montaña. Pasados unos instantes, reaccionó, y leyó de nuevo ese cuento. Y al concluirlo, volvió a comenzar, como si se hubiera convertido en un animal rumiante que una y otra vez necesita volver a masticar lo ya tragado, antes de que el organismo pueda de una vez por todas digerirlo.

Solo tras leerlo varias veces seguidas tuvo algo claro. Esa historia, quienquiera que la hubiera escrito, la hizo para ella. ¡Tuvo que pensar necesariamente en ella al escribirla! ¿Cómo era posible? El protagonista, ese narrador que habla dirigiéndose a la chica, que resulta finalmente ser el escritor muerto, se llamaba Román Cañicero. Y Román Cañicero no era sino... ¡el nombre de su profesor de Literatura! Luis Román Cañicero... Dios, ¿qué pintaba su profesor en ese cuento? Y luego la propia historia... con tantas, tantísimas cosas en común con su vida... *Porque solo buscas la mirada de un muerto. Y los muertos hace mucho tiempo, mi querida niña, mi querida musa, que dejaron de existir.* ¡Ella era esa chica a la que se dirigían esas palabras! Era una metáfora de su propia vida. Porque sus amores siempre habían sido tan imposibles o tan inalcanzables como lo eran los de la protagonista. Amores que parecían inventados para contar una historia. Amores como sueños. Amores a fantasmas, a seres que nunca podrían

corresponderla. Como si fueran el amor a... alguien muerto. Amores muertos antes de nacer siquiera.

Echó la vista atrás y recordó su primer gran amor. Fue con los compañeros del colegio al teatro, a ver una obra rara. Tendría entonces unos dieciséis años. Era algo experimental, una obra cuyo título no recordaba, y que consistía en una mezcla de géneros donde, aparte de danza y dramatización, se hacían trucos de magia y participaba el público. Casi al final de la misma, el actor principal, un ruso de ojos azules, se dirigió hasta la sexta fila y la escogió a ella para que subiera al escenario. Tenía que sujetar una cesta con pétalos de flores mientras él hacía su representación. Luego, esos pétalos, ella tuvo que lanzarlos con fuerza hacia arriba, y entonces se produjo un momento culminante, que llenó de asombro al teatro entero, cuando de repente comenzó a nevar. Le vino a la mente cómo nevaba sobre el escenario, sobre los actores, sobre el decorado, sobre ella misma, sobre el público... mientras sonaba una canción, un vals de un autor que no conocía y que luego supo que se llamaba Leonard Cohen. La nieve cambiaba de color con los juegos de luces, y el ruso la cogió de la mano y la invitó a bailar el vals con él. Ella, muerta de vergüenza, le seguía los pasos por el escenario, bajo la nieve, que continuaba cayendo. Sonaron los aplausos, y él la miraba, se miraban... y de pronto a ella le pareció que estaba siendo transportada a otro mundo, muy lejos de allí. Al acabar la representación, él bajó del escenario, se acercó a ella, le besó en la mano y le susurró al oído: *Madame, si vas a mi camerino yo firmarré autógrrrrafo*. Clara dudó, pero finalmente se escapó del grupo de clase con el revuelo de la salida, haciendo caso omiso de la profesora que los apremiaba para subirse a los autocares que esperaban mal aparcados en doble fila, frente al teatro. Logró llegar al camerino. Él, al verla, lejos de testigos, la abrazó por sorpresa y la besó. Un beso rápido, fugaz, pero que a Clara la dejó enamorada por completo. Lo recordaba como un flechazo. Él le firmó una foto y le dijo unas palabras en ruso. Clara no entendió pero no importaba entender. Luego, como si tradujera, el ruso le susurró: *No olvidarré su sonrisa, ¿escribirrá a mí, madame?* Y le apuntó en una hoja su *email* y una dirección que ella no podría pronunciar jamás por nada del mundo. Clara los guardó en el bolsillo del abrigo, junto a la foto. Y fue consciente de que se había enamorado para siempre, en un simple instante. Cuando salió, el autocar con sus compañeros de clase se había ido sin ella. No llevaba dinero ni para coger el metro y tuvo que recorrer media ciudad andando hasta su casa. Ese día hacía muchísimo frío, y el cielo estaba completamente encapotado. Entonces, mientras caminaba entre la gente, entre el bullicio de los coches en los atascos, repentinamente, comenzó a nevar. Toda la ciudad se cubría de blanco con precipitación, como si la magia se prolongara más allá de las puertas del teatro. Y ella caminó feliz por las calles, como si flotara en medio de nubes. Pero cuando llegó a casa y buscó las direcciones en el bolsillo, solo encontró la foto. El forro del abrigo estaba descosido y el pequeño papel que ella dobló en cuatro debió de colarse por el agujero. Nada volvió a saber de su ruso de ojos azules. Al día siguiente la compañía de teatro había partido hacia otro país. No supieron decirle nada. O no quisieron. Clara penó por él durante mucho tiempo. Llenando su cabeza de grandes y apasionadas aventuras que ya nunca lograrían

cumplirse. Se sintió como si acabara de perder un tren importantísimo en su vida. ¡El más importante! Ya no tuvo ojos para nadie más que para el ruso de su cabeza y estaba convencida de que no se enamoraría jamás. Pero uno siempre vuelve a enamorarse, lo quiera o no.

Ahora le tocaba el turno a Luis Román Cañicero, su profesor de Literatura, de veintiocho años. Diez años mayor que ella. Acababa de casarse. Ella había ganado el concurso de relatos del instituto y le confesó, tímidamente, lo mucho que le gustaba que él fuera su profesor. Luis, apenas un mes antes de finalizar el curso, les anunció que ese sería su último año en ese centro. Que se casaba en un mes. Que se iba a Granada, de donde era su futura mujer. Que se despedía. Y les enseñó la foto de su novia, que pasó por toda la clase. También por las manos de Clara. Clara se sintió morir.

Recordaba ahora el último día, cuando le dieron a Luis el regalo de despedida. Ella llegó a clase con el mismo corte de pelo que había visto en la foto de su novia y con el mismo estilo de ropa, algo más seria que la que a ella le gustaba. Intentaba parecersele, convertirse en otra. En la de la foto. Como si así tuviera más oportunidades para ser mirada por él. Pero sabía que Luis ni siquiera se había fijado. Él sonreía, azorado, rodeado de todos mientras desenvolvía el papel con ese cuidado absurdo con el que se tratan los papeles de regalo, aun sabiendo que acabarían arrugados en la basura segundos más tarde. Una porcelana horrible de Lladró, un cazador con un perro. Una figura que Felipe Randosky dijo haber comprado con el dinero que había recaudado de las aportaciones de todos y que, luego (al final estas cosas se terminan sabiendo) resultó ser un objeto decorativo que robó de casa de su abuela, porque él y otros cuatro se quedaron con el dinero de los demás. Pero al profesor, que nunca supo de estos turbios asuntos, le gustó. Es de suponer que no la figura (se suponía que debía de tener un gusto artístico más elevado, pensaba Clara), pero sí el detalle. Con lágrimas, con auténtica y sincera emoción, dijo que jamás olvidaría ese curso. Y los invitó a todos a tomar un refresco en la cafetería. Clara sintió cómo se le encogía el corazón porque sabía que eso era mentira, pese a la sinceridad y la emoción del momento. Porque sabía que si no olvidaba nunca, a ella la recordaría dentro del montón, dentro del grupo, 2º B, y que nunca la evocaría como Clara, como ella era, separada de allí, de todos. Que jamás podría saber que ella le amaba, porque ni siquiera lo sospechaba. Pronto terminaría hasta olvidando su nombre. Y ella pasaría a formar parte del bulto de los recuerdos de aquel año en el que él se casó. Quizá las emociones a las que iba a enfrentarse le llevaran incluso a olvidarlos a todos, al grupo entero, de golpe y sopetón. Incluso la horrible figura de Lladró terminaría en algún rincón oscuro, el menos visible de toda su casa...

Y ahora llegaba este relato hasta ella, una historia que debía de haber sido escrita por ese vecino estúpido, llena de coincidencias con su propia vida, y en la que se veía reflejada. ¡Qué extraño es sentir que formas parte de una historia o que parte de tu vida ha sido introducida en una historia escrita por otro! ¿Pero cómo era posible que coincidieran tantos datos? ¿Quién era su vecino, en realidad? ¿Quién era? Se fijó en una pequeña letra al pie del relato: “G”. Parecía una firma... ¿Tal vez el apellido de Juan Carlos? Gómez, González, Garrido...

De pronto el día se le volvió amargo, triste, dejándola sumida en una apatía terrible. Esa historia le hacía recordar tantas cosas... Era como un mensaje que de pronto llegaba desde alguna parte. ¿Pero por qué? ¿Quién estaba detrás? A veces, pensando en Luis, sentía deseos de morirse, pero sabía de sobra que uno no se muere solo por desearlo. Pasó el día viendo la tele y navegando por Internet. Su madre llamó desde Valencia y la entretuvo media hora contándole las trifulcas con su tía y su hermana. Luego se echó la siesta.

Sobre las siete, decidió salir a la calle, pese al calor insoportable que aún se respiraba. Madrid la ahogaba, pero ella no podía escapar de su ola de fuego. No había querido irse de vacaciones con su madre y su hermana. Tampoco pudo irse de Interrail con sus amigos, pues no tenía suficiente dinero. Así que se había quedado en casa con la intención de escribir. Sí, quería escribir una novela. Pero las musas habían desaparecido de la ciudad. Y se aburría. Se aburría muchísimo, allí sola.

Ya en la calle, pasó frente a la panadería de su vecino, Juan Carlos. Nunca pensaba si él estaba allí o no, tras el mostrador, ni jamás le había importado si él la miraba a través del cristal del escaparate. Pero esa tarde se fijó bien. No quería encontrarle. Sin saber por qué, sentía vergüenza. Seguro que él ya había echado en falta el cuaderno y habría sospechado de ella. Tal vez hubiera sido mejor no quedarse con el maldito cuaderno. Y sin embargo... El destino parecía haberlo puesto en sus manos. ¿Qué intentaba decirle el destino?, se preguntó. Aunque de sobra sabía la respuesta. “Tienes que olvidarte de él, de Luis Román Cañicero. Es como enamorarse de un muerto”.

Caminó por las aceras en dirección a ninguna parte. Buscando las señales de nuevo en todo cuanto le rodeaba. Siempre encontraba alguna. Luis... Ahí, escrito con un rotulador verde en un ladrillo, justo en esa esquina... LS... la matrícula de un coche que pitaba justo cuando pasaba a su altura. Ella se fijó y rellenó las vocales que faltaban en medio: UI. Una canción de Luis Miguel sonando de repente desde una ventana... Señales que solo apuntaban hacia él. Hacia su amor muerto. Siempre hacia él. Siempre estaba él, Luis Román Cañicero, tras cada pensamiento, tras cada respiración. ¿Qué haría esta mañana, mientras ella leía ese cuento y le recordaba? Y dos horas más tarde, ¿qué haría Luis dos horas más tarde, mientras ella seguía amándole y recordándole? Y dos días más... ¿qué haría este verano, qué haría en su viaje de novios, qué lugares visitaría con su mujer, qué planes llevaría a cabo en los que jamás estaría ella, Clara, que de verdad le amaba? Ella también tenía equivocado su destino o su deseo por querer lo inalcanzable, como la mujer de ese maldito cuento que había llegado hasta ella para señalarle con el dedo y decirle, a través de un personaje que se llamaba exactamente igual que su profesor, que todo estaba perdido para siempre. Que no había ninguna esperanza y que, por tanto, debía olvidar y mirar a su alrededor, abrir al fin los ojos. ¿Por qué el destino dependía siempre de la complicidad de las casualidades? Ella era la estudiante y él, el profesor casado con otra. Y eso no podía cambiarse.

Clara caminó deprisa, y al llegar a la altura de Argüelles entró en El Corte Inglés. El aire acondicionado del interior no sirvió para refrescarle el ánimo. Se odió a sí misma por pensar en Luis a todas horas, mientras deambulaba por los departamentos de la

planta baja. Luis era como un virus que se había enquistado en su pensamiento. Como si estuviera dentro de su propia respiración y no pudiera desprenderse de él salvo dejando de respirar y muriéndose. ¿Por qué una no puede dejar de estar enamorada cuando se enamora de quien no le corresponde? ¿O por qué una no puede enamorarse de alguien solo porque así lo decida su cabeza? ¿Por qué el amor es algo que no se puede manejar a nuestro antojo, con la voluntad, sino que llega o no llega sin explicaciones, al margen de lo que deseemos o nos convenga, o al margen de lo que todos consideran correcto y aceptable? Se preguntó cómo ese chico, ese vecino suyo tan insulso había podido escribir esa historia. El solo pensamiento de que hubiera podido ser... ¡espiada! le hizo sentir escalofríos. Pero desde luego, tanto si eso era cierto como si solo se trataba de una paranoia suya, era algo que, desde ese mismo instante, se propuso averiguar.

Atravesó las diferentes secciones laberínticas de ropa, coleteros, sombreros, medias y cremas... y sus pies terminaron llevándola donde siempre la llevaban cuando entraba en cualquier Corte Inglés. Era una costumbre que Maribel y ella habían cogido ese curso pasado. Escapar de clase, hacer pellas justo la hora antes de la clase de Literatura. Llegar a la carrera a El Corte Inglés de Goya, que les quedaba relativamente cerca del instituto, adentrarse en la sección de perfumería y ponerse unas gotas de Chanel N° 5, del frasquito de pruebas. Y regresar a tiempo para la hora de Luis. A esa operación Maribel y ella la llamaban “ir a ponerse el pijama de Marilyn Monroe” (por eso que dicen que Chanel N° 5 era lo único que la actriz se ponía para dormir).

Clara se puso “el pijama de Marilyn” bajo la atenta y suspicaz mirada de la dependienta, que de sobra sabía que una chica como ella jamás compraría un perfume tan desorbitadamente caro como ese. Luego, salió de nuevo a la calle y siguió un rumbo aleatorio, esperando encontrarse con su destino. Tal vez un destino menos cruel que el que intuía. Por momentos, mientras caminaba por aceras que desprendían el intenso calor acumulado como expulsa su aliento un animal al respirar, Clara sentía que le abandonaban las fuerzas. El nombre de Luis martilleaba continuamente en su cabeza como un eco repetitivo, como si estuviera borracha de insolación. ¿Y ahora qué?, se preguntó. Pero ya sabía la respuesta. La misma historia se lo acababa de decir: sus vidas jamás volverían a tocarse. Solo le quedaba olvidar. Y sintió que no podía. No podía...

* * *

“Los mejores lugares son los que no aparecen nunca en los mapas”, pensó Camilo distraídamente y sin venir a cuento de nada. Tal vez era la frase que leyó en algún libro que no recordaba. ¡Ahhh, sí... era de *Moby Dick*! Le encantaba ese libro... Y soltó en la mesa el ratón del ordenador. Bien, ya sabía lo que había escrito en el cuaderno que se llevó Clara: *La musa*, un relato de amor imposible. Sin querer, había proyectado ese amor imposible que él mismo había sentido por su profesora de Historia, hacía ya dos años. Sí... aún le hacía daño aquello, aún la recordaba demasiado...

Aunque seguía teniendo la misma duda... ¿Serviría esa escena para la novela que pretendía contar? Aún no podía saberlo. Camilo ahora era como un explorador que se adentraba con un machete entre la maraña de jungla intentando vislumbrar la senda.

Igual, más adelante, se daba cuenta de que debía retroceder y buscar otra ruta. Ya vería.

Estaba cansado. Se sentó en el alféizar de la ventana con el cuaderno negro que encontró en el autobús. Y que, desde luego, contaba otra cosa bien distinta de la que él acababa de escribir para el cuaderno de Clara. Lo miró, lo hojeó, se abanicó con él... Él creía en las casualidades, pero aquella le impresionó de verdad. Encontrarse un cuaderno con un cuento escrito en su interior no es nada del otro mundo, pero lo que resultó casual y extraordinario fue encontrar ESA historia precisamente en ESE momento de su vida, en el que había sucedido algo tan terrible. Por eso quizá no pudo devolverlo. Porque contaba demasiadas cosas que parecían tener que ver con su vida. Con lo que le pasó a Chema. Igual que ahora le sucedía a su personaje, a Clara, en la novela que él escribía. Con la diferencia de que la historia de Clara, esa historia de amor imposible, era una ficción inventada por él, mientras que la historia que él encontró en el cuaderno, pese a ser ficción, tenía que ver con su vida real. Y le hacía daño de verdad.

Él sí que tenía un problema de narices. Un problema sin solución. Un auténtico drama. ¿Acaso no escribía porque quería contarle todo?

Pero si de verdad pretendía contarle todo, ¿no habría sido mejor copiar esa historia directamente en su novela? “Eso sería un plagio, Camilo. Y tú no eres un plagiador. Solo eres... un ladrón...”.

Sí, podía ser un ladrón, pero solo por curiosidad y por esa, tal vez malsana e inevitable manía, de quedarse con los libros, propios o ajenos, que llegaban a sus manos. Incluso a veces robaba algún libro de la biblioteca. Sabía un truco para quitarles las alarmas. Sabía la postura exacta para que el libro traspasara la barrera electrónica sin que sonara. No podía evitarlo. Pero él era como un fetichista, al estilo de Juan Carlos. Solo robaba libros para poseerlos, no robaba las historias que estos contenían. Camilo sonrió al pensar en ello. Uno nunca sabe cómo le llegará la próxima historia, la inspiración, y mira tú por dónde que le llegó por un cuaderno que decidió robar en un autobús.

¡Maldita sea! Sin saber bien por qué, Camilo se sentía incómodo por el giro que iba tomando la novela casi desde su comienzo. Por absurdo que pareciese, tenía la sensación de que esa historia sobre Clara le acabaría llevando, al igual que pretendía él con sus personajes, a descubrir algo sobre sí mismo que tal vez no deseaba descubrir. Solo era un presentimiento. Un simple, vago y, hasta podría decirse, que estúpido presentimiento. Pero él, al igual que Clara y Juan Carlos, creía en los presentimientos.

Sacudió la cabeza como intentando que cada pensamiento suyo regresara a su casillero correspondiente dentro de su desordenado cerebro. Tal vez mañana borrara todo y empezara de nuevo. Aunque siempre decía igual y luego nunca borraba nada. Y lanzó la pipa sobre la cama, que rebotó y cayó al suelo, astillándose en un lateral. ¡Mierda! Y además, había contado el sueño que, desde hacía tiempo, él mismo soñaba. Sin más, se lo había atribuido a Clara. Clara cayendo en medio de una ciudad que se desmorona... ¿Le ayudaría a comprender por qué él tenía aquel sueño tan raro que había llegado a obsesionarle hasta el punto de que a veces despertaba en la noche, sudando y aterrado, y no podía volver a dormir? ¿Había sido acaso una premonición de lo que le sucedería a Chema? ¿O era algo que tenía que ver con él mismo? ¿Y qué significado inventaría para

Clara si ni siquiera era capaz de interpretar un significado para sí mismo?

Pasó otra vez mecánicamente las páginas del cuaderno... Camilo lo había leído dos veces seguidas en aquel autobús el día que lo encontró. Las suficientes para saber que no lo devolvería. Se sintió como si alguien le hubiera dicho al oído: “Conozco tu secreto”, y luego se lo hubiera entregado por escrito, camuflado en una historia. Estaba seguro de que esa historia era un mensaje... Quería decirle algo... Sí, ¿pero el qué? Cuanto más la leía, más culpable se sentía por no haber ayudado a su hermano.

Camilo ahora sudaba. Siempre que pensaba en su hermano, comenzaba a sudar un sudor frío. Tal vez era demasiado egocéntrico, se dijo, creyendo que las historias que se encuentran han sido escritas para uno, o pensando en uno, o con la intención de que las encuentres y las leas y sientas que alguien sabe mucho sobre tu vida, o que algo, una fuerza extraña e incomprensible, o alguien en alguna parte intenta lanzarte un mensaje. Tal vez pensaba erróneamente que todo giraba en torno a lo que a él le pasaba y el mundo no funciona nunca así. Porque en realidad, a poca gente le importa lo que le pasa a nadie, es así de triste. Así que, ¿a quién podía importarle que un chaval muriera? Uno más entre toda la gente que muere diariamente en el mundo. Incluso mueren los niños, ¿no?, y salen sus cuerpecitos asesinados por las bombas en la televisión a la hora de comer y la gente sigue pinchando la ensalada o lamiendo un helado en el sofá, como si nada. La indiferencia es no ver las cosas que se miran.

Camilo recogió la pipa del suelo. La dejó sobre la mesa. Cogió sus llaves y salió de casa. De repente se sentía agobiado allí dentro. El ruido de la puerta y las llaves al cerrar resonaron a lo largo del zaguán oscuro. Un paseo por la playa le vendría bien. La sombra de su hermano le perseguía siempre al atardecer y el cuarto se le quedaba pequeño. Inició la bajada por las escaleras con desgana, como si cargara un gran peso. Hay recuerdos que se llevan como un lastre.

Chema le decía: “Déjame leer lo que escribes”. Y él casi nunca le dejaba. “No lo entenderías. No tienes edad para entenderlo”. No le hacía mucho caso, ni compartió con él muchas cosas que deberían haber compartido, pensaba ahora. Y ahora escribía para entenderle, para saber de él, como si escribiendo pudiera rebobinar la película y detener las escenas, los gestos, las palabras... y descubrir así la clave de lo que pudo haber pasado. Quería encontrarle en esos renglones. Pero a la vez, sin saber por qué, le resultaba imposible hablar de él. No, no hablaba de él, sino de sí mismo. ¿Acaso él, Camilo Lamprú, no se encontraba también ante lo inalcanzable, igual que Clara? Porque él jamás podría conseguir que Chema regresara. Lo inalcanzable o lo inexplicable, ya sea el amor o el retorno desde la muerte, adquiere siempre un extraño tono de ficción, algo de lo que debe hablarse y contarse, tal vez para creer mientras lo hacemos que, si bien no es posible alcanzarlo, al menos podemos rozarlo dentro de nuestra cabeza.

—Camilo, Camilín —oyó una voz que se asomaba por la barandilla, por el hueco de la escalera. Él ya había bajado un tramo, estaba en el piso cuarto.

—Sí... ¿doña Paquita? —estaba claro que su vecina le había oído salir y aprovechaba para interceptarle. Doña Paquita le tenía fichado.

—¡Sube, sube, muchacho!

Doña Paquita era una anciana extravagante, aunque muy culta, que fue restauradora en el museo del Prado hacía ya muchos años. Solía inmiscuirse demasiado en sus asuntos, sobre todo cuando sus padres viajaban. Ahora estaban de vacaciones en el Levante. Cuando se quedaba solo, su vecina asumía una especie de rol de “abuela de Camilo”.

—Camilo... ¿has regado las plantas a tu madre?

—Claro, doña Paquita. Todas las noches.

En realidad, llevaba cinco días olvidando hacerlo. Se prometió que esa noche las regaría.

—¿Todas las noches? ¡A ver si las vas a aguachinar!

—No, descuide...

—Pues toma, hijo, un esqueje para que lo plantes y así le das una alegría a tu madre cuando vuelva. A ella le gustan mucho, como a mí. Anda, sube, sube...

—¡Luego me lo da, doña Paquita! —le gritó asomando la cabeza por el hueco—. Es que ahora me voy. ¡Llevo prisa!

—Bueno, hijo, bueno. No llegues tarde por mi culpa. Aquí te lo guardo. ¡Con Dios!

Camilo oyó la voz de doña Paquita murmurando para sí mientras regresaba a su casa. Luego, el ruido de la puerta al cerrarse con un golpe seco se propagó por todo el portal. Bajó al trote, no fuera a ocurrírsele algo nuevo a esa mujer.

Ya en la calle, se encontró con Gustavo, que inflaba la rueda de su bicicleta en la misma acera. Gustavo había sido muy amigo de Chema. Camilo le dio un golpe en el hombro a modo de saludo.

—¿Qué tal, chaval?

—Por aquí... —contestó el chico con una media sonrisa sin levantar siquiera la cabeza.

Camilo fijó en él su mirada durante unos segundos. Si su hermano viviera ahora estaría con Gustavo inflando esa rueda, y él, Camilo, ni los habría mirado al pasar. Pero pensó que ahora ya todo era distinto. Su mirada era distinta. Como si las ausencias ocuparan de pronto más espacio que las presencias. “¿Por qué los fantasmas se hacen más de notar que los cuerpos de carne y hueso?”, se preguntó al verle. Él también era distinto. Había perdido la indiferencia ante las cosas. Le importaba Gustavo, cuando hasta hace un año ni siquiera le habría saludado. ¿Qué pensaría Gustavo de todo? ¿Le echaría de menos? Nunca hablaban de ello, con esa manía de que lo que no se nombra parece que no ocurre. Como él pensó entonces, y por eso no quiso hablar con Chema cuando Chema le buscó para hablar con él.

Camilo miró su propia imagen en el reflejo del cristal de la panadería. La panadera le sonrió y le saludó desde el mostrador. Ahora su propia imagen le parecía atractiva. Antes no. Hace solo un par de años, cuando estuvo colado por su profesora, se sentía horrible y pensaba que sería horrible para siempre. Pero nada dura para siempre. Si Chema hubiera esperado... ¿Tal vez habría escapado por otro lugar y no por donde quiso escapar?

Dio una patada a una lata de cerveza que se estrelló contra una farola y rodó hacia la calzada. ¿Qué ocurriría mañana? ¿Cómo seguiría con esa historia de Clara y Juan Carlos? Pero no tenía ganas de pensar. Caminó con paso lánguido hacia el paseo. Su

pelo rizado y castaño se alborotó con la brisa al doblar la acera, y el mar se recortó con un azul intenso al final de la calle. Mañana sería otro día...

Al día siguiente, despertó bastante tarde. El sol se filtraba husmeando entre las rendijas de la persiana bajada, salpicando las paredes de motitas brillantes y el aire de haces misteriosos donde el polvo flotaba como si fuera de oro. A Camilo se le vino a la cabeza pensar, desde su cama, que las casualidades, las premoniciones y los presentimientos bien podían flotar en el aire entre esas motitas de polvo brillante. Y un día, de repente, uno se traga un presentimiento, así, sin más, mientras respira, y ya no puede librarse del efecto de habérselo tragado. Llevaba varios días con el presentimiento de que estaba a punto de ocurrir algo crucial en su vida. Un cambio. Algo que presentía como una amenaza, como unos ojos acechantes en la oscuridad. Pero no comprendía racionalmente de qué podía tratarse. Mirando al techo, tumbado en su cama, hizo memoria. Le dolía bastante la cabeza. Recordaba que por la noche había llegado con alguna cerveza de más después de salir con los amigos. Fueron por los bares del puerto, tapeando y bromeando. Bromas que ya no le hacían gracia. Pero salió y bebió y rió y gritó como todos. Esa manía de ser como todos, de hacer como todos. A veces uno grita, ríe fuerte para no escuchar esa otra voz que le grita por dentro.

No recordaba cómo llegó hasta la cama. Ni la hora. Ni si alguien le acompañó hasta casa o le dejaron que recorriera solo el camino. Pero sí recordaba que en plena noche se había despertado. Comprobó que aún estaba vestido sobre la cama. Sudaba. Tenía calor. Se levantó para abrir completamente la ventana y dejó que el aire fresco con olor a mar lo inundara todo. Luego, cogió su pipa y la mordisqueó con fruición. En medio de la oscuridad, fue a la habitación de Chema sin saber bien por qué ni a qué. A veces le ocurría. Tal vez esperaba la sorpresa de encontrarle durmiendo en la cama, como si todo no hubiera sido más que una maldita pesadilla. Sentía el impulso irrefrenable y repentino de seguir buscando en su cuarto lo ya buscado una y mil veces. Una pista.

Encendió la luz. Rebuscó de nuevo en esos cajones que ya había vaciado hasta la saciedad. En realidad, no entendía qué seguía buscando, pero le reconfortaba hacerlo, como si creyera que, cualquier día, en cualquier rincón imperceptible, encontraría una verdad que sería la clave de todo, la mágica explicación que pondría orden por fin a ese universo caótico de hechos acontecidos. Una nota, una carta... ¡algo! Porque hasta ese día solo disponía de hechos caóticos que para él no explicaban nada.

Cogió un libro cualquiera de la estantería y lo abrió aleatoriamente. Era una especie de juego, algo que hacían a menudo, tanto él como Chema. Y también, pensó, ahora tal vez lo harían Juan Carlos y Clara, sus personajes, como un reflejo fiel del espejo en el que él tal vez se miraba sin querer verse demasiado.

Era su forma de buscar señales. Su vista fue a caer justamente sobre una frase que Chema tenía subrayada en el libro. Ya la había leído otras veces, y siempre le dejaba la misma acidez en la boca: *Descubre quién eres antes de morir*. Camilo se llevó el libro a su habitación y lo metió en su estantería; entonces, al dejarlo vio a su lado, en la repisa, el titulado *Altazor*, del poeta Vicente Huidobro, y que le había dejado tan subyugado cuando lo leyó por primera vez que no tuvo más remedio que robarlo de la biblioteca de

la facultad.

Lo cogió, lo abrió al azar. Y se encontró con los mismos versos que había leído cientos de veces:

*Limpia tu cabeza de prejuicio y moral
Y si queriendo alzarte nada has alcanzado
Déjate caer sin parar tu caída sin miedo al fondo de la sombra
Sin miedo al enigma de ti mismo
Acaso encuentres una luz sin noche
Perdida en las grietas de los precipicios
Cae
Cae eternamente
Cae al fondo del infinito
Cae al fondo de ti mismo...*

Recordaba ahora cómo estas palabras leídas la noche anterior hicieron que se le llenaran los ojos de lágrimas. Sintió esas palabras como si el propio Chema se las estuviera enviando desde alguna parte. Pero, ¿qué significaban en realidad y por qué le atraían tanto esos versos? Altazor, un hombre que cae desde la punta de una estrella, desde el cénit hasta el nadir, y en su recorrido hacia el encuentro con la muerte (como todo hombre desde el momento en el que nace), aferrado a su paracaídas de prejuicios, busca saber quién es. Se busca a sí mismo.

Recordaba que había devuelto el libro a la estantería, y luego, como por un impulso, en mitad de esa noche, había decidido encender el ordenador. No había sido su intención escribir a esas horas intempestivas. Pero una fuerza irresistible parecía haberle llevado a ello. Había buscado en su archivo la historia de Clara... Y ya no pudo dejar de escribir en varias horas.

Las manos parecían dirigirse solas sobre el teclado, como si una fuerza externa o interna, ¡quién podía saberlo!, fuera la que le guiara sobre cada renglón. ¿Podría haber parado si realmente hubiera querido hacerlo? ¿Podría haberse negado a seguir tecleando, sin más, y haber decidido acostarse a dormir la mona? O tal vez lo que le había ocurrido es que no había querido detenerse. Había saltado desde la punta de la estrella, como Altazor. La primera letra fue el salto y todo lo demás se precipitó por la misma fuerza de la gravedad. Algo así había sentido. Y él se había mirado desde fuera, como si se mirara a sí mismo, cayendo, cayendo... y fuera otro el que lo contara todo...

Camilo se levantó con pereza. Echó los visillos a un lado como le gustaría apartar sus recuerdos y dejó que el sol entrara de lleno sobre el escritorio. La intensa luz hirió sus ojos entumecidos y tuvo que apartar la cabeza. Encendió el ordenador dispuesto a releer todo lo escrito la noche anterior. No recordaba bien. O mejor dicho, no recordaba nada de lo escrito...

* * *

Los siguientes días Clara, desde su ventana, espió cada movimiento de Juan Carlos. Cuándo salía o cuándo entraba... Al pasar por delante de la panadería, se detenía en la acera de enfrente, escondida tras el árbol, y observaba sus movimientos. Quería averiguar la verdad de todo lo que sabía ese chico sobre ella. Pero no imaginaba cómo salirle al paso. Si le pedía explicaciones de forma directa sobre el contenido de ese cuaderno, él le diría algo así como: “Chavala, en las historias de ficción, cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia”. Es lo que ella diría si quisiera escaquearse de un asunto como ese.

El lunes por la tarde, Juan Carlos, desde el interior de la panadería, la saludó al paso de ella por la acera. Clara fingió no verle. Se sentía incómoda por haberse llevado el cuaderno pero, sobre todo, por ese sentimiento angustiante de saber que alguien conocía detalles muy íntimos sobre su persona. Por el rabillo del ojo vio cómo a Juan Carlos se le desbarataba una bandeja llena de panes que cayeron al suelo. “¡Menudo torpe!”, pensó. Juan Carlos, azorado por la regañina de su madre, abandonó el mostrador y salió a la calle. Clara aceleró el paso, en un intento de desaparecer de su campo visual. Pero no tuvo suerte.

—¡Eh... hola! —le gritó él por detrás.

—Ah, hola... Iba... despistada.

—Pareces una momia. Quiero decir... por lo pálida. ¿Estás enferma?

—Vaya... mira quién fue a hablar... ¿Siempre eres tan diplomático? —Clara pensó si decirle que él le había parecido siempre un vampiro de película en blanco y negro—. Me duele la cabeza. Oye...

—¿Qué?

—Bueno... nada, nada... —Clara dudó brevemente pero, de pronto, con un impulso inesperado de esos que no sabes de dónde salen, se decidió—. ¿Sabes? Cuando recogí la correspondencia del buzón encontré en la escalera, tirado en el suelo, un... un cuaderno... Un cuaderno negro. ¿No será tuyo? Pienso que igual se te cayó con los libros, el otro día.

—Ah... sí... sí, claro que es mío. Pero ni me acordaba... —contestó él, casi indiferente.

En ese instante su madre le llamó desde dentro de la panadería. Los clientes se amontonaban junto al mostrador.

—Lo siento... ¡Tengo que irme! ¡Chao!

—¡Te lo daré luego...! ¡Si no te viene mal...! —gritó Clara alejándose acera arriba.

Los pies la llevaron azarosamente hacia San Bernardo. Llevaba todo el día con el extraño presentimiento de que algo iba a suceder. Como si alguien la estuviera siguiendo. Volvió varias veces la cabeza, pero no vio nada ni a nadie extraño en su camino.

Ahora debía planificar la manera de sonsacar a ese anodino de Juan Carlos cómo había conseguido la información para escribir esa historia. “Tal vez sea uno de esos piratas informáticos. Al fin y al cabo, le he escrito a Maribel cantidad de mensajes hablándole del asunto de Luis... ¿Y si ha leído mis correos? ¡Menudo imbécil! ¡Menudo caradura!”. Además, Maribel había ido a su casa en numerosas ocasiones y las dos habían pasado muchas tardes charlando largo tiempo en el banco frente al portal de su

casa, muy próximo a esa ventana de la casa de Juan Carlos desde donde seguramente... ¡él lo había escuchado todo! “Nos ha espiado las conversaciones. ¡El muy cretino...! Y luego ha utilizado mis datos, ¡mi vida personal e íntima!, para escribir esa historia...”.

Clara dobló la esquina. Le daba igual una dirección que otra. Sabía que lo que tuviera que ocurrir esa tarde ocurriría, torciera por donde torciera y caminara por donde caminara. Tenía un presentimiento que no la abandonaba, y no podía evitar el mirar hacia atrás una y otra vez. Pero todo parecía seguir igual que siempre. Hasta que... acabó tropezando con una mujer que tiraba de un carro de la compra. Clara estuvo a punto de caer al suelo.

—Lo siento, reina... —se disculpó la mujer—. Deberías mirar hacia delante. ¿Te has hecho daño?

—No, no... no se preocupe. No es nada. Ha sido mi culpa... Perdona usted...

Clara se recolocó la falda y recompuso su postura. Entonces, al mirar al frente, justo al otro lado del semáforo... ¡le vio! Se quitó las gafas de sol, porque no podía creer que de verdad estuviera viendo lo que veía. ¿De verdad era él o estaba tan obsesionada que ya no veía más que Luises por todas partes?

No, era él, sin duda. Lo podría haber reconocido aunque fuera noche cerrada. Pero... ¿no les había dicho que en esas fechas estaría de viaje de novios en Irlanda?

Clara se apartó como por instinto, se parapetó tras un buzón, para dejarle pasar. No quería ser vista. ¡Por nada del mundo! Iba agarrado del brazo de una mujer. Pero supo enseguida que no era la mujer de la foto que les había enseñado en clase. Los dos pasaron delante de ella sin percatarse de su presencia. Clara se quedó paralizada unos instantes, hasta que de nuevo ese impulso que nace de un fondo oscuro y desconocido de uno mismo la hizo reaccionar. Y entonces les siguió los pasos.

Llegaron hasta la librería Fuentetaja y entraron. Antes de que la puerta se cerrara completamente, Clara pudo oír cómo el dependiente saludaba a Luis.

—¡Ah, señor Román...! Sus alumnos le están esperando.

Él se disculpó. Al parecer llegaba tarde. Se encaminó hacia el fondo de la librería. Clara vigiló desde la entrada. Había gente. Un grupo de unos diez o tal vez quince. Todos, al verle, dejaron de charlar, él saludó, y los demás le siguieron tras una puerta gris.

Fue entonces cuando Clara se decidió a entrar y se dirigió al dependiente que había tras el mostrador. El señor bajito y rechoncho le preguntó, sin mirarla, qué deseaba. Estaba repasando unos albaranes del pedido que les acababa de llegar.

—Esa gente... ¿dónde van? ¿Para qué se reúnen?

—Ahhh... son del taller de escritura. Talleres intensivos de verano. Para gente que no puede venir durante el resto del año. Tenemos talleres todo el año, por si le interesa... —el hombre levantó la cabeza por primera vez y la observó atentamente por encima de sus gafas—. Si está interesada, señorita, la próxima semana empieza otro. Los martes y jueves. También lo imparte Román Cañicero.

—¿Ese que ha entrado?

—Ese mismo.

—¿Siempre da clases él?

—Sí, él y otros... pero ahora andan de vacaciones.

—¿Y cuando se vaya a vivir a Granada...?

—¿Granada? ¿Quién se va a Granada?

—El profesor... Luis Román Cañicero. Se acaba de casar y se va a vivir a Granada. ¿No lo sabe? Era profesor en mi instituto.

El hombre decidió quitarse las gafas y la miró con extrañeza.

—Se confunde, señorita. El señor Román se casó hará más de un año y medio, que es el tiempo que lleva trabajando aquí. Acaba de entrar con su mujer, precisamente. Y, que yo sepa, siempre ha vivido aquí. Además... este mismo año ha sacado una plaza de profesor, pero en la Universidad Autónoma. Que yo sepa... no tiene planes de dejar esta ciudad. ¿Usted le conoce? Igual se confunde con otro...

El hombre suspiró, como cansado de la conversación. De nuevo se colocó sus gafas, desentendiéndose de Clara, y se puso a rebuscar unos libros en las estanterías que tenía tras él. Ella se fijó entonces en la balda más alta, que estaba vacía. ¡Dios mío...! ¿Cómo era posible...? Una figura horrible parecía mirarla a ella directamente. Como una burla del destino.

—¿Y... eso de ahí...?

—¿El qué...? Ah... ¿la figura de porcelana...? Un regalo del señor Román para la librería. Debió de gastarse una buena pasta. La marca Lladró es cara. O tal vez no se gastó nada... Tal vez fuera un regalo inoportuno que no le gustó. Porque... entre nosotros... ¡mira que es fea la condenada! ¿Qué diablos pinta un cazador con un perro en una librería? Pero a ver quién le dice que no a un regalo...

Clara salió de la tienda con el ánimo por los suelos. No entendía nada. ¿Quién era en realidad ese Luis Román? ¿Su profesor de Literatura en el instituto, ese que le había animado a seguir escribiendo cuando ganó el concurso de relatos, ese que les dijo que se trasladaba a Granada, que se casaba al final del curso, el que supuestamente ahora tendría que estar en Irlanda de viaje de novios? ¿O el que acababa de entrar en Fuentetaja del brazo de una mujer que no era la de la foto, aquella a la que había presentado como su novia y a la que Clara intentó parecerse para llamar su atención? ¿Quién diablos era Luis Román Cañicero, al que le habían regalado la horrible figura del cazador con perro que ahora presidía una estantería de esa librería? De pronto, para ella, se había convertido en un desconocido, en un misterio absoluto. Ya no solo los separaba el muro insalvable de las normas sociales, sino una grieta mucho más profunda: una verdad que le estaba siendo ocultada. ¡Los había engañado, a ella y a todos! Su vida nada tenía que ver con la vida que inventó para ellos. Por alguna razón incomprensible, había camuflado su identidad en mil mentiras. Había querido deshacerse de ellos, de sus alumnos, fingiendo elegir otro destino y otra ciudad para no dejar ningún rastro. ¿Por qué? Y lo que peor seguía encajando en todo aquello: ¿cómo es que el nombre de su profesor aparecía justamente en el relato de su vecino?

Deambuló por la ciudad como siempre, dejando que el azar decidiera. Hasta que sus pasos la devolvieron, en algún momento de la noche, al portal de su casa. “Nada, nada es

lo que parece –se dijo mientras subía la escalera en completa oscuridad–. Todo siempre puede ser otra cosa que nunca sabes”.

* * *

Cuando acabó de leer, Camilo levantó los ojos y miró por la ventana, a lo lejos. Por encima de los tejados, se podía ver el mar. Le gustaba mucho el mar. Antes le calmaba. Ahora también le daba tristeza. *Nada es lo que parece. Todo siempre puede ser otra cosa que nunca sabes.* ¿Por qué había escrito esas palabras precisamente, que eran las que le había repetido a él Chema unas semanas antes de morir? Bueno... ¿acaso Chema no había encontrado una verdad que él, Camilo, también desconocía por completo, igual que ahora le ocurría a Clara?, se dijo mientras se sentaba sobre el alféizar a contemplar la calle.

Abajo, por la acera, vio pasar a Gustavo, en dirección a la playa. Iba con otros dos, en las bicis. Y entre ellos tres, la ausencia de Chema, materializada con toda la fuerza de una tarde de verano en pandilla. Chema...

Fue aquella mañana en la que Chema le había ido a buscar a la salida de ese trabajo de bibliotecario que había conseguido en la facultad, cuando le dijo esa frase: *Nada es lo que parece. Todo siempre puede ser otra cosa que nunca sabes.*

Por esos días Camilo había comenzado a preparar su tesis de Filosofía. Por suerte, había conseguido una plaza para trabajar de auxiliar en la biblioteca de la facultad, por una beca de trabajo que sacaba a concurso la Universidad Menéndez Pelayo con la finalidad de ayudar a los estudiantes a costearse sus estudios. Solían concederse a los alumnos de cursos superiores, pues el sueldo era directamente proporcional al grado del curso. Trabajaba un poco de chico para todo: colocar libros desordenados en sus estanterías, atender el servicio de préstamo, introducir las nuevas altas y las bajas de libros en el ordenador, hacer estadísticas, o incluso cambiar alguna bombilla si había necesidad... Un trabajo que le permitía ganar algún dinero (no mucho), fuera de sus horas de clase, al tiempo que permanecía en un lugar que a él le parecía un santuario: en una biblioteca. Aun así, no le quedaría más remedio que dejarlo, en cuanto acabara la carrera. Esperaba, en breve tiempo, comenzar a publicar sus novelas, sus relatos... Su verdadera vocación era ser escritor, y si estudiaba Filosofía era porque quería adquirir cultura y también intentar comprender las preguntas universales más profundas del ser humano. Sus personajes tenían que estar vivos, se decía. Necesitaba aprender a captar el alma humana y las pasiones que la movilizan. Hasta ese instante no había tenido mucha suerte y todo cuanto había escrito se lo habían rechazado. Pero si perseveraba, algún día lo conseguiría.

Terminó su jornada a las tres, como todos los días. Chema le esperaba enfrente de la puerta, a pleno sol.

—¿Cómo tú por aquí y a estas horas? –le preguntó Camilo no demasiado contento de encontrarle.

Recordaba su mal humor de aquel día, como una losa clavada para siempre en su memoria. Estaban haciendo inventario y el trabajo de sacar libros de las estanterías,

expurgar y decidir lo que seguía siendo útil y lo que ya no lo era le producía dolor de cabeza. Claro que no era él quien decidía esas cosas, pero Gemma, su jefa, era como una máquina inagotable que vaciaba estanterías enteras, una tras otra, sin darle siquiera un respiro para salir a desayunar. Luego, cuando llegaba la hora de irse, le metía prisa para que acabara de colocar lo que ella había desarmado tan alegremente antes de marcharse. Y colocar todo aquello siguiendo el orden de los tejuelos no se hacía tan rápido. Además, sin poderlo evitar, Camilo se entretenía demasiado, abría los libros que le llamaban la atención, leía párrafos, se embobaba... y algunas veces, hasta se los llevaba pillados en la cinturilla del pantalón, escondidos bajo la camiseta, tras desconectarles la alarma. Todo eso le creaba una gran tensión.

—Acabamos hoy las clases —le explicó Chema.

—¿Y cómo no lo celebras con los amigos?

Todos los veranos, al finalizar el curso, los chavales de su instituto bajaban a la playa para celebrarlo. Y ese día hacía calor.

—No me apetecía estar con nadie. ¿Podemos comer juntos?

—Bueno... Voy para casa.

—Prefiero que sea en cualquier otra parte.

Camilo miró a su hermano con fastidio. Se acordaba de ese sentimiento. Incluso con el paso del tiempo el fastidio de ese día parecía haberse agrandado, convirtiéndose en el monstruo protagonista de aquella escena lejana. ¿Por qué los sentimientos no se borran del recuerdo si al fin y al cabo Chema, probablemente, nunca se dio cuenta de lo fastidiado que él se sentía? Camilo, ese día, no tenía ganas de ir a ninguna parte salvo a comer la comida de su madre, tomarse un café con hielo y echarse la siesta.

—Por favor... —suplicó Chema.

—Bueno, chaval. Pero solo una hora de charla, ¿vale?

Camilo le había hablado con superioridad de hermano mayor. Lo recordaba con pesar.

Comieron en el bar de la facultad. El menú del día. La economía de Camilo no daba para muchos gastos extraordinarios.

—Y bien... ¿qué se supone que quieres? —preguntó con cierta impaciencia. Sentía que cuanto antes hablara Chema, antes acabarían. Sería alguna de sus chiquilladas. Algún amorío, alguna pelea, seguro que algún suspenso... Cosas de Chema. No tenía ganas de prolongar la comida más allá del postre.

Pero Chema, tan animado que parecía hacía unos instantes, debió de echarse para atrás o tal vez no vio a Camilo muy dispuesto a escuchar. De repente, le cambió el ánimo. Y Camilo tuvo la sensación de que inventaba cualquier cosa para salir del paso.

—¿No has pensado alguna vez que nuestro mundo forme parte de otro mundo que desconocemos? ¿No lo has pensado alguna vez? —le preguntó Chema, como por decir algo.

Camilo le miró atónito.

—Oye... no me habrás hecho quedar para charlar de ciencia ficción... que hoy no estoy de humor. ¿A qué viene eso? ¿Has visto alguna película en el instituto?

Chema asintió y no dijo nada. Bajó la cabeza y siguió comiendo en silencio. Lejos de

molestarle ese silencio, Camilo lo agradeció.

—¿Qué pasaría si de repente te dieras cuenta..., tú mismo, por ejemplo, de que no eres... lo que has creído ser hasta este momento? Quiero decir... ¿cómo se puede encajar creer que eres de una manera... y de repente un día... descubrir que eres de otra, y que nada de lo que creías sobre ti mismo es cierto, que todo se te desmorona, y sin embargo... los demás no pueden ver ningún cambio en ti, no pueden verte como de verdad eres? —Chema había soltado esa pregunta sin mirar a Camilo, mientras cortaba trocitos de pan, pellizcándolos nerviosamente con los dedos y dejando un rastro de migas sobre el mantel. Y continuó—: ¿Qué pasaría si de pronto yo te dijera que... he descubierto algo de mí? ¿Que no soy... que no soy lo que la gente cree que soy? ¿Que ni siquiera soy... lo que yo creía ser hasta hace un tiempo? ¿Qué puedes hacer si descubres que eres... distinto... distinto del resto?

Camilo detuvo la botella en el aire sobre el vaso sin que el agua siguiera su curso de bajada. Miró a su hermano sin saber si estaba de broma o no, con ese lío de palabras como un trabalenguas. Luego se echó a reír, para rebajar la tensión que esas palabras le habían producido. Chema bajó los ojos, quizá con cierta vergüenza. Quería contar y al tiempo no. Tal vez, pensaba ahora Camilo desde la distancia, se arrepintió de haber dicho lo que acababa de decir.

—No me jodas... No me jodas, Chema, Chemitita... No me jodas hoy con esas filosofías, ¿eh? Nadie es como los demás creen que es... ¡Yo tampoco soy como los demás creen que soy! ¿Distinto? ¿Quién no es distinto de todos? Esa es la verdad. Y todos descubrimos cosas nuevas de nosotros a cada instante. No sé por dónde van los tiros si no hablas claro, tío... Primero me hablas de una película y ahora de un problema de... ¡yo qué sé!... ¿De identidad? A ver... ¿en qué eres distinto?

Pero Chema se encogió de hombros, como incapaz de concretar. Camilo suspiró.

—Bah, tío... no pienses tanto. Cada uno es como es, y tampoco debemos preocuparnos demasiado por lo que vean o no los demás en nosotros, o porque entiendan cómo somos —y luego se quedó mirándole fijamente durante unos segundos bajo la sombra de una sospecha revoloteando entre ambos—: Oye..., ¿no me querrás decir que eres... gay, no? ¿Es... es eso... lo que has descubierto que eres? ¿Te van... los tíos?

Ahora fue Chema el que se echó a reír y negó con la cabeza. Camilo suspiró tranquilo. ¡Menuda la que liaría su padre si Chema entrara diciendo que le iban los tíos...! Bueno... si no se trataba de eso... No porque a él le importaran las tendencias sexuales de su hermano, siempre y cuando él lo tuviera claro y se sintiera feliz con sus decisiones, sino porque el que con toda seguridad no lo entendería iba a ser su padre. Y era probable que, ante un notición de ese calibre, se iniciara una crisis familiar sin precedentes en la cual él no tenía ganas de estar presente. Mejor, si no era un problema de identidad sexual. Si solo eran rollos mentales de Chema tan propios de la edad... bien, la conversación entonces podía esperar a otro momento. Se dio cuenta de lo mucho que le dolía la cabeza.

Camilo recordaba ahora con pesar cómo no quiso tirarle de la lengua. Chema necesitaba que alguien le sonsacara las cosas. Siempre había sido así. Era como una de

esas botellas que requieren un buen sacacorchos para ser abiertas. Y él no le dio confianza para que se explicara y le revelara a qué se refería con eso de que no era lo que había creído ser hasta ese momento, que era distinto a todos. ¿Qué había creído Chema ser y qué había descubierto que en realidad era? No quiso saberlo entonces, cuando tuvo oportunidad. Y ya nunca más podría saber, solo imaginar, imaginar lo que se le pasó a Chema por la cabeza aquel día, pero nunca saberlo. Eso le atormentaba. Le atormentó como si ese silencio taciturno suyo, esa desgana, fuera lo que en realidad le hubiera matado.

Y así, habían dejado el tema, abierto, inconcluso, en el aire... Luego le preguntó trivialidades para rellenar el tiempo de la comida. Le preguntó por las notas, por los amigos, por los planes de vacaciones. Camilo le miraba. ¡Qué puñetas! Su hermano le parecía el de siempre. No otro distinto del que hasta ahora era. Eso él tendría que haberlo notado en algo. Y le parecía tan normal como cualquier otro chico de su edad.

Terminaron de comer. Cuando ya salían de la facultad y bajaban por los jardines hacia la parada del autobús, Chema le dijo, como un comentario banal, o como si en realidad solo fuera un pensamiento en alto:

—¿Sabes? He descubierto que todo siempre puede ser otra cosa que nunca sabes. Incluso uno mismo.

—¡Vaya con el filósofo de Chema! Así es, querido hermano —le dijo él, y le dio una colleja cariñosa para quitarle importancia al asunto, si es que tenía alguna.

No recordaba que sacaran a relucir más ese tema. Chema no le volvió a pedir que hablaran y él tampoco le buscó. Pensó que fuera lo que fuese se le habría pasado. Pero tal vez no se le pasó. Seguramente no se le pasó. Hubo señales pero Camilo no supo verlas. Y de repente, la noche anterior, cuando despertó y fue como un sonámbulo a la habitación de Chema para abrir un libro al azar, se encontraba otra vez con esa maldita frase que su hermano había subrayado en ese libro: *Descubre quién eres antes de morir*. ¿Qué le preocupaba tanto a su hermano? ¿Qué averiguó que era antes de morir?

Ahora, mientras miraba la calle sentado en el alféizar, Camilo pensó que uno podía ser muchas cosas distintas a la vez y creer ser algo y resultar luego no serlo. Y que también se podía engañar a los demás con mucha facilidad. Podías, por ejemplo, creerte bueno jugando al fútbol porque eras el que metías más goles en el patio del colegio, y un buen día descubrir que no lo eras, que solo eras del montón cuando de pronto jugabas en otro campo y con otro equipo y veías que había otros mucho, muchísimo mejores que tú. De repente, la imagen que tenías de ti mismo se desvanecía. Y también se desvanecía para los demás si estos comprendían que no podían seguir esperando que tú respondieras a las expectativas que ellos habían puesto en ti.

“Los demás piensan que soy un buen bibliotecario, amante de los libros (cosa que es cierta), velador del orden dentro de una institución sagrada como lo es una biblioteca. Y yo, en cambio, no puedo evitar sustraer algún ejemplar, de vez en cuando, con la intención, eso sí, de devolverlo algún día. Pero ese día nunca llega. Yo sé que nunca llegará. En resumen, soy un ladrón, pero nadie lo sabe —se dijo Camilo—. ¿Quién puede estar seguro de ser lo que cree que es? Siempre puedes ser otra cosa que no sabes, ni tú

ni los demás. Cosas que de repente te sorprenden, escondidas en los entresijos de tu propia piel, como extrañas plantas, o granos, o manchas que aparecen y de las que nunca tuviste constancia. Uno puede ser una cosa y de repente ser también la contraria. Así, con toda facilidad y naturalidad. ¿Por qué?”.

Camilo recordó ahora cómo él también, al igual que Chema, había descubierto en algún momento que era como no sabía que era. Fue hace muchos años, pero nunca lo olvidó. Él tenía nueve o diez. Todos decían que era un niño modelo: amable, cordial, generoso, atento... Él dejaba los asientos en los autobuses o en el metro a las mujeres embarazadas o a los ancianos. Él se apartaba en las puertas para ceder el paso. Él era bueno y educado. Un día salió de casa camino del colegio. Se había entretenido jugando después de la comida y se le había hecho tarde. La escuela no estaba demasiado cerca y tuvo que correr. Los frailes cerraban la puerta después de tocar la sirena y si se encontraba la puerta cerrada le pondrían falta y su madre le castigaría. Pero cuando llegó a pocos metros del colegio, en una esquina que daba a un callejón sin asfaltar, apartado de la calle principal, vio a un anciano caído en el barro. Se lamentaba, gemía, intentaba levantarse pero era incapaz de hacerlo. Camilo miró a su alrededor y comprobó que él era el único que pasaba por la calle en ese momento. Miró su reloj, regalo de su Comunión. Era demasiado tarde y ya todos habían entrado. Desde la calle, por encima de la valla de piedra, escuchaba la música que sonaba por los altavoces del patio, mientras se formaban las filas. Escuchaba también el griterío de los chicos disponiéndose para subir a las clases. Y él corría, corría mucho, para que no le cerraran la puerta negra de hierro. Así que también escuchaba sus propios jadeos. Pero los lamentos del anciano le frenaron cuando llegó a la esquina. El viejo le vio y le llamó: “¡Niño, niño... ayúdame!”. Camilo se detuvo. Su primer impulso fue encaminarse hacia el hombre del suelo. Pero luego dudó. Caminó dos o tres pasos y se paró. Una voz interior le recordó: “¡Llegas tarde!”. Sonó la sirena por primera vez. Le cerrarían la puerta. Apenas disponía de unos segundos para alcanzar el portón de hierro, ¿no le daría tiempo! Avanzó un par de pasos más. Pero la sirena sonó por segunda, última y definitiva vez. Sin pensarlo más, Camilo echó a correr hacia la puerta negra. “Lo siento, señor, no puedo llegar tarde. ¡Me la cargaré!”, gritó disculpándose. El gemido del anciano le persiguió por encima de la valla del colegio. O a él eso le pareció. O eso es lo que le quedó grabado en el recuerdo. Tal vez nunca le oyó gemir y él inventó los gemidos para su recuerdo. Cuando salió de clase, dos horas más tarde, corrió hasta la esquina. Deseaba que el anciano aún estuviera ahí para poderle prestar su ayuda. Pero nadie había ya en el callejón. Camilo quedó inconsolable, y lloró durante muchas noches pensando en el pobre viejo, abandonado por él a su suerte. ¿Quién le habría ayudado? ¿Habría conseguido levantarse solo? Esa fue la primera vez que sintió que había una parte de él que desconocía, que no era lo que creía ser, ni como la gente creía que era. Se había equivocado. Todos se habían equivocado. Era un gran egoísta. Un gran cobarde. ¿Algo así había descubierto su hermano de sí mismo?

Camilo decidió salir de casa para despejarse y pensar. El día estaba radiante. Necesitaba ver y oler el mar. Y sobre todo, cavilar cómo seguiría con esa historia de

Clara y Juan Carlos, los dos seres que él ahora inventaba y a los que tampoco conocía completamente. Tomaría notas en su cuaderno, sentado en la playa. Se daría un buen baño. Y luego, por la noche, pasaría todo lo escrito al ordenador.

* * *

Sobre las cinco de la tarde del siguiente día, Clara decidió devolver el cuaderno a Juan Carlos. Afrontaría la situación. Pero en la panadería, el dependiente, un ayudante con malhumor perpetuo, le informó, medio refunfuñando, que los dueños se habían ido de vacaciones por unos días. Así que regresó sobre sus pasos, bastante desanimada. Tendría que esperar irremediablemente la vuelta de su vecino... Y mientras tanto, ¿qué haría ella, con esa angustia que le había producido la situación?

Sin embargo, las cosas no eran como acababa de interpretarlas. Al ir a introducir la llave en el portón, alguien abrió desde dentro...

Juan Carlos y ella se quedaron mirándose sin decir nada. A Juan Carlos, para no variar, se le cayó lo que llevaba en la mano. Unos cedés, unos videojuegos, se fijó Clara. “¡Qué insufriblemente torpe!”.

—¡Ah... eres tú...! ¿No estabas fuera de Madrid? Me acaban de decir en la panadería que os habíais marchado de vacaciones...

—Mis padres. Yo me he quedado. No me interesa ir al pueblo. ¿Para qué me buscabas?

Clara sintió que se sonrojaba ligeramente. Le mostró el cuaderno.

—Toma. Quería devolvértelo. Esa historia... Bueno... me gustaría hablar de ella contigo...

Juan Carlos no extendió la mano hacia el cuaderno, como si no le interesara demasiado el recuperarlo.

—Es que... ahora no puedo... ¿Te importa dármelo luego? Me voy, llevo algo de prisa... y no quiero cargar con el cuaderno.

Clara se encogió de hombros y entró en el portal escapando de los treinta y cinco grados que caían como una losa sobre sus hombros. Pero justo cuando comenzaba a subir las escaleras, Juan Carlos la llamó.

—Oye... esto... tú también estás sola, ¿no?

Clara asintió y subió de nuevo dos escalones, desentendiéndose de él. Pero Juan Carlos insistió:

—Yo... yo... bueno, voy al cine esta tarde... después de hacer un recado... —le confesó, ruborizándose—. ¿Qui... quieres... venir? Al menos allí hay aire acondicionado.

—¿No es... demasiado pronto? —contestó ella, realmente sorprendida por la proposición—. Solo son las cinco y media...

—Es que antes tengo que llevarle esto a un amigo. Está en el hospital.

—¿Qué peli vas a ver?

—No sé... lo que pongan... ¡Me encanta el cine! ¿A ti no?

—Sí, claro... pero... —Clara dudó. ¿Qué se le había perdido a ella con ese estúpido? Pero por otro lado... Salir con él le daría una oportunidad única para hablar del cuaderno

y su historia. Tal vez, si procuraba no enfrentarse con él directamente y se mostraba habilidosa, si se granjeaba su confianza, su amistad, él acabara bajando la guardia y confesándole todo. Por otro lado... quedarse en casa pensando en Luis era el único plan alternativo que tenía. ¡Y no le hacía ninguna gracia!—. De acuerdo.

Y guardó el cuaderno negro en su bolso.

El revuelo de gente con batas blancas frente a la puerta de urgencias les hizo pensar que algo grave acababa de ocurrir. Pero el corrillo era tan grande que no lograron distinguir al individuo tirado en la acera al que, al parecer, estaban atendiendo los médicos.

—Vaya... el tipo ni siquiera ha llegado a cruzar el umbral —señaló Clara.

—Sí, mala suerte...

Dejaron atrás a la muchedumbre. Los dos tenían sed y mucho calor y deseaban acabar la visita cuanto antes. Subieron hasta la cuarta planta y tuvieron que recorrer un pequeño pasillo que desembocaba en una puerta cerrada, con una ventana enrejada. Fue entonces cuando Clara se percató de que estaban en la planta de psiquiatría. ¿Cuál sería la enfermedad del amigo de Juan Carlos? Ni siquiera le había preguntado. En realidad, no le interesaba nada que tuviera que ver con su vecino, salvo el asunto del cuaderno. La unidad de psiquiatría era un área cerrada, con puerta y llave echada, y con un celador tras esa puerta al que hubieron de enseñar el pase.

—¿Ella tiene tarjeta? —preguntó el celador señalando a Clara.

—No... Viene a acompañarme. Solo estaremos un momento...

—Pues no puede pasar, señorita. Todo lo más, le dejo que entre y se quede aquí, a mi vista, mientras el chico hace lo que tenga que hacer.

—Bien, no tardaré —aseguró Juan Carlos, y se alejó por un larguísimo y mal iluminado pasillo de paredes amarillas y suelos grises con losetas bastante desgastadas.

El pasillo no parecía reformado. Se notaba que lo habían intentado convertir en un lugar alegre sin invertir demasiado dinero, con ese color en las paredes. Amarillo, como un campo de girasoles. O de trigo. Pero, pese a ello, la decadencia asomaba por todas partes. El hospital era bastante antiguo. Clara sintió un escalofrío. ¿Qué tipo de pacientes habría en esos lugares?, se preguntó. ¿Y qué le podría pasar a un chico, que ella presuponía de la edad de Juan Carlos, para estar en un lugar como aquel? Había muchos pacientes paseando por los pasillos, la mayoría vestidos de calle, no en pijama como ocurría en otras plantas.

Varias mujeres se acercaron a Clara con curiosidad. Una de ellas empezó a cantar a su alrededor.

—Domingo, Domingoooo, entre todos en el baile te distingoooo...

Otra, contagiada, quiso también demostrar que podía cantar igual de bien que la compañera, y se decidió por otro estribillo:

—Me voy a hacer un rosario... con tus dientes de marfil...

Luego, la mujer se acercó a Clara y, sorpresivamente, la enganchó del pelo. Ella, asustada, se echó hacia atrás hasta chocar con la mesa del celador.

—¡Suéltala, Celina! ¿O quieres que te ate otra vez a la cama? —la increpó el celador,

molesto por tener que dejar el periódico deportivo.

La mujer soltó a Clara y se alejó. En mitad del pasillo interrumpió su marcha, se dio la vuelta y le sacó la lengua.

En ese instante otra mujer se situó junto a Clara. Era de mediana edad, con el pelo canoso recogido en un moño perfectamente peinado, guapa, esbelta, bien vestida, totalmente arreglada y adornada con bisutería fina, como si estuviera a punto de entrar en la ópera. Lo único que revelaba que se trataba de una paciente más era un pie vendado y las zapatillas de andar por casa que calzaba, muy finas, de piel rosada, rematadas en una cenefa plumosa que le conferían aspecto de bailarina.

—No les hagas caso, están todas locas. Aquí todo el mundo está loco. Ven, ven... que te cuento, que te informo de lo que le pasa a cada cual. ¿Ves a esa de las gafas, esa que se apoya en la pared? Esa se cree que todas las enfermeras y los médicos son diablos y que este lugar es el infierno. En parte, no te creas, que algo de razón ya tiene. Como no se baña, la tienen que asear a la fuerza, y ella lucha contra todos los demonios en la bañera como si fuera el propio rey Neptuno. El otro día atacó con un tenedor que se había escondido en el sujetador. A falta de tridente... je, je, je. Cuando salen de bañarla, parece que todas las enfermeras acabaran de librar la batalla de Trafalgar. Tienen que correr a los vestuarios a cambiarse de ropa. Y mira, mira... ¿Ves a ese chico? Pues ese es gay. Pero no quiere serlo, mira tú, por más que yo le digo que qué más da serlo que no. Hoy en día... cada cual puede ser lo que sea, ¿no?, y nadie tiene por qué decirte lo que tienes o no tienes que ser. Él quiere que le den electrochoque para que se le quite “la manía”, como él la llama. ¡Ay!, no hay nada peor que no querer ser lo que uno irremediablemente es, ¿no crees? Uno puede renegar de todo, pero lo peor es renegar de sí mismo —la mujer no paraba de hilar unas historias con otras y Clara empezaba a sentir una especie de mareo.

—Y a usted... ¿qué le pasa? —se atrevió a preguntarle, algo intimidada.

—¿A mí? —la mujer dio un largo suspiro y se quedó mirando hacia la lejanía con sus ojos grandes y bellos, como si echara una mirada hacia el pasado—. Solo estoy aquí de adorno, querida niña. Un adorno dentro de esta historia que es la vida. Ya ves tú qué triste... ¡Si al menos fuera un personaje principal, de esos que tienen misiones importantes que cumplir...! Yo... digo que todo es una fantasía y que ninguno existimos. El médico me da unas pastillas y de ese modo se quedan tranquilos porque empiezo a ver y a pensar las mismas cosas que ven y piensan y dicen todos. Si no ves lo que ven todos estás perdida, querida niña. Pero digo yo, ¿quién puede asegurar que lo que ven todos es lo que de verdad debe verse?

En ese momento Juan Carlos regresó corriendo por el pasillo.

—¿Qué... qué te pasa? —se alarmó Clara.

—Vamos... date prisa... ¡Abra la puerta! —le exigió al celador, casi con impertinencia.

El celador, suspirando con fastidio, soltó su periódico sobre la mesa con parsimonia y, sin prestarse a ningún apremio de Juan Carlos, se dirigió hacia la puerta.

Juan Carlos pulsó el botón del ascensor, pero una luz indicaba que estaba detenido en el piso seis. Algo le impacientaba demasiado, y entonces, para sorpresa de Clara, la

cogió de la mano y tiró de ella hacia las escaleras.

—¡Vamos! ¡Corre!

—¿Pero... qué ocurre?

No podía ser que llegaran tarde a la sesión de cine. Sin embargo, Juan Carlos no parecía dispuesto a dar ninguna explicación. Jadeaba, se mostraba muy nervioso. Bajaba las escaleras de dos en dos y Clara, unos cuantos peldaños más atrás, intentaba seguirle con sus sandalias de verano y su incipiente rozadura en el talón. No sabía qué motivaba esa carrera, pero mientras le seguía tuvo el presentimiento de que algo importante había ocurrido. Algo trágico hacia cuyo encuentro se precipitaban los dos.

El corrillo de batas blancas en la puerta de urgencias ahora se había disipado. Clara seguía a Juan Carlos que, sin esperarla, entró en urgencias atropellando a la gente. Estuvo a punto de caer sobre la silla de ruedas de un hombre que abandonaba el hospital con la pierna escayolada. Eso provocó unos cuantos insultos que él no pareció escuchar. Clara solo consiguió darle alcance cuando un médico con bata verde lo agarró por los hombros y lo detuvo en seco. Hablaron unos instantes. Juan Carlos se tapó la cara con las manos. Y fue en ese momento cuando Clara supo (hay cosas que se saben, incertidumbres que flotan en el aire y que sin que nadie sepa cómo de pronto se convierten en certezas) que algo grave le había sucedido a su amigo.

—No puedes pasar, muchacho. Créeme... —oyó Clara cómo insistía el médico, intentando retenerle—. Tienen que atenderle. Es muy grave. Cayó desde la planta tres... Nadie sabe cómo ocurrió... Lo único que sabemos es que le bajaron a la tercera para hacerle unas pruebas. La planta tres no tiene las ventanas enrejadas y él debió de aprovechar esa oportunidad para saltar desde la terraza. Pero no te puedo dejar que le veas... Vete a casa... es lo mejor que puedes hacer, de momento.

La tarde pasó triste en el salón de la casa de Clara, entre recuerdos, confidencias y suspiros, todo ello amalgamado por el calor envolvente y la oscuridad azulada de los toldos bajados que intentaban parapetar el mortífero y asfixiante sol de la ciudad. Ahora Juan Carlos contaba a Clara muchas cosas sobre su amigo.

—Hace cosa de un año empezó todo. Un buen día dijo que había descubierto que era capaz de ver la esencia de las cosas. Así de raro lo dijo: “La esencia de las cosas”. Y que todo tenía dos caras, una horrible y otra hermosa. Y que no podíamos ver ni una ni otra en su totalidad sin morir tras ello. A mí me parecía muy extraño todo lo que decía. Pensé, te lo juro, que se había metido en una secta. Pero no era eso...

»Una noche decidió tirar la tele por la ventana. Dijo que la tele engañaba e impedía que viéramos la realidad del mundo. Que la gente miraba el mundo a través de la tele y no era capaz de ver siquiera a quién tenía al lado. Destrozó el coche de un vecino. ¡Menos mal que no mató a nadie! Fue entonces cuando empezó su tormento. La policía vino a por él y le llevaron al hospital. Le diagnosticaron un trastorno bipolar, ya sabes, esa enfermedad en la que se pasa de la euforia más absoluta a la depresión más radical, en cuestión de poco tiempo. Cuando se le pasó la fase de euforia en la que había caído, ya no volvió a ser el mismo. Un día fui a verle. Se estaba mirando en el espejo, y me dijo: “¿Quién soy en realidad? ¿El que ve todo maravilloso o el que es capaz de ver el

lado más confuso y terrible de la vida?”. Me dijo que ya nunca podría ser como era antes, puesto que ahora había descubierto algo de sí mismo que hasta entonces desconocía: esa maldita enfermedad. Y sabía que veía la realidad como no la veía nadie. “No sé quién soy yo. Puedo ver el lado oculto de las cosas, pero no sé quién soy yo”. Tenía miedo de volverse loco, de perder el control para siempre. Estaba obsesionado con ello.

»Hace una semana estuvimos hablando. Cuando empezó con lo mismo intenté distraerle, cambiar de tema. A mí me agobiaba hablar de su enfermedad, como si yo mismo pudiera contagiarme de su angustia... o de su probable locura. Al final, me pareció que le dejé bastante normal, bastante tranquilo. Hasta hicimos planes para ir en agosto a la playa, unos días. Por eso, no lo entiendo... Tal vez fingió... Pero yo ahora... siento que fui un cerdo... No le hice suficiente caso. Y mira cómo termina todo... Se ha tirado. ¿Te das cuenta? ¡Ha intentado matarse! Es lo peor que alguien puede hacer.

Clara se le quedó mirando. De repente, veía a una nueva persona frente a ella, completamente desconocida. No al vecino raro cuya imagen estaba fijada desde la infancia, sino a un nuevo “Juan Carlos”. Algo nuevo de él emergía de repente ante los ojos de ella, como una revelación. Nunca antes lo había contemplado así. Alguien preocupado por un amigo, con sentimientos, alguien que se sentía culpable... Era... como si lo viera por primera vez.

—Creo que es hora de que me vaya... —dijo él repentinamente, apurando la limonada del vaso.

—Quédate aquí, esta noche... —le sugirió ella mientras abría las ventanas de par en par. Estaba anocheciendo y, junto a una ráfaga de aire caliente y espeso, les llegó el bullicio de la ciudad que despertaba como un animal nocturno, sobreponiéndose al sopor del día tan caluroso.

Clara le observó mientras giraba la manivela que subía el toldo y el rostro de Juan Carlos, a medida que penetraba la luz en la habitación, iba siendo iluminado. “Los acontecimientos terribles provocan miradas nuevas sobre las cosas —pensó ella—. Los acontecimientos incomprensibles y oscuros a veces logran iluminar las cosas”. Juan Carlos, de repente esa tarde, había entrado en su vida, siendo como era hasta ese día prácticamente un desconocido. Gracias a un hecho terrible. Y ahora su mirada hacia él había cambiado. Esa tarde solo la tenía a ella y solo ella podía ayudarle, aunque no supiera cómo. Clara se fijó bien en él y percibió que Juan Carlos emanaba una extraña sensación contradictoria de su persona. Una especie de seguridad en sí mismo, al tiempo que una indefensión. Y eso le impregnaba de una simpatía que a ella se le acababa de manifestar en ese instante, por vez primera. Pensó que antes nunca le había visto de verdad. Solo imaginó lo que ella y la chiquillería del barrio habían decidido sobre él. Y todo resultó ser una farsa, un cristal de color a través del cual miraron y distorsionaron a Juan Carlos. Y ahora le tenía ahí delante, iluminado desde otra perspectiva, desde otra vivencia. No sabía muy bien cómo podía ayudarle en ese momento tan trágico. Pero comprendía su sentimiento. Cuando alguien cercano muere o está en trance de hacerlo, uno tiende a sentirse culpable. Siempre, por pequeña que sea, hay alguna deuda, algo que

se pudo hacer y que no llegó nunca a realizarse. Una llamada para interesarnos, una visita, un regalo, una tarde dedicada a escuchar sus penas, una sonrisa a tiempo, un abrazo, una palabra, una mirada... O simplemente, uno se siente culpable de no ser Dios y no poder disponer sobre la vida o la muerte de aquellos a quienes amamos.

Clara insistió:

—Quédate aquí esta noche, en la habitación de mi hermana. Su cama está libre. Creo que no es bueno que te quedes solo en tu casa, rumiando penas.

—No, no podría dormir...

—Pues entonces... charlaremos, si lo prefieres. O veremos la tele...

Juan Carlos suspiró. Y luego preguntó, como si su pensamiento estuviera muy lejos de Clara y de esa habitación:

—¿Crees... crees que Ismael, mi amigo, se arrepintió... que pudo arrepentirse mientras se tiraba, mientras caía? ¿Crees que le dio tiempo de pensar que había sido un error, pero que ya no pudo dar marcha atrás, regresar?

Clara tardó en contestar. Era algo que en alguna ocasión se había preguntado. ¿Qué pasaría por la mente de los que se suicidaban justo en el instante en el que ya no había marcha atrás?

—Tal vez...

—¿Te imaginas la desesperación de haber saltado y de repente desear no haberlo hecho y saber que ya no puedes volver hacia arriba, que nunca más podrás volver, que descienes hacia el final de tu existencia?

Juan Carlos metía la cabeza entre sus manos, desmoralizado, ausente, deprimido. La realidad le pesaba demasiado.

Clara seguía callada. ¿Qué podía responderle? Todo era demasiado triste. Y por más preguntas que se hicieran, nunca sabrían lo que de verdad pasó por la cabeza de Ismael para hacer lo que hizo, lo que de verdad le sucedía a Ismael. A no ser que... Ismael despertara del coma y les contara. Y pensó con alivio que tal vez aún había esperanza.

De pronto, Juan Carlos empezó a golpearse la frente con los puños, en un gesto de desesperación.

—Soy un imbécil... ¡Yo lo sabía! Y es mi culpa... Podía haberlo evitado... y no hice nada.

Clara le miró estupefacta.

—¿Cómo puede ser tu culpa? Tú ni siquiera estabas allí. Cuando llegamos él ya...

—Podría haberlo evitado, Clara. No hice caso de las señales. Me desentendí por completo.

Clara no entendía ni una palabra.

—¿Cómo... cómo diablos podrías haberle ayudado? ¿De qué señales hablas?

Juan Carlos ahora tenía la cara entre las manos otra vez. Se ocultaba como un niño arrepentido de alguna fechoría. ¿Pero cómo podía haber evitado el salto de su amigo? ¿Qué sabía él de sus intenciones?

—Nadie tiene la culpa, tú no podías adivinar que...

—Sabía que iba a hacerlo —le confesó de repente. Y sus ojos negros miraron fijamente

a Clara, con una seguridad que a ella le dio miedo. ¿Quién era Juan Carlos en realidad?

—¿Qué? ¿Cómo? ¿Te lo había dicho, te dijo que lo haría?

—No... no así... tan claro. Pero ahora... ahora que lo ha hecho... me doy cuenta de que yo, en el fondo, lo sabía. Pero me desentendí... Sí, me desentendí.

Juan Carlos cogió su mochila y sacó una hoja de periódico. Era del diario El País. La desplegó y se la mostró a Clara.

—Mira. Lee. La encontré en el buzón el otro día, cuando regresaba del Retiro. La misma tarde que nos cruzamos en el portal... Estaba junto a ese cuaderno negro que se me cayó y que tú luego cogiste. El cuaderno debió de caérseme junto con los libros. Y yo lo había olvidado hasta que tú me lo quisiste devolver.

Clara miró la hoja del diario con sorpresa. Se trataba de un relato, una historia publicada en la sección de cultura del periódico.

—Pero... entonces... esa historia del cuaderno que encontré... ¿no la has escrito tú? ¿Tú no... no me pirateas el ordenador? ¿No me espías... las conversaciones?

—¿Yo? ¿Espiar? ¿Piratar tu ordenador? ¿Pero qué dices? ¡Claro que no! ¿Y qué... qué te hace pensar que lo escribí yo? ¿Qué hay escrito en ese cuaderno? Lo acababa de sacar del buzón junto con esta hoja del periódico cuando se me cayeron todos los libros por el portal y... me olvidé de él... Ni siquiera sé qué hay escrito ni de quién es.

Clara no sabía qué decir. De nuevo comprendía que había dejado de mirar la realidad tal y como era para explicarla a la medida de sus intereses. No había espionajes de su vecino. Su vecino no sabía nada de ella. No. Pero lo peor era que eso complicaba muchísimo las cosas...

—Luego te digo de qué va esa historia del cuaderno... —respondió—. Ahora, dime tú qué cuenta ese periódico. Y qué te hace pensar que tiene tanto que ver con el intento de suicidio de tu amigo. Me estás asustando...

—Tiene que verlo todo. ¡Todo! En esta historia está escrito lo que le ha pasado. Cómo se sentía. Y anuncia, ¡clarísimamente!, lo que ha sucedido. Y yo lo había leído. ¿Cómo no me di cuenta, cómo no lo relacioné? Solo después de que pasara, lo he comprendido. Cuando ya no hay remedio... Soy un estúpido, estúpido... Aunque... ¿cómo iba a pensar que un relato de ficción puede convertirse en realidad, en algo que tiene que ver tan directamente con tu vida? Es como si esa historia fuera un eco, un grito de Ismael... pero yo no lo he escuchado...

Clara se impacientó. Le quitó la hoja del periódico que tenía en las rodillas y comenzó a leer.

SIN RETORNO

Si un pintor hubiera tenido que plasmar en su lienzo la ancha avenida madrileña de Gran Vía, solo habría podido utilizar pinceladas de bullicio, de luces, de prisas. Igual que si se tratara de un perfume de diseño urbano, nadie escapaba de su fragante encantamiento de locura. Cada noche, la oscuridad y el silencio, con cierta e inútil

resignación, se empeñaban en caer sobre el asfalto, y forcejeaban una y otra vez con la ruidosa calle. Mas todo era en vano. Esa calle no parecía dormir nunca.

Martín aceleraba el paso por la acera. Llegaba algo tarde. No quería llegar tarde ni tampoco demasiado pronto. Le gustaba pasar inadvertido, no llamar la atención. Ese era el lema que se había impuesto desde que llegó a la ciudad. Ser como todos. No destacar en nada. Además, aún no los conocía demasiado. Era el primer curso que pasaba en aquel instituto y para él todos eran nuevos. Quería quedar bien, no sobresalir en nada.

El motivo de la fiesta era el cumpleaños de Berta. Había insistido tanto esa chica taladrada de piercings que no pudo encontrar excusa creíble para resistirse más y al final había aceptado la invitación, muy a su pesar. No le apetecía. Más bien iba por no parecer un raro. Miró el reloj. Aceleró el paso.

El cálido viento de la primavera le soplaban en la cara. Una brisa que recorría las calles chispeantes como una cola de cometa serpenteaba por los reflejos luminosos de los escaparates, se intercalaba entre el humo de los coches, los pitidos y los semáforos. Martín sintió su tibieza agradable, igual que una mano invisible repartiendo caricias por aquí y allá a los viandantes. Zigzagueaba, apremiando el paso entre la gente, entre las farolas engalanadas de cestas desde las que colgaban cascadas florales colocadas por el ayuntamiento. Todo era explosión de color. Parecían, allí en lo alto, jardines colgantes en sus atalayas, vigilando la ciudad. Quizá la fiesta no estaba tan mal, después de todo, se dijo. Intentó animarse. Torció a la izquierda, abandonó la calle bulliciosa, subió por una perpendicular y, bastante más arriba, encontró el local.

Miró el número que llevaba apuntado en el papel. Ahí estaba. La farmacia. Muy antigua, le habían dicho. Tenía más de doscientos años. Por la hora, ya había cerrado al público. Martín encontró a Luisa en la puerta, que le recibió con su sonrisa de pintalabios fucsia remachada por el piercing negro.

—Están dentro.

Y como si intuyera la indecisión de Martín, le empujó maliciosamente antes de que él pudiera pensárselo dos veces y salir corriendo. A la vivienda de Berta se accedía por la trastienda, por una puerta tras el mostrador.

Dicha farmacia estaba ubicada en un antiguo edificio de la ciudad y se había mantenido abierta desde 1783. Las reformas que había sufrido no pudieron derribar el buen gusto y criterio por conservar la originalidad de las estancias, y los diferentes dueños que explotaron el negocio durante esos años supieron unir tradición y comodidad. Era un lugar realmente peculiar, con el mostrador original de madera oscura, con las estanterías llenas de botes de cerámica blanca y azul, de esmalte craquelado. Los techos de madera, pintados con representaciones de ángeles y diosas. Las lámparas doradas y de cristal, vertiendo su cascada de luz. Los suelos ocre de baldosas corinto y verdes, formando dibujos geométricos. Los frisos de azulejos con dibujos de color azul. Las alacenas de hacía un siglo. En ellas se guardaban muy organizadamente los medicamentos dentro de sus modernísimas

cajas del siglo veintiuno que, con sus colores chillones, parecían haber quedado atrapadas en los anaqueles de un tiempo remoto.

Martín se metió por detrás del mostrador. Una cortina y una puerta abierta dejaban entrever un caminito de luz hacia el salón de la casa de Berta. Humo de cigarros y música estridente. Eso encontró. Y risas. Risas, sobre todo de Berta, que reía igual que hay algunos que lloran.

—¡Hombre, tú por aquí! —le golpeó el Chino en la espalda. Y le puso un cubata en la mano—. Alegra esa cara, que parece que vienes a un funeral. ¡Que no te vamos a comer, chico!

¿Tanto se le notaba?

Una chica a la cual no conocía y que ya parecía estar algo bebida tiró de su manga y le arrastró hacia el centro del salón. Le zarandeó hasta que Martín comprendió que le estaba pidiendo, con su gesto y sus ojos achispados, que bailara, que se moviera. Obedeció como un autómata. Las sillas y sofás habían sido apartados para dejar espacio y, sobre una mesa empujada contra la pared, se alzaba una muralla de bebidas, refrescos para mezclar con el alcohol, y algún aperitivo barato de esos que suben el colesterol. El humo del tabaco culebreaba por el techo trazando con parsimonia dibujos que subían y bajaban como sinuosos genios entre las luces. Martín bailó patosamente frente a la chica, intentando que el cubata no se derramara con algún empujón inesperado.

Entonces entró un grupo con alboroto. Solo conocía a dos de ellos. Los demás, estaba claro, eran amigos del resto. Esa nueva oleada humana los apretó más aún a unos contra otros. El ambiente se le hizo irrespirable. La noche prometía ser larga. Cuando ya estaban todos, Berta cerró con llave la farmacia y luego hizo lo mismo con la puerta que daba acceso a la tienda desde el interior del salón. Así, a nadie se le ocurriría hurgar entre los medicamentos.

Pasó tiempo. Y las horas avanzaron enredadas en una trenza apretada de humo, música, ruido, alcohol y risas. La peña bebía demasiado. Tal vez era la única forma de soportar aquello, se dijo Martín. Se formaban corrillos que se hacían y se deshacían con rapidez pasmosa, para bailar, charlar a voces; parejas que se apartaban por las esquinas, a besarse, a meterse mano, a liarse un porro en algún rincón. El Chino no paraba de traerle un cubata tras otro en cuanto le descubría con el vaso vacío, así que comprendió que no podría verse con las manos libres en ningún momento. La música le arrastraba por la pista como a un androide que intentara parecer humano. No pintaba nada en aquel ambiente, pensó. Martín quiso escapar.

Pero salir suponía tener que pedirle las llaves a Berta. Y, además, suponía dar un montón de explicaciones. Y después del esfuerzo, quedaría igualmente como un anacoreta, como un raro donde los haya. No. No quería parecer raro. Quería ser igual que el resto, sentir como todos, reír como todos. Él sabía que no era como todos, no como esos al menos, pero quería serlo. Serlo, costara lo que costara. Sintió angustia. Esa angustia extraña que se produce cuando uno se siente fuera de lugar, y se esfuerza y se esfuerza inútilmente en dar la talla. Pero él nunca daría esa talla.

Una fiesta y un baile y un cubata, o darse el lote, no arreglarían nada. Nada. Tenía que encontrar otra forma de salir de allí sin ser visto. Que nadie recordara que se había marchado. Que solo recordaran que estuvo en la fiesta.

El salón tenía dos puertas: una, la que daba a la farmacia y que Berta había cerrado con llave, y la otra, en el extremo opuesto, que daba al interior de la casa. Lógicamente, los padres de Berta no estaban ese día. Martín se decidió. Se dirigió hacia la puerta que conducía a la vivienda. Con la mano sobre el pomo, dudó breves instantes. Tal vez no estaba bien colarse por allí sin permiso. Pero luego miró hacia atrás. No aguantaba más. Así que abrió y cruzó el umbral. Cerró tras de sí. El ruido quedó amordazado. Y Martín, apoyado en la puerta, suspiró con alivio y cerró los ojos sintiéndose a salvo de algo inexplicable. Solo entonces, miró a su alrededor.

Avanzó por el largo pasillo, apenas iluminado por tenues lamparillas, flanqueado por fotos familiares: le pareció que mostraban diferentes escenas de Berta de niña y su familia. El pasillo desembocaba en la cocina, una estancia espaciosa, de azulejos blancos y pequeños, con cacharros de cobre colgados por las paredes, muy relucientes. Una cocina de esas con estufa de carbón, con chimenea. No es que a Martín le interesara la decoración. Pero le llamó la atención esa unión tan contrastada donde pasado y presente parecían darse la mano con torpeza. Una moderna nevera americana de esas que sueltan hielos con solo apretar una palanca junto a la cocina de carbón, que se suponía que era solo decorativa, puesto que también había una vitrocerámica. Martín se sintió mareado. Una náusea le vino a la boca. Seguro que el alcohol. Apagó la luz y salió de la cocina por la puerta de enfrente, por donde continuaba otro pasillo.

De nuevo se encontró con una longitud excesiva que parecía estirarse más y más. Buscó el interruptor de la luz por la pared, lo encontró y todo se iluminó. No cabía duda, debía de estar borracho. Altos techos con pinturas de mujeres vistosas, de diosas, de figuras mitológicas o ángeles de otro mundo... Todo tan extraño... Parecía un museo o un palacete. Las paredes en el pasillo, se fijó, seguían mostrando retratos, solo que ahora las imágenes ya no eran de Berta sino, seguramente, de sus padres cuando niños, de sus abuelos, de gente mayor, antigua, desconocida tal vez incluso para la misma Berta. Parientes cada vez más lejanos a medida que él avanzaba, fotos cada vez más amarillas, más deterioradas, personajes en blanco y negro que miraban directamente al objetivo y que parecían estar colocados allí más para acechar que para ser contemplados. Martín pensó de nuevo que se sentía distinto de todos ellos, de la gente corriente. Y no quería. Tal vez por eso huía por la parte de atrás. De vez en cuando bordeaba alguna puerta que daba paso a diversas habitaciones. Martín se fijaba, por si hubiera en ellas alguna posibilidad de escapar al exterior. Puertas no encontró, y las ventanas, al tratarse de un bajo, estaban enrejadas.

Desembocó en otra sala pequeñita con muebles, vitrinas, alfombras y tapices colgados en sus paredes, antiquísimos. Parecía que estaba dentro de un palacete de la época de Napoleón. Él no entendía de arte ni de épocas. Pensó en Napoleón por las películas que había visto. Lámparas doradas, llenas de cristales colgantes.

Molduras, trampantojos y pinturas de motivos diversos en los techos.

Le daba la impresión de no estar allí presente, como si se tratara de un sueño. Un sueño que transcurría en otra época. Muy lejana. Buscó aire fresco. ¡Necesitaba aire fresco! Y entonces, en la pared del fondo, vio una especie de recibidor, y allí, una puerta con una mirilla. ¡Por fin!

La abrió. Daba a una calle trasera. Tres escalerillas le condujeron a la acera. Cerró tras de sí sin pensarlo dos veces y los goznes crujieron con lento estrépito. Un escalofrío le sacudió el cuerpo. El aire tibio, primaveral, ahora se había tornado en aire gélido. “¿Cómo es posible que cambie el tiempo de esta manera, en tan solo unas horas? ¡El tiempo en Madrid está loco!”. Se puso la sudadera, que hasta ese momento llevaba atada a la cintura, cruzó los brazos alrededor de su cuerpo como dándose un abrazo que le protegiera de los caprichos intempestivos de esa noche, y traspasó el silencio, la soledad, la oscuridad mordiente de esa calle.

Recorrió la acera pegado a la fachada del edificio. Las farolas apenas iluminaban sus pisadas. Papeles tirados se movían en remolino en los alcorques. Pasó bajo la ventana donde la fiesta seguía. Las risas, la música y la luz procedentes del interior le parecieron un bocado arrancado a la oscuridad de la calle. Era una calle paralela a Gran Vía, luego lo único que debía hacer era continuar por la fachada hasta llegar a la esquina, girar a la derecha y bajar por la perpendicular, por donde estaba la entrada de la farmacia, y seguir bajando hasta alcanzar la calle principal. Aceleró el paso. La noche se había vuelto muy desagradable y quería llegar al metro cuanto antes.

En apenas tres minutos se encontró bajando por una perpendicular hacia Gran Vía. Pero Martín se percató de que, al frente, no se veía la avenida esperada, sino que una casa, perpendicular a la calle por la que bajaba, le impedía el acceso. Tras ese edificio, la luz de la bulliciosa Gran Vía y el jaleo del tráfico parecían ascender hacia el cielo oscuro que se iluminaba como en una fiesta llena de farolillos.

Martín bajó toda la calle y dobló otra esquina cuando no pudo seguir avanzando. Rodearía la casa. Ahora caminaba de nuevo paralelo a la avenida. Llegó hasta la primera esquina y volvió a doblar en sentido de bajada. No tardaría ni dos minutos en verse envuelto en el jaleo urbano. Pero, de nuevo, otro edificio le impidió el paso. Comenzó a impacientarse. Llevaba ya quince minutos caminando y no conseguía encontrar la arteria principal de la ciudad. Era nuevo en Madrid, bien, ¡pero no tonto! ¿En qué pensaban los arquitectos cuando diseñaban el trazado de las calles? Echó pestes contra los arquitectos y siguió caminando, bordeando la fachada que nuevamente le bloqueaba la posibilidad de llegar a su destino. Los rugidos de los motores de los coches y algún pitido le seguían anunciando que la calle bulliciosa estaba justo al otro lado de esa fachada, a la vuelta de la esquina.

No se sabe cuántas veces giró, cuántas siguió bajando, bajando, bajando... para encontrarse de nuevo el camino cortado. El frío se le había ido metiendo en los huesos. Ya no era una noche fresca. Era una noche invernal. Un frío insoportable se había desatado y recorría las calles.

“¡Joder con el tiempo en primavera! Y maldita la hora en la que decidí aceptar la invitación”.

Harto de deambular y sin lograr acertar con la Gran Vía, decidió regresar a casa de Berta.

Deshizo el camino en sentido inverso hasta llegar a la puerta por donde había salido. Buscó el timbre en la pared, pero no tenía. O no lo vio. Había muy poca luz. Llamó con una aldaba. Una cabeza de animal raro. Tal vez un dragón. Antigua. Varias veces. Nadie contestaba. ¡Con esa maldita música y todos bebidos! ¡Y ese pasillo tan largo! Caminó hasta la ventana tras la cual seguía la fiesta. Llamó con los nudillos al cristal. Decidió quedarse un poco más insistiendo, golpeando varias veces. Vio reír a Berta. Vio al Chino preparando cubatas. La chica achispada seguía bailando y bailando como en una órbita fuera del mundo. Los vio a todos como en una película. ¿Es que nadie miraba hacia la ventana? Un par de chicas se sentaron justo allí, al otro lado del cristal. Él llamó, llamó, llamó... golpeó con fuerza. Hasta que le dolió la mano. Pero ellas charlaban y reían sin verle. Era incomprensible que no le vieran, pero todo fue inútil. Luego, cansado y helado, sin saber muy bien qué hacer, decidió caminar en dirección opuesta. Recorrería la fachada en la otra dirección. Sí, ¿cómo no lo había pensado antes? Igual por la otra esquina se bajaba directamente a Gran Vía. Aceleró el paso.

El ansia de llegar a la parte iluminada, bulliciosa, eternamente insomne de esa ciudad le latía cada vez con más saña en medio del pecho. Se le desbordaba por el aliento presuroso. Una desazón le devoraba. Y le hizo correr, correr, correr, correr... Sin embargo, pese a escuchar ese jaleo de la Gran Vía que planeaba como la carpa de un circo sobre los tejados, nunca llegó a ninguna esquina por la que pudiera doblar y acceder a la avenida. La fachada se prolongaba con portales impenetrables, ventanas oscuras, comercios enrejados, garajes, oficinas, locales en alquiler, más portales vacíos... La calle se tornó espesa, larga, perpetua, casi se diría que giratoria. El alcohol. Los cubatas. ¿Le habrían echado algo en la bebida? ¿Sería eso?

Se aventuró entonces a salir de allí de otra manera. ¡De cualquier manera le serviría! Y abandonando la calle donde se encontraba el portal de la casa de Berta, cruzó hacia una perpendicular que subía, justo en dirección contraria a la Gran Vía. Al fondo parecía verse una luz reflejada en el cielo negro. Tal vez otra calle ancha. Otra arteria luminosa. Una calle con vida donde nada pareciera solo el reflejo fantasmagórico de la ciudad. Y donde él podría encontrar de nuevo el camino de regreso a su casa.

Atravesó un parque. Las farolas iluminaban pobremente entre las hojas de los árboles, tiñéndolas de cierto aire otoñal. Hojas mortecinas, amarillas, caducas bajo esa luz naranja. ¡Pero era primavera!, recordó. Y las hojas tendrían que ser nuevas, verdes, recién brotadas. Igual que las hojas de los árboles de Gran Vía. Igual que las flores de las jardineras que caían en cascadas por las farolas de esa calle perdida. Pero, entonces, ¿por qué pisaba tantas hojas secas en el suelo? ¿Por qué de pronto, al fijarse bien, las veía caer de los árboles, como alientos o suspiros, como almas que

se desploman al fin, incapaces de seguir agarradas al alféizar?

Aceleró el paso. Ya ni siquiera deseó encontrar una calle conocida, ancha y luminosa. Lo único que deseó fue que amaneciera.

Un cansancio infinito se le instaló de pronto como una losa sobre sus espaldas y le despojó de repente de cualquier esperanza. De buena gana se habría sentado, se habría echado a dormir sobre un banco. Pero caminó con ese paso desganado y sin futuro de los derrotados, sin saber muy bien en qué batalla había participado para encontrarse en ese laberinto. Caminaba hacia aquella luz en lo alto del cielo. Una luz que parecía girar a veces, igual que un faro inalcanzable que seguía indicando el camino, con su luz lamiendo impasible los cuerpos de los que naufragan a pocos metros de la costa.

Perdió la noción del tiempo. Demasiado sí que fue. Caminó, caminó. Pero ya no podía calcular las horas. Ni los días. Ni tal vez los años. Atravesó calles llenas de nieve. Calles donde el aire cálido de la primavera le asombró de nuevo. Calles solitarias donde el asfalto pareció derretirse por el calor bochornoso. Calles crujientes de hojas bajo sus pies. Una campana, a lo lejos, dio la hora varias veces a lo largo de su caminar. Primero fueron las dos. Luego la una. Luego las doce. Luego las once. Las diez... A las nueve sería de día. Eso le llenó de esperanza. Pero la siguiente campanada de nuevo dio las diez, y la siguiente, las once... Y él caminaba en una eterna noche, ya sin sorprenderse, como el que de repente asume su destino inevitable. Tenía la sensación de haber vivido así toda la vida. En medio de aquellas calles que no llevaban adonde él deseaba, adonde estaban todos. Todos. Ahí quería él estar. ¿Por qué se lo negaban? ¿Era fruto de una conspiración o tal vez de la elección nefasta de una salida equivocada? Girar aquí en lugar de allá. Salir por una puerta en lugar de por otra. Empeñarse en fingir ser como todos. ¿Acaso era tan importante ser como todos?

Siempre que pasa por el parque se sienta a mi lado, en el banco, un rato, y me cuenta una y otra vez esta historia. Como si se le hubiera quedado enredada en la cabeza y no pudiera deshacerse de ella. Luego regresa, calle abajo, a llamar de nuevo a la ventana donde hace tiempo, no sé cuánto, acabó la maldita fiesta.

FIN

Clara inspeccionó en silencio la hoja que acababa de leer. Pertenecía a la sección de cultura del periódico. El cuento aparecía bajo un titular en letras grandes, un título genérico, que presentaba una sección nueva dentro del diario: CUENTOS BORROSOS. ¡El mismo título que había en el cuaderno negro que había encontrado en el portal! Y luego, más abajo, el título del propio cuento: *Sin retorno*.

Un largo silencio quedó instalado entre Juan Carlos y ella, un silencio que caía, como una prolongación de la propia historia, inundándolo todo. Igual que le había sucedido a ella tras leer el cuento de *La musa*. Clara estaba realmente sobrecogida. Le parecía espeluznante, si de verdad Juan Carlos creía que algo tenía que ver esa historia que había llegado a su buzón con Ismael, si de verdad era un aviso que no supo interpretar.

—Él también quería fingir que era como los demás, pasar inadvertido —dijo finalmente Juan Carlos, con un hilo de voz—. No encontraba su sitio. Decía que no encajaba, que nadie le veía como era de verdad, y que tampoco nosotros éramos capaces de ver a los demás como de verdad son y, por tanto, resultaba imposible conocer a nadie. Que todo era una farsa... Decía cosas así. Yo le respondía que yo era su amigo, y que podía contar conmigo. Pero la verdad es que tampoco me tomaba muy en serio todas sus movidas, sus rollos mentales. Suponía que tarde o temprano se le pasaría, y esa enfermedad la iría controlando con las medicinas y con la terapia. Algo he leído. Le intentaba convencer de que uno no tiene por qué ser igual que la mayoría. Que uno tiene derecho a ser diferente, incluso a ver las cosas diferentes a como las ven todos. Yo también soy un bicho raro, tú me ves, siempre leyendo, vivo más dentro de los libros que fuera, casi no salgo, solo Ismael es mi amigo... y no se puede decir que Ismael sea el alma de las fiestas. De pequeño todo el mundo inventaba cosas horribles de mí, solo porque no me gustaba hacer lo que hacían todos, jugar a lo que todos jugaban, ir donde todos iban. Sí, sí, tú también las decías, si recuerdas. Os oía tras la persiana de mi habitación. Pero, al final, pasa el tiempo y te das cuenta de que todo lo que parece muy importante en un momento de tu vida termina por no serlo tanto en otro. Yo también pasé un tiempo de desesperación, porque nadie me entendía y vivía sin amigos. Y me odiaba por ser distinto, por ser raro y no ser como la mayoría. Hasta que un día, caminando por el pasillo de la sección de videojuegos de un centro comercial, encontré un libro dejado allí, fuera de su lugar. Lo cogí, lo abrí por una página cualquiera y leí una frase que parecía haber sido escrita para mí: *Ser “normal” no es precisamente una virtud, muchas veces solo es una falta de valor. ¿Ves como existen las señales, Clara? ¿Ves como las respuestas a nuestras preguntas llegan de las formas más extrañas? Esa frase cambió mi visión de mi propia vida por completo. Yo tenía que ser yo, fuera como fuera, le gustara o le fastidiara al resto del mundo. Y eso mismo es lo que le decía a Ismael: “¿Qué más te da que los demás crean que eres tal o cual, si lo piensas fríamente? Los demás nunca te verán como de verdad eres”.* En eso tenía razón Ismael. No te conocen, nunca te conocen. Ni tú a ellos, por mucho que te esfuerces. Cada persona ve solo una parte ínfima de ti, y con eso solo ya te juzga. Por eso, para unos somos magníficos mientras que para otros somos horribles. Pero en verdad somos las dos cosas a la vez. O ninguna de ellas. Y como simultáneamente no se pueden ver las dos caras de la luna, lo cierto es que nadie puede de verdad conocer a nadie. Y, sin embargo, damos demasiado poder a los demás sobre nuestra vida. Tomamos demasiado en serio lo que opinan o imaginan de nosotros. ¿Por qué? ¿Qué debe importarnos, bien mirado, si casi nunca aciertan? Todo eso le decía a Ismael. Pero ya ves tú... nada de cuanto le dije ha servido. ¿Te das cuenta? Él estaba a punto de salir por la puerta equivocada. ¡Tenía delante de mis narices este relato! ¡Ahora estoy seguro de que era un aviso! ¡En este puto periódico y su puta historia! Yo lo encontré en el buzón. Alguien lo dejó ahí, para mí. ¿Crees que fue una casualidad que yo lo encontrara? ¡No, claro que no! Había una razón. La razón era salvarle. Era una llamada de alerta, una oportunidad para llegar a tiempo. Pero no he hecho nada, nada por evitarlo...

—Pero... ¿cómo podías tú saber que esta historia... tenía relación con él y con lo que iba a hacer?

—Pensé en él nada más leerlo. Me recordó a cómo se sentía... Pensé en que tal vez a él le ocurriera igual, que intentara salir por el lugar equivocado. Pero no fui capaz de actuar, de llamarle, de ir a verle inmediatamente y hablar de esto... Lo pensé, pensé llevarle el relato... y no hice nada. ¡Nada! Me quedé inmóvil, me desentendí. ¿Comprendes? Le escuchaba cuando él me contaba sus rollos, pero ahora me doy cuenta de que nunca me apetecía escucharle. Yo intentaba distraerle. Me decía a mí mismo que era lo mejor para él: distraerlo de esas empanadas mentales. Pero mira tú por dónde, que en el fondo lo que yo quería era que no me diera la murga. Y ahora está ahí, vagando por ese laberinto. En coma. En coma es ni estar vivo ni estar muerto. Es como una eterna noche de la que no se puede escapar, ni llegar a la luz, ni a veces regresar. Ese cuento era un aviso. Es como si al dejar el cuento en mi buzón me hubieran dicho: “Esto va a ocurrir”. Y tú puedes evitarlo, y sin embargo te quedas parado, con los brazos cruzados, sin hacer nada. ¡Mierda, mierda, mierda! Solo me doy cuenta ahora, cuando ya es tarde.

—No creo que tú seas culpable de nada. ¡De nada! Puede que fuera una señal, pero... ¿quién puede juzgarte por no saber interpretarla?

—¡Yo me juzgo! ¡Y sí la interpreté! Pero no creí en ella, que es distinto... Por mi propia comodidad. No quise creer que sucedería igual con él, aunque lo sospeché... de veras que lo sospeché...

—Además... ¿cómo puede uno estar seguro de que una señal... es de verdad... una señal?

Era extraño que la propia Clara preguntara eso, ella que siempre estaba tan segura de descifrar señales en su vida.

—No lo sé. Se sabe y punto. Y esta historia lo es.

—Ahora sabes que lo es. Pero tal vez no lo supiste antes, luego no puedes culparte de no haber actuado... No es justo... Otro hubiera hecho lo mismo.

—¿Te has fijado en la firma del que escribe? “Golem”. Es un seudónimo, está claro.

—Es cierto... “Golem”... ¿No es el título de un libro de Meyrink...?

—Eso es. Veo que te gusta la Literatura... ¿Y sabes qué le ocurrió a Meyrink, el famoso autor de *El Golem*? Estaba en su casa a punto de volarse la cabeza con una pistola. La vida no tenía sentido para él. Pero en el mismo instante en el que movía su dedo para apretar el gatillo con la pistola apoyada en su sien, sintió cómo alguien introducía algo por debajo de la puerta de su casa. La curiosidad hizo que pospusiera su muerte unos instantes y se dirigiera a la puerta para ver qué era aquello que había interrumpido la decisión más crucial de su vida. Encontró un pequeño folleto titulado *La vida postrera*. Asombrado por esa coincidencia, lo tomó como una señal, algo que indicaba que debía seguir viviendo la vida que tenía por delante, atreverse a llegar a esa “vida postrera”, y decidió no suicidarse. Nunca supo quién lo dejó. Pero ya ves tú... más claro no podía estar. Las señales llegan... y uno solo tiene que saber estar atento. Esa firma, *Golem*, era otra señal, puesto que yo conocía la historia de Meyrink. Y no le hice caso, la ignoré. Me desentendí... ¿comprendes?

Clara no salía de su asombro. Deseaba alejar a Juan Carlos de esa culpabilidad, pero al mismo tiempo intuía que todo era demasiado extraño, demasiado casual, como para no relacionar ese relato con lo sucedido. Evaluó de prisa los acontecimientos de los últimos días. Y una sospecha hizo que un escalofrío le recorriera la espalda. ¿Sería posible que ambas historias, *La musa* y *Sin retorno*, tuvieran relación entre ellas, y las dos, intencionadamente, se relacionaran a su vez con las historias personales de sus vidas? Historias que llegaban hasta ellos como un eco de su propia realidad... ¿Podía ser eso posible, que una historia de ficción acabara convirtiéndose en real, o que una historia real dejara de repente de serlo para convertirse en ficción? ¿O solo eran sus propios deseos de encontrar una respuesta a todo cuanto sucedía en sus vidas lo que los estaba llevando a esas interpretaciones, pero en verdad todo no era más que una casualidad, un azar sin ninguna relación causa-efecto? Clara hubiera querido convencer a Juan Carlos de otra cosa distinta, tirar lejos de él esa culpabilidad que planeaba como un cuervo sobre su cabeza y le amenazaba, pero sentía que no podía. En el fondo, ella misma también creía que ese relato era una señal dirigida a él, que le pasó inadvertida. Y que la otra historia, *La musa*, estaba dirigida a ella. Ella, y solo ella, tenía que leerla. Y por eso ella fue quien la encontró en la escalera, aun cuando no le perteneciera, aun cuando fuera depositada en sus orígenes en el buzón de Juan Carlos. Mensajes que lanzaban las historias ficticias hacia el mundo real, cruzándose en sus vidas para interferir y convertirse en parte de ellas. Todo era tan extraño... Pero ahora la cuestión era: ¿Quién escribía esas historias? ¿Quién las dejó y por qué en el buzón de Juan Carlos? En el cuaderno que ella encontró alguien firmaba como “G” y en el periódico... como “Golem”. Probablemente, el mismo seudónimo. Probablemente, ¡el mismo autor!

—Tenemos que averiguar a quién pertenecen —dijo de pronto, con un susurro de voz, como si solo hablara para sí misma—. ¿No te das cuenta? De alguna manera esas historias... han dejado de ser ficción. Y ahora forman parte de nuestra propia vida real...

—¿De qué hablas?

Juan Carlos la miraba con perplejidad y Clara se percató de que él aún no conocía el relato de *La Musa*, ni desde luego, conocía la relación que parecía tener con su propia vida.

—Bien, va siendo hora de que yo te cuente mi historia...

* * *

Ahora, ya a punto de amanecer, Camilo acabó de teclear las últimas notas que la tarde anterior había escrito en la playa. Y por unos minutos se quedó quieto, completamente inmóvil delante de la pantalla del ordenador. Las letras, las líneas llenas de palabras negras, cuerpo 12, fuente Times New Roman, parecían flotar en el brillo blanco de luz donde él las acababa de atrapar. Sí, ahí estaban. Igual que en una trampa para insectos, igual que en esos tarros de cristal o de plástico colgados de un árbol donde una vez que entra el bicho ya no puede volver a salir. Se frotó los ojos como si necesitara enfocar antes de dirigir la mirada en otra dirección. Precisaba tomarse un tiempo para poder regresar a la realidad, a su realidad, y dejar la realidad de su novela, ese otro país lejano

del que siempre retornaba. Se sintió agotado. Al final, no había podido resistir la tentación y había copiado ese relato del cuaderno negro que encontró en el autobús. Íntegramente. Con su título y todo: *Sin retorno*. Y no le pertenecía. Era consciente de que no era suyo. “En definitiva, Camilo, has plagiado una historia que otra persona, desconocida pero real, ha escrito”. Nunca pensó que caería tan bajo, se dijo a sí mismo con cierto remordimiento. En esto también resultaba ser distinto de como creía que era. Otra cosa más... Suspiró profundamente, entre resignado y preocupado. Se puso la pipa en la boca. No podía llegar a ser escritor auténtico si se apoderaba de la historia de otro, pensó con determinación. De pronto, estaba centrando parte de los acontecimientos de su novela en un relato que... ¡no había sido escrito por él!, y que, por tanto, no le pertenecía, por mucho que él creyera que guardaba relación con su propia historia personal. Pero por otra parte, ¿acaso ese relato no había llegado hasta él porque alguien (tal vez una persona concreta, tal vez el destino) “había decidido” que debía pertenecerle, que debía leerlo e interpretarlo como un mensaje? Camilo recordó a la chica que preguntó por el cuaderno en el autobús. ¡Quería recuperarlo! No. ¡Nadie había decidido que debía pertenecerle! Él lo había robado al ocultarlo en su mochila. Y ahora, para colmo, lo iba a utilizar en su propia novela. No podía hacer eso. Una cosa era aprovechar el encuentro fortuito de un cuaderno, la anécdota en sí, para inventarse una historia, como había hecho con esa de *La musa*, y otra cosa bien distinta era copiar íntegramente el relato encontrado, sin saber siquiera a quién pertenecía, y encima con intención de, en algún momento, enviarlo a las editoriales. No, no podía caer en esa tentación. Él no era así. Así que, tenía que ocurrírsele algo para salir de ese embrollo pero... sin tener que renunciar a ese relato del cuaderno... Porque Camilo tenía bien claro que por nada del mundo quería renunciar a la historia.

Estaba exhausto. Había escrito sin parar, durante no sabía cuánto tiempo. Primero, un poco en la playa. Luego, casi toda la noche. Tres veces había roto lo escrito y finalmente se quedó con la última versión. Ahora amanecía. Miró el mar por encima de los tejados. Absorbía los primeros rayos de luz como el beso del sol. Pensó que se sentía extraño esa mañana, como ajeno a todo cuanto había escrito. Como si otro fuera el que lo hubiera hecho... Era una sensación muy rara... que no lograba explicarse. Pero también sabía que había averiguado algo más acerca de sus personajes. Sabía, aunque aún no lo había escrito, que iban a tomar, esa misma noche en casa de Clara, la decisión de viajar a Santander. Y sin embargo, sentía, tenía plena seguridad, de que no era él, el escritor, quien les hacía tomar la decisión. ¿De dónde procedía entonces esa especie de... sospecha? Suspiró y acarició esa pipa que le hacía parecer tan intelectual. “Tenía que haber escrito una bonita novela sobre los jóvenes, esos amigos de Clara que se fueron de Interrail. Una historia de esas que se ajustan a la medida de cualquier lector. Tenía que haberme subido con ellos al tren y haberme despedido de Clara y Juan Carlos, que habrían quedado en un andén de estación como personajes secundarios, anónimos, en medio del verano ardiente. Habría contado anécdotas, habría descrito ciudades, paisajes... Una novela juvenil, desenfadada... Un verano, un viaje, aventuras en pandilla..., unos cuantos temas de moda, nada de complicaciones absurdas como esto de

los cuentos encontrados, de historias ficticias que tal vez tienen que ver con las historias reales de aquellos que las encuentran... Una chica que solo se enamora de amores imposibles... Un chico que se lanza por una ventana..., personas que descubren que sus vidas, ellos mismos o quienes los rodean son un misterio, otra cosa distinta de lo que parecían. Seres que no logran nunca encontrar la verdad de lo que son o de lo que son los demás”.

Se había metido en un berenjenal intentando inventar una historia que hablara de él y de Chema, sin hablar de él y de Chema. Y ahora tenía un problema... Camilo no sabía aún quién era ese personaje misterioso que había dejado los cuentos en el buzón de Juan Carlos ni por qué los había dejado, si por un simple azar o con una intencionalidad. Sentía que estaba, lo que se dice, en un callejón sin salida. ¿Qué sabía ese anónimo personaje sobre Clara y Juan Carlos para escribir esas historias que parecían tener tantas similitudes con sus vidas? Camilo debía descubrirlo para no dejar a sus personajes a la deriva de una historia sin posible desenlace.

“Vaya mierda en la que estoy metido. ¿Y ahora qué? Traigo a Clara y a Juan Carlos a Santander, pero no sé qué va a ocurrir en esta ciudad. Me he lanzado al abismo y solo caigo, caigo, caigo... sin llegar a ninguna parte. Hasta que me estrelle contra el suelo”.

Fue a la cocina a prepararse un café con hielo.

“Yo ahora vivo en Santander –se dijo mientras removía el azúcar–. Y si he elegido mi propia ciudad de residencia como ciudad adonde viajarán mis personajes de ficción es porque me gusta Santander, con su paseo marítimo, con su playa del Sardinero, con las mareas cambiantes y el cielo brumoso en las mañanas. Podría haber elegido Córdoba, o Granada. O Lugo, que conozco muy bien. O haberlos dejado en Madrid y haberlos hecho indagar por sus calles. Podría haberles dejado otras pistas que les hicieran recorrer la capital. Las posibilidades son numerosas. Pero no. Los hago venir a Santander, la ciudad donde vivo y estudio. Todo será más fácil de describir, claro. Aunque... ¿no sería mejor alejar a Clara y Juan Carlos de mi ambiente cercano? ¿Buscar otra ciudad más neutra, menos emotiva para mí, que no fuera el escenario donde murió mi hermano?”.

Camilo regresó con su café junto al ordenador. Releyó lo escrito. Y pensó que tal vez podría enviarlos a otra ciudad. Pero decidió que no. “En el fondo –se dijo–, tal vez lo que ocurre es que necesito encontrar un desenlace muy próximo a mí, puesto que la solución a esa historia es lo único que tal vez pueda llevarme a conocer la verdad de mi propia historia. O eso es lo que quiero creer... ¿Adónde pretenden llevarme Clara y Juan Carlos?”.

Camilo sonrió con ironía hacia sus propias ocurrencias: “¡Estás chiflado, Camilo! ¿Acaso una historia que tú mismo inventas puede descubrirete algo de tu propia vida? ¿Qué es lo que buscas, Camilo Lamprú? Di, ¿qué es lo que de verdad andas buscando?”.

De repente, la realidad le pareció a Camilo más borrosa y escurridiza que los propios cuentos. ¿Cuál era la diferencia, por ejemplo, entre la realidad de Chema y la ficción de Ismael, el amigo de Juan Carlos, y por qué se empeñaba él en relacionarlas cuando jamás tendrían ninguna relación? ¿De verdad creía que podía encontrar respuestas a la muerte de su hermano buscándolas en un personaje que intenta suicidarse y que él mismo

inventaba, manejándole a su antojo?

Chema no padecía esa enfermedad bipolar, pero ahora la inventaba para Ismael. ¿Por qué? ¿Tal vez sentía que su hermano también había descubierto las dos caras de sí mismo, esa especial visión de la realidad, como le ocurría a Ismael? Y puede que, de ser así, no pudiera encararlas de frente y seguir viviendo...

La imagen de Chema regresó a su lado, incansable, cotidiana, insistente como solo pueden hacerlo los recuerdos amargos, los amores inalcanzables o los muertos. Camilo solo conocía datos sobre las horas previas a su muerte, datos... Pero no conocía TODOS los datos que podrían llevarle a construir una visión completa y perfecta de lo sucedido con Chema para saber por fin qué era lo que debía sentir con respecto a sí mismo: liberarse al fin de la culpa o hundirse en ella para siempre. Ser finalmente absuelto, o ser condenado a cadena perpetua. Sí, sabía que, en el fondo, ese era el único motivo por el que se empeñaba en saber.

Ocurrió casi al final del verano... Por aquel entonces, Camilo ya ni se acordaba de aquella conversación en la cafetería de la facultad. Una noche Chema salió con sus amigos y no regresó a casa. Por la mañana su cama apareció vacía, intacta. Hubo denuncia a la policía y estuvo varios días desaparecido. Luego, una semana después de esa ausencia, con sus padres desesperados y él pensando que se había escapado, que solo era una gamberrada de esas tuyas para llamar la atención, y después de que hubiera telefoneado a todos los amigos para intentar armar el puzle de con quién y dónde podía haberse marchado, la policía los llamó a casa. Por teléfono no quisieron decirles nada. “Noticias de su familiar desaparecido. Deberán venir a comisaría”. Y Camilo, aunque no dijo nada a sus padres, pensó que no les querían dar más información porque las noticias no eran buenas. “Nunca quieren dar noticias malas por teléfono”, se dijo. Fueron a comisaría con el peor de los presagios y allí, después de traer un vaso de manzanilla o tila (¡qué sabía lo que trajeron!) para su madre, les dijeron que habían encontrado el cuerpo de un muchacho en una cala, a unos kilómetros de Santander. Ahogado. Y que coincidía con la descripción de Chema. Pusieron la cartera de Chema sobre la mesa. Estaba completa, con dinero y todo. Luego el motivo no había podido ser el robo, dedujo Camilo instantáneamente.

—Creemos que se precipitó desde algún acantilado cercano.

No encontraron notas, ni explicaciones entre sus cosas. Los amigos fueron los últimos en verle. Eso ya lo sabían. Volvía para casa, de pasar la noche de marcha. Sobre las tres de la madrugada.

Todo el mundo pensó que había sido un accidente. También la policía. Mejor pensar en un accidente. Mejor por su madre y por su padre. Mejor por la familia. Mejor por los amigos. Y mejor hubiera sido por él. Los accidentes son irremediables e imprevisibles, algo de lo que nadie puede echarse la culpa, algo que a cualquiera le pasa. Pero él, Camilo Lamprú, sabía algo que los demás no sabían. O mejor dicho, sabía que había algo que no quiso saber, y por tanto, ahora solo podía imaginar. Y eso lo cambiaba todo. Camilo empezó a pensar... Si de verdad fue un accidente, un golpe de viento, un pie que se resbala, un mareo repentino, un mal cálculo, un tropiezo, una piedra maldita en el

camino... entonces, ¿por qué no paraban de atormentarle esas dudas? ¿Por qué no podía liberarse de ellas? Era como si su propio hermano intentara enviarle un mensaje desde más allá de la muerte.

Los datos que conocía eran los siguientes: Chema regresaba solo. Eso lo dijeron los amigos. Chema había bebido aquella noche. Eso lo dijo el forense. Esa noche hacía viento racheado. Eso lo dijo la policía. Los acantilados están oscuros... Eso lo sabe todo el mundo. Y con esos datos... ¡mil cosas pudieron ocurrir distintas a la versión con la que él decidió quedarse! Tal vez Chema quiso dar una vuelta, ver la luna llena sobre el mar, se acercó al borde en exceso, se mareó, perdió pie, cayó... Chema se asomó imprudente, le vino un golpe de viento y salió disparado sin poder evitarlo... Tropezó con una piedra, se torció el tobillo y sus brazos agarraron el aire mientras su cuerpo intentaba inútilmente recuperar el equilibrio. Chema cayó. Tropezó, se mareó, el viento lo empujó... ¿Se tiró? Chema se asomó al abismo y el abismo se lo tragó sin más, sin que nadie pudiera saber cómo ni por qué. Entonces, ¿por qué él había escogido la versión más oscura? La posibilidad del suicidio apenas había sido considerada por sus amigos, por su familia, por sus profesores, por la misma policía que registró a fondo su ordenador, su móvil, sus cosas. Encontrar alcohol en sangre suponía que la balanza se inclinara más por un fatal accidente. Encontrar su cartera intacta descartaba la agresión por robo. No había notas. Nadie se mata sin dejar una nota, dijeron todos. Pero al parecer solamente Camilo conocía un dato desconocido por todos, y ese dato, ¿acaso no podía cambiar totalmente la realidad, transformarla de arriba abajo? Algo angustiaba a Chema y él se desentendió. Como se había desentendido aquella vez del viejo caído en el barro. Para él, por lo tanto, el suicidio parecía una versión probable. ¿Pero por qué, si tampoco podía estar seguro? ¿Acaso se sentía tan culpable que necesitaba que fuera eso lo que hubiera sucedido y de ese modo poder seguir torturándose, castigándose el resto de su existencia? Nadie, nunca, podría saber la verdad de lo que ocurrió. Y ahora escribía una historia camuflada pero que tenía mucho que ver con la suya propia, con esa realidad tal vez falsa o tal vez cierta que necesitaba purgar, convertir en ficticia para que la realidad dejara de ser real y acabara siendo solo una historia más, y así, liberarse de su peso para siempre. Cambiar la realidad a través de lo que escribía, inventarla, modificarla en unos renglones de palabras y dejar que el sufrimiento quedara atrapado en un conjunto de folios de donde ya no podría escapar jamás. Ismael, el amigo de Juan Carlos, no había muerto, estaba en coma. Eso suponía una cierta esperanza, ¿no? Tal vez Ismael tenía algo que decirle si despertaba. ¿Pensaba él, Camilo Lamprú, despertar a Ismael de su pesadilla, igual que le hubiera gustado sacar a su hermano de su laberinto personal, de ese laberinto del que Camilo no quiso saber, y en el que Chema se quedó solo, sin su ayuda, sintiéndose incapaz de retornar a esa “Gran Vía” por donde todos los demás caminaban?

Camilo se pasó la mano por la frente. Sentía calor, pese a que la temperatura no era alta. Miró a lo lejos, por encima de los tejados rojos de la ciudad. Contempló el mar. Las nubes comenzaban a avanzar por el horizonte. Tal vez lloviera. Acarició las tapas del cuaderno negro que tenía en su mesa. Lo abrió. *Sin retorno*, leyó. ¡Qué burla de la vida! Chema no retornaría jamás, y justo él encontraba ese cuento en el autobús una mañana

en la que regresaba de visitar el cementerio. Una historia que hablaba de un chico que no pudo regresar a su casa, que se perdió en la noche. ¿Acaso podía él decir que esa casualidad no era un mensaje de alguien, como ahora pensaban Clara y Juan Carlos? Tal vez todo cuanto había escrito esa noche, todas las decisiones que Clara y Juan Carlos iban a tomar también suponían un mensaje de su inconsciente para él. Y el mensaje bullía ahora en sus sienes insistiéndole: “Busca al dueño del cuaderno, Camilo”. Sí, Clara y Juan Carlos se le habían impuesto de nuevo muy astutamente desde su mundo de ficción. Unos personajes listos, que le conocían demasiado. ¿Puede un personaje inventar a su autor? Camilo sonrió por su propio atrevimiento. Clara, Juan Carlos..., la cara oculta de Camilo... Solo le estaban indicando el camino: “¡Camilo, busca al autor de ese cuento igual que haremos nosotros!”. La realidad convertida en ficción a punto de convertirse en realidad nuevamente. Otra vez las manos de Escher dibujándose la una a la otra...

Camilo apagó el ordenador y tomó una decisión repentina. Sí, tenía que buscar al autor de aquel relato. Esa chica que olvidó su cuaderno en el autobús, y luego subió preguntando por él... Había coincidido con ella varias veces en el autobús. La conocía de vista porque hacía su misma ruta. Suponía que también iba hacia la universidad, aunque nunca se fijó dónde se bajaba con exactitud. Tuvo infinidad de oportunidades para devolvérselo, para preguntarle... pero no lo hizo. Solo la observaba de lejos durante poco tiempo. Pero los remordimientos le atenazaban y, por esa razón, al poco se desentendía de ella, abstrayéndose en sus propios pensamientos, alejándose de la realidad que se imponía sobre sí mismo, mirando sin más por la ventanilla. Luego, un buen día, se percató de que había dejado de coincidir con ella. Y Camilo sintió alivio. Por fin podía dejar de recordar que se había quedado con algo que no le pertenecía.

Pero ahora, de repente, todo daba un giro... y necesitaba encontrarla. Entre otras cosas porque si quería utilizar ese relato, *Sin retorno*, en su propia novela (y ahora estaba seguro de que quería utilizarlo), debía pedirle permiso para ello. Sí, sería una colaboración de otro autor. Eso ya no era un plagio, puesto que el nombre de ella aparecería junto al de él. Además... en su fuero interno sabía que necesitaba estar seguro de que no existía ninguna relación real entre la historia de *Sin retorno* y la propia historia de su hermano. ¿Alguien le conocía tanto como para poder escribir eso, y que él, Camilo Lamprú, lo encontrara “como por casualidad”? Lo más probable era que no existiera ninguna relación entre lo ficticio y lo real. Solo eran suposiciones, deformaciones, deseos suyos por aclarar acontecimientos indescifrables. Tan solo se había apropiado de ese cuento porque sintió que necesitaba que coincidiera con su vida, que hablara de su vida. Pero nadie lo escribió para él. El hecho de que lo encontrara solo fue un hecho azaroso, sin relación causa-efecto. ¿Acaso el que lee no se apropia infinidad de veces de historias que cree, nada más comenzar a leerlas, que fueron pensadas, inventadas y escritas expresamente para él, y se ve retratado, reconocido incluso hasta el asombro, en tal o cual personaje, en tal o cual frase o suceso? “Solo vemos aquello que queremos ver, no la realidad en su grado puro –pensó Camilo–. No somos el centro del mundo, pero nos lo creemos a cada minuto”.

Cogió el cuaderno con el relato, su pequeño portátil, y los metió en la mochila. Se colocó la pipa eternamente apagada en los labios y salió a la calle. La parada de autobuses estaba en el paseo marítimo, frente al casino, ese edificio blanco y grandioso como una inmensa tarta de nata plantada en medio de una calle, frente al mar. Tardó un cuarto de hora a paso rápido.

Pasaron dos autobuses de la línea 1. La gente que pretendía subir le empujaba con enfado, creyendo que solo se intentaba colar en lugar de esperar su turno. Preguntó varias veces a distintos conductores.

—¿Sabe si alguien ha preguntado por un cuaderno perdido en el autobús?

Ninguno sabía nada y en cuanto terminaban de subir los pasajeros le instaban con más o menos amabilidad a que bajara o bien pagara y subiera de una vez, porque el autobús debía ponerse de nuevo en marcha. Solo el cuarto pareció más dispuesto a entretenerse. Se quitó la gorra y se rascó la cabeza.

—Vaya... así que un cuaderno olvidado en el bus... Hummmm... Recuerdo una mujer, una chica joven, más o menos como tú... Estuvo hace meses preguntando por un cuaderno perdido. Lo recuerdo, sí... Me preguntó varias veces con persistencia... Tal vez era ese el cuaderno que ella buscaba. Si quiere puede dejarlo en objetos perdidos por si vuelve a preguntar... o por si la vuelvo a ver. Hace tiempo que no coge esta línea. Recuerdo que se bajaba en el campus...

Camilo pensó con rapidez. ¡De ninguna manera iba a dejar el cuento en objetos perdidos!

La gente se impacientó dentro del autobús.

—¡Venga ya, hombre! Arranque de una vez y déjese de charlas.

—¡Eso! ¡Algunos tenemos que llegar al trabajo!

Camilo dio las gracias al conductor, bajó de nuevo y se alejó hacia la parada de taxis. Quería ir al campus universitario. Ahora estaba de vacaciones y ya no trabajaba en la biblioteca. Pero a él le seguía gustando ir allí. A veces, escribir en la biblioteca rodeado de libros y con gente que los hojeaba en silencio hacía que sus ideas fluyeran con más claridad. Se cruzó con dos adolescentes, un chico y una chica, que corrían desde la acera hacia el autobús con sus mochilas a la espalda, haciendo movimientos exagerados con los brazos. Reían. Le recordaron a los protagonistas de su historia.

—¡Espere, no arranque! —gritaron.

El conductor abrió las puertas de nuevo. Camilo escuchó las protestas de los pasajeros. Se desentendió del autobús, levantó la mano, paró un taxi. La universidad estaba cerca. Podría incluso haber ido dando un paseo, o haber montado en el autobús, que le salía más económico. Pero ese día decidió coger un taxi. A veces uno hace cosas sin saber por qué las hace. Las hace sin más, como por un impulso, y luego, aquello, un tiempo después, cobra de repente un sentido inaudito. Eso que se llama casualidad, azar, y que ocurre más de lo que nadie se imagina cuando una idea o preocupación ronda por la cabeza de alguien. O simplemente cuando el destino quiere darnos alcance.

Durante varios minutos el taxi serpenteó por las calles hasta que, debido a unas obras, tuvo que detenerse tras una larga fila de coches. El taxista escupió una maldición.

Camilo no se impacientó. Se arrellanó en el asiento y se puso a contemplar el tráfico que pasaba en dirección contraria. No tenía prisa, se sentía como flotando dentro de aquel taxi, como si esperara tranquilamente a que el destino le sorprendiera con sus giros y le llevara donde quisiera y cuando quisiera, con total y absoluta confianza. Se acordó de Clara cuando paseaba por las calles de Madrid dejándose llevar por el azar y sonrió. Sintió una placidez increíble, como si el mundo solo fuera una película y él un personaje más que acababa de salir de la pantalla, y se había sentado en la butaca frente a ella, a mirar. Sin ningún peligro para él. Solo a mirar lo que otros hacían.

Un ciclista los sobrepasó por el arcén. Oyó en la lejanía el ruido de una moto, que igualmente se acercaba por ese mismo arcén. Camilo se entretuvo mirando por el cristal retrovisor derecho del taxi, y siguió los movimientos de la moto. Pensó que él también debería comprarse una moto para poder zigzaguear entre el tráfico de aquella manera, como ahora mismo esa chica lo hacía. No llevaba casco. Una imprudencia. Cualquier caída podía reventar su hermosa cabecita. Su pelo castaño ondeaba al viento y brillaba con el pálido sol. Lo llevaba echado hacia atrás con una cinta, seguramente para que no se le alborotara y le tapara la cara. La muchacha alcanzó la altura del taxi. Pasó junto a la ventanilla, relativamente lenta pero en movimiento continuo, como una nube en día con brisa. Llevaba libros en el trasportín y a Camilo le pareció que más o menos tendría su edad. Seguro que era una universitaria. La chica desvió levemente la mirada hacia el taxi y la fijó en Camilo. Una mirada azarosa, fugaz, algo que sucede por casualidad, igual podía haber mirado como no haber mirado. O haber mirado y que Camilo justo en ese momento estuviera leyendo el periódico. O que Camilo estuviera sacándose algo de una uña o consultando la hora del reloj. Pero no, los dos se miraron, al unísono. Y Camilo comprendió en ese instante que si esa mañana había cogido el taxi, había sido para encontrarse con esa mirada. Porque fue justo en ese segundo cuando creyó conocerla. ¿Era ella? ¿La joven del autobús, la chica que durante semanas estuvo preguntando por el cuaderno que él había encontrado? ¿Era ella? Se parecía muchísimo. Era muy probable... pero... tampoco podría afirmarlo con total seguridad, si era sincero consigo mismo... ¿O no se trataba de ella sino que tan solo era un espejismo provocado por su mismo deseo? La chica volvió la vista al frente y se alejó, dejando atrás al taxi y a todos los coches que permanecían inmóviles delante de él. “Tal vez por eso no la volví a encontrar en la ruta del autobús –dedujo Camilo–. Ahora tiene una moto”.

Se removió nervioso en el asiento. Se alejaba. Y si ella de verdad era “ella”, con ella se alejaba la posibilidad de pedirle permiso para poder utilizar el cuento en su novela. Se irguió, se echó hacia delante y metió la cabeza entre los dos asientos delanteros.

—¡Siga a esa moto! ¡Rápido! —ordenó al taxista.

El taxista, que había aprovechado el parón para comerse una barrita energética, se volvió con parsimonia.

—¡Eh, amigo, que esto no es Hollywood! ¿Por dónde pretende que meta el taxi? ¿Acaso cree que tiene alas, o que puedo ponerlo sobre dos ruedas y pasar de canto? ¿No ve cómo está el tráfico?

Y miró a Camilo a través del espejo retrovisor con cara de fastidio mientras

mordisqueaba los últimos pedazos de su barrita, sin inmutarse. Camilo no supo qué decirle. Sacó la cabeza por la ventanilla derecha, en un intento de memorizar la ruta que la chica tomaba. Al llegar a la plaza en obras que originaba el atasco, giró hacia la derecha. Tomaba el mismo camino hacia la universidad. Tal vez ahora estaba apuntada a algún curso de verano.

—Vaya lo más rápido que pueda —le dijo al taxista cuando por fin les dieron paso.

Camilo había perdido la moto de vista. Pero tenía la corazonada de que ella estaría en la universidad. ¿Sería la autora del cuento? Quizá era una escritora aficionada, como él. La buscaría... y, si fuera necesario, pondría un anuncio en los tablones. ¡Sí, eso haría! Tarde o temprano daría con ella. Camilo sonrió animado. De repente le pareció un plan estupendo.

Buscó a la chica por todo el campus, por las diversas facultades, por las cafeterías, por la zona de secretaría, por la biblioteca, por las aulas donde se daban conferencias y los cursos de verano. Se hartó de indagar. Y tras esa pesquisa infructuosa, se decidió por los anuncios. Hizo varias fotocopias y las colocó en todos los paneles de corcho dedicados a los estudiantes. Su mensaje se mezcló con ofertas de pisos o habitaciones en alquiler, libros de segunda mano, clases particulares de Física Cuántica, de Química, de Estadística, de Epistemología de la Filosofía durante el verano, un acordeón seminuevo...

El tiempo que le quedó lo empleó en seguir escribiendo su novela en el interior de la biblioteca. Sus personajes, Clara y Juan Carlos, harían su entrada en Santander, un nuevo escenario, la ciudad donde él vivía ahora... Y Camilo, de nuevo, tenía que seguirles los pasos.

* * *

Ahora, la cuestión, según Clara, era dar con el autor de aquellas dos historias que habían llegado hasta el buzón de Juan Carlos. Intentar ponerse en contacto con él para que les explicara cómo tenía tantos detalles personales de sus vidas, y desde luego, cómo y por qué razón habían llegado esas historias hasta sus manos. ¿Era alguien conocido, alguien cercano? ¿Existía alguna intencionalidad tras ese hecho? Las preguntas se multiplicaban sin que ellos pudieran llegar a ninguna conclusión que supusiera una respuesta clara o, al menos, convincente. Solo tenían dos datos. El primero eran las firmas, “Golem” en el periódico y “G” en el cuaderno negro, que les llevaba a concluir que se trataba de la misma persona.

Y la segunda posible pista fue algo a lo que Clara no dio ninguna importancia en un principio: un billete de autobús de la ciudad de Santander y un tique de supermercados El Árbol, que encontró dentro del cuaderno. Probablemente, según dedujeron, ambos habrían sido utilizados como marcapáginas.

Lo primero que hicieron fue lo más sencillo: llamar al diario El País y preguntar si era posible ponerse en contacto con el autor. Pero nadie quiso darles información sobre “Golem”.

—Es su seudónimo, no su verdadero... —le explicó a Clara una voz chillona de mujer que tendía a dejar las frases a medio acabar—. No podemos darle su nombre, señorita, sin consultarlo antes, usted comprenderá que... Y quien puede ponerse en contacto con el

autor está ahora mismito de vacaciones. Lo siento, pero por lo que a mí respecta...

—Y, ¿no podría darle un recado de nuestra parte?

—Ufff... imposible. Si accediéramos a ello no haríamos otra cosa más que dar recados a nuestros colaboradores... Lo siento...

El camino sencillo quedaba, pues, completamente cortado. Y ellos no podían (ni querían) esperar hasta el final del verano para intentar de nuevo ponerse en contacto con el autor. Les urgía hacer algo de forma inmediata. Lo ocurrido con Ismael, unido a los dos extraños relatos encontrados, les había dejado demasiado angustiados, llenos de inquietudes. Necesitaban respuestas.

—Entonces tendremos que seguir las únicas pistas de que disponemos —afirmó finalmente Clara, que permanecía con la mirada fija en el suelo y el teléfono aún en la mano.

—¿Te refieres a... ese billete de autobús y al tique...? ¿Y cómo se supone que se interpretan esas supuestas... “pistas”? —preguntó Juan Carlos, repentinamente sarcástico, mientras se inclinaba sobre los papeles que Clara le mostraba.

—Fíjate atentamente... y analiza —sugirió ella—. Lee, lee...

—Un limpiador alfombras, un detergente Vip lavadoras, tres kilos patatas, medio judías verdes, una sandía, un kilo melocotones, una docena de huevos, medio kilo filetes pollo, medio carne picada, una pizza Tarradellas, un pan Bimbo, dos aceite oliva, dos cuadernos Guerrero... ¿Yyyyy...? —Juan Carlos se detuvo. Continuaba una larga lista de productos perecederos en su mayoría. ¿Dónde pretendía llevarle Clara?

—¿Cómo que yyyyy...? ¡Quien escribió estas historias vive allí, en Santander! ¿No te das cuenta? ¿Quién, si solo está de paso en una ciudad, compraría detergente de lavadora o un producto para limpiar alfombras? ¿O patatas crudas, aceite y judías verdes, una sandía, huevos... y todo ese montón de cosas que caducan? ¿No te das cuenta? Limpia su casa, cocina... ¡Vive allí! Además, dos cuadernos de la misma marca que el cuaderno negro que encontré... ¡Guerrero! Estoy segura de que este cuaderno es uno de esos dos...

—Es una marca corriente... Pero todo eso... no quiere decir que el autor esté en Santander... Podría estar en Madrid en estos momentos. Si no, ¿cómo llegaron las historias hasta mi buzón?

—El billete y el tique tienen fecha de hace nueve días... Y si hizo toda esa compra... es que no pensaba abandonar su casa rápidamente. Nadie llena la despensa para irse de viaje. O si acaso... va y vuelve pronto... Tal vez... quien escribió las historias viva en Santander, pero... ¡es otra persona quien las deposita en el buzón! Alguien cercano a nosotros... Imagínate: alguien nos conoce muy bien y, por lo que sea, intenta hacernos llegar un mensaje a través de estas historias. Entonces... ¡encarga que una persona escriba unas historias donde se reflejen nuestras vidas! Quien las escribe, su autor o autora, supongamos que vive en Santander (por las pistas encontradas)... Luego, envía las historias a la persona que las encarga, que suponemos que debe conocernos estupendamente. ¡Sabe hasta el nombre de mi profesor! Y por lo tanto, deducimos que vive en Madrid, cerca de nuestras vidas... Y esta persona deposita las historias en el buzón sin más.

—¿Y por qué no enviarlas por correo?

—Pues... tal vez... para no ser fácilmente localizado.

—Pero entonces... tal vez deberíamos buscar al que se supone que encargó las historias.

—Las únicas pistas que tenemos nos llevan a Santander. En el tique viene la dirección del supermercado. Si encontramos al dueño de ese cuaderno, que seguro que es el mismo que escribió en el periódico, podemos sonsacarle quién fue la persona que se lo encargó y, tal vez, los motivos.

—¿Tú conoces a alguien en Santander?

Clara negó con la cabeza.

—Aun con la lógica, un tanto peculiar, de tu hipótesis, Clara... ¿te das cuenta de que es como buscar una aguja en un pajar? Llegamos allí, ¿y qué? ¿Qué hacemos, adónde vamos, a quién preguntamos?

Clara se rascó la barbilla, con un claro gesto de evaluación de la situación.

—Yo... empezaría por preguntar en el supermercado ese, a las cajeras, si conocen a alguien que habitualmente compre cuadernos de este tipo... Si es un escritor, seguro que los compra a menudo. No todos los escritores escriben en el ordenador... También podríamos poner un anuncio en el tablón del súper anunciando que le buscamos. Y tal vez, incluso existan cámaras de seguridad que con un poco de suerte nos dejen ver...

—Ya... ¡seguro que nos dejan! —ironizó Juan Carlos nuevamente—. Todo me parece demasiado... fantasioso. Seguramente no demos ni con el autor ni con quien depositó el cuaderno en el buzón, si es que no fueron la misma persona...

—Cierto... pero, ¿y si las cajeras conocen a una persona que habitualmente compra esos cuadernos? ¿Y si ponemos un anuncio y nos contesta con una llamada al móvil? Yo propongo que vayamos. Este cuaderno estuvo en manos de alguien que vive allí. Es el único hilo que tenemos, por frágil que sea. O lo seguimos y vamos, o lo descartamos y no hacemos nada. No hay otra cosa. ¿Nos arriesgamos? ¿Qué podemos perder? Solo estaríamos tres días... Y luego... regresamos, hayamos o no encontrado nada.

—No sé, Clara... Mucha casualidad sería encontrarlo así, ¿no crees?

—¡Da igual! —saltó ella de repente un poco harta de las trabas de Juan Carlos—. ¿No comprendes que lo que no puedo soportar es no hacer nada, quedarme aquí, lamentándome contigo, mientras hay alguien ahí afuera, cerca de nosotros, que puede que nos vigile, que sabe tanto de ti y de mí? Aunque no consigamos nada, creo que nos vendrá bien salir de aquí. Tú estás... hecho polvo... y yo... ¡yo me muero de calor, de angustia y de aburrimiento!

Compraron los billetes por Internet esa misma noche. El autocar salió a las doce de la mañana. Pararon a comer. Llegarían sobre las seis, según los horarios fijados por la compañía de autocares Alsa. Durante la mayor parte del trayecto fueron dormitando, apoyados el uno en el otro. No tenían ningún plan concreto. Y los dos, pese al empeño de Clara en viajar a Santander, sabían que esas dos pistas que seguían no eran buenas pistas. Pero no había nada que perder. Sin sospecharlo, iban al encuentro de su destino. Y mientras el destino se acerca sigiloso, nadie suele pensar demasiado en ello.

A las seis y cuarto de la tarde el autobús entró en la estación. En el mostrador de información turística pidieron un plano de la ciudad, así como una guía de autobuses.

—Eres lista, Clara. Piensas en todo —le confesó Juan Carlos guiñándole el ojo. Ella se ruborizó. El halago de Juan Carlos la había sorprendido. Y también le había gustado. Lo cual empezó a inquietarla.

Nada más salir del jaleo y los humos de la estación, apreciaron la diferencia con Madrid. La suavidad y frescura del aire junto al mar los rodeó de inmediato, como un chal envolvente, salado y algo pegajoso que ya no los abandonaría en ningún momento durante esos días. Sentían el alivio de las suaves temperaturas sobre las aceras, la hospitalidad del sol tibio sin amenazas, y el cielo brumoso del Cantábrico. Tan solo debían bajar una pequeña calle para encontrarse en el paseo de Pereda, con sus baldosas azules y blancas, onduladas, simulando el mar, su movimiento, su espuma. Merendaron en una cafetería junto al paseo, mientras el mar, que se distinguía a través de la cristalera, intentaba despojarse de las nieblas, como un cuerpo grande y perezoso revolviéndose entre sábanas. Pidieron un bocadillo, un zumo, un café. Estaban hambrientos.

—El supermercado está en esta calle —señaló Clara en el mapa—. Y este autobús... la línea 1... pasa por ahí cerca. Podemos cogerlo en el mismo paseo de Pereda, mira... un poco más adelante. Junto al casino.

—Vayamos dando un paseo, así vemos la playa. Y echamos un vistazo a ver qué tal está para dormir.

Pero cuando vieron la playa se percataron de que la marea estaba muy alta y apenas quedaba un estrecho pasillo de arena seca junto al muro.

—Supongo que esta noche bajará el agua... Pero aun así... la arena estará completamente mojada para dormir en ella...

Su intención había sido dormir en la playa pero no habían tenido en cuenta que en el Cantábrico hay mucha diferencia entre mareas bajas y altas.

—Bueno... ya pensaremos algo —dijo Clara—. Ahora vayamos al supermercado.

En ese instante Juan Carlos divisó el autobús de la línea 1 que se había detenido junto a una marquesina próxima al casino, un gran edificio blanco.

—¡Corre, Clara! —dijo impulsivamente. Y la cogió de la mano, igual que hizo en el hospital. Les entró la risa, pues con las mochilas a sus espaldas a duras penas podían correr.

—¡Eh, espere, por favor!

El conductor tuvo la cortesía de volver a abrir la puerta y ellos subieron, entre risas y jadeos. Lo primero que se encontraron fue a un señor refunfuñando porque llegaba tarde y el autobús se había detenido demasiado tiempo a causa de un joven que finalmente no subió y decidió coger un taxi.

—Dos billetes, por favor.

El supermercado El Árbol no quedaba muy lejos de allí. Bastaba adentrarse un poco por detrás del casino, hacia la parte vieja. Llegaron en apenas diez minutos.

Preguntaron a las cajeras. Ninguna recordaba a nadie que especialmente comprara muchos cuadernos. Escribieron una nota y la pincharon en el tablón de anuncios,

especificando sus teléfonos móviles. Estaban a punto de salir cuando se percataron de que una mujer, bastante anciana, llevaba tiempo observándolos desde la cola de una de las cajas.

La mujer iba cargada con un paquete muy grande; se trataba de un bonito que acababa de ganar en una rifa dentro del supermercado. Casi no podía con él. El enorme bicho asomaba la cabeza por la abertura de la bolsa, con sus ojos fijos, como si fueran de cristal, y la mujer se abrazaba a él igual que si cargara a un bebé deforme y gigante. Era muy bajita y muy mayor. Le costaba andar, y, tras pagar en caja el resto de su pequeña compra, apenas dio cuatro pasos y terminó apoyando el bonito en el suelo, sin poder evitar lanzar un suspiro de cansancio. Juan Carlos se dirigió a ella, ofreciéndose a ayudarla.

—Deje que la ayude... Este paquete pesa demasiado para usted... Yo se lo sujeto. Baje tranquila los escalones.

—Vaya... qué joven tan atento —dijo la anciana un tanto sorprendida—. Ya ves, nunca gano nada y hoy resulta que me toca este monstruo marino en la rifa del mes. ¿Y para qué quiere una pobre vieja solitaria un bonito tan grande? Creo que lo repartiré entre las vecinas. Pero la cuestión es averiguar cómo lo llevo hasta casa... En el supermercado no se hacen cargo del reparto...

La mujer se sentó unos minutos a descansar en el banco frente al supermercado. Tenía el pelo blanco recogido en un moño. Era bajita, menuda y encorvada. Vestía con un vestido rojo que parecía envolver su vejez en un papel de regalo, como una figura contorneada por un rotulador fluorescente, lo que la hacía aún más menuda y peculiar. A Clara le recordaba a un pequeño duende o gnomo vistoso salido de los bosques. Unos pendientes grandes y dorados colgaban de sus orejas arrugadas, dejando los lóbulos apuntando directamente hacia el suelo como dos peras a punto de caer del árbol. Se la veía ostentosa, llena de bisutería, quizá algún oro verdadero. Juan Carlos, desplegando su amabilidad única y ese aspecto de falso desvalimiento totalmente inconsciente que formaba parte de sus atractivos, atrajo rápidamente el interés de la anciana.

—¿De dónde sois?

—Venimos de Madrid.

—¿Vacaciones acaso?

—No... Estamos buscando... al dueño de un cuaderno. Creemos que vive por aquí.

—¿Y por qué suponéis eso?

—Encontramos un billete de una línea de autobús entre sus páginas. Y un tique de compra de este supermercado.

La vieja se echó a reír.

—Vaya... así que estáis jugando a los detectives...

—Algo así...

—¡Cuánta molestia por un simple cuaderno! El que lo perdió que hubiera tenido más cuidado. Yo ni me habría molestado... Aunque... —la mujer se quedó pensativa y luego les dijo con aires de misterio—: A veces lo emocionante no es lo que se encuentra sino la propia búsqueda, buscar algo que casi seguro que no vas a encontrar. Cuanto más

imposible o improbable, mayor es el reto y, por tanto, más emocionante.

La mujer, por momentos, se quedaba como mirando al infinito, ausentándose mentalmente de allí. Tal vez no estaba muy bien de la cabeza, pensaron Clara y Juan Carlos mirándose significativamente.

—Tenéis cara de cansados —dijo de repente, regresando de nuevo a la realidad del momento— y por lo que puedo apreciar no tenéis alojamiento, ¿verdad? A estas horas ya deberíais tener un sitio donde dormir. Se hará de noche en una hora —y señaló al cielo.

—¿Por qué sabe que no lo tenemos? —preguntó Clara con suspicacia.

La mujer apuntó con su dedo tembloroso y deformado por la artrosis a las mochilas.

—Nadie carga con el equipaje si tiene un lugar donde dejarlo. Vais con la casa a cuestas.

—Pensábamos dormir en la playa, pero... tenemos un poco de lío con eso de las mareas... que si suben, que si bajan... —explicó Clara—. No sabemos lo que toca esta noche.

La mujer no hizo demasiado caso de Clara y siguió hablando con Juan Carlos.

—Esta noche va a orvallar.

—Orva... ¿qué?

—Orvallar, caer orvallo, lloviznar... Mirad el cielo. Si os quedáis en la playa de nada os servirá cuidaros de las mareas. Os mojaréis de todos modos.

Clara suspiró y dijo:

—Bueno, entonces solo nos queda dormir en la estación, tirados en el suelo con las colchonetas. Tendríamos que haber buscado una pensión barata o un albergue.

No era un panorama muy agradable, pero recordó a sus amigos, que ese verano habían ido de viaje por Europa en el Interrail. Seguramente habrían tenido que dormir en más de una ocasión en el vestíbulo de alguna estación a la espera de su tren...

—¿La estación? —intervino la anciana—. Por las estaciones, durante las noches, solo se pasean los maleantes. Unos pimpollos como vosotros seríais un bocado apetecible y fácil —calló unos instantes, como si pensara con rapidez. Su cara arrugada parecía encogerse, plegarse aún más, dando la sensación de que envejecía por minutos—. Hummmmm... Mi casa no es grande, pero tengo una habitación de invitados. Y un sofá cama. Si no os importa la compañía de una pobre vieja... Podemos hacer un trato: ¡si me ayudáis a llevar este tiburón hasta casa os podéis quedar conmigo!

Clara y Juan Carlos se miraron sorprendidos.

—Señora, no queremos molestarla... no nos conoce de nada... ¿Y si fuéramos... unos delincuentes? —advirtió Juan Carlos casi alarmado por la amable pero, en su opinión, imprudente invitación de la mujer.

Ella se echó a reír con la ocurrencia y les dejó ver una dentadura que dedujeron postiza por lo perfecto de sus dientes de blanco marfil.

—¿Y si yo fuera una bruja y os echara a un caldero? ¡Ja, ja, ja...! ¡No tenéis cara de delincuentes! Y si resulta que lo sois os llevaréis vuestro merecido, ya lo creo —y les apuntó con el mismo dedo tembloroso en plan de amenaza.

¿Qué daño podía hacerles una señora tan indefensa, tan frágil y tan mayor?, pensaron.

—Nada más llegar a casa informo a mis vecinos de vuestra presencia y les doy vuestro número de DNI. Así, si me hacéis algo, la policía os buscará. Pero sé que no sois delincuentes... Sobre todo, tú.

Y señaló a Juan Carlos.

—En cuanto a ella... con ese ombligo al aire...

Clara y Juan Carlos se miraron y al unísono se pusieron de acuerdo sin decirse una palabra. Si al llegar a la casa no les gustaba el plan, siempre podían volver a la estación. No era mala idea, al fin y al cabo...

—Aceptamos —dijo Juan Carlos.

—Bueno, pues en marcha. Arread con la bolsa...

Y los dos la siguieron por las aceras, agarrando cada uno un asa de la bolsa donde iba metido el bonito. Mantenían algo de distancia con la mujer, que ahora, libre de peso, caminaba con cierta rapidez, mientras se internaba en la ciudad. Juan Carlos aprovechó para hacer una llamada al hospital. Pero fue decepcionante...

—Todo sigue igual —dijo tras colgar—. No sé si hemos hecho bien viniendo hasta aquí. Esto parece un juego de detectives, como dice la señora. Y mientras, Ismael está atrapado entre la vida y la muerte, en ese laberinto... ¡Me parece tan injusto!

—¿Y qué solucionaríamos en Madrid? Anda, no te atormentes. No estás abandonando a tu amigo. Estás buscando... no sé... algo, una respuesta. Saber qué pasa y por qué pasa. Saber si esas historias tienen algo que ver con nosotros... con él, y quién y por qué las dejó en el buzón. Saber si estaba en tu mano el haber hecho algo... Tal vez no consigamos nada... pero al menos lo habremos intentado. Por cierto, ¿no has hablado con sus padres aún? ¿Por qué sigues llamando al hospital?

Juan Carlos hizo una mueca de fastidio.

—No sé... Me da... me da miedo.

—¿De qué?

Se encogió de hombros y tardó unos segundos en responder, como si él mismo no supiera qué temía.

—Tal vez... de su voz de reproche.

—¿Y qué pueden reprocharte?

—Quizá... el que yo esté vivo mientras que su hijo está medio muerto. De que me interroguen, de que empiecen con preguntas: si yo le noté raro... o si sospechaba algo... No sabría qué decir... ¡Me siento tan culpable!

—Ya...

Poco antes de alcanzar el portal, comenzó a lloviznar.

—Lo dije —señaló la anciana al cielo—. Tengo buen olfato para el tiempo y para la gente. Hala, subid, subid, que son cinco pisos a pata, ¡es el último! Y cuidado con los peldaños desgastados. Esta casa está medio en ruinas... Debería haberme buscado un piso con ascensor. Pero ahora... ¡una ya es demasiado vieja para andar con cambios!

La mujer depositó el bonito en la encimera de la cocina, se cambió de ropa y se puso a cortar el pescado. Juan Carlos y Clara seguían sus instrucciones. Cortaron ajos y perejil. Cuando la señora terminó de despiezarlo, separó tres rodajas medianas y guardó

el resto en el frigorífico. Cocinó las rodajas a la plancha, con ajo y perejil, mientras Clara y Juan Carlos preparaban una ensalada. Cuando todo estuvo listo, se dispusieron a cenar.

Había sido cocinera de profesión, les contó, en un restaurante de categoría que en sus inicios fue una casa de comidas donde iban los obreros que construían las carreteras de los alrededores. Tuvo de ayudantes a cocineros que ahora eran muy importantes dentro del panorama gastronómico nacional, y ella presumía de haberles enseñado un montón de recetas.

—El mismo Ferran Adrià, el mismo Santamaría, a esos les enseñé yo cantidad de trucos. Pero seguro que ya ni se acuerdan de mí...

Pero estaba ya harta de fogones, confesó. No le apetecía cocinar para ella sola. Por eso, la mayor parte de las veces, únicamente comía leche con galletas y fruta. Luego, la mujer comenzó a contarles muchas anécdotas de su vida. Sobre todo de su hija, que hacía años que se había marchado.

—Mi única hija consiguió plaza en Correos, una plaza eventual. Era cartera y repartía correspondencia por la ciudad. Los carteros, aunque no lo parezca, se enteran de muchas cosas y conocen a mucha gente. A ella le gustaba su oficio, le parecía que tenía su lado aventurero. Un día me contó que hacía ya un tiempo que estaba llevando unas cartas un tanto sorprendentes a una casa de su zona. Procedían de todos los lugares del mundo. A veces lugares inimaginables, nombres que mi Elena jamás había escuchado, aldeas escondidas en lugares de la India, o de África o América o Australia. Lugares que uno no puede ni localizar en los mapas. Y así era todas las semanas. Iban dirigidas a un hombre, a un tal Ricardo Ledesma, cuyo nombre no aparecía en el buzón, y al que ella no veía nunca pues esas cartas no iban certificadas.

»Pronto noté cómo Elena comenzó a fantasear con ellas. Volvía hipnotizada, intrigada cada vez que repartía una. “Hoy la carta venía de Otombo Asamburi, del Zaire”. “Hoy le llegaba desde Guanchano Simplicia, México”. “Hoy la carta viene del mismo Macondo”. Así cada día...

Juan Carlos y Clara se miraron significativamente... ¿Macondo? ¿Qué les estaba contando esa mujer? De sobra sabían ellos que Macondo era una ciudad ficticia, inventada por Gabriel García Márquez en su libro *Cien años de soledad*. Pero no la interrumpieron y dejaron que la vieja siguiera contando.

—... Y así, mi Elenita comenzó a figurarse que el mundo, poco a poco, carta a carta, iba como metiéndose todo entero en ese buzón, en la casa de ese tal Ricardo. Imaginaos, como si cada carta fuera la pieza de un puzzle que el hombre recibía sobre el vasto mundo, y que él iría coleccionando hasta construirlo de nuevo. Elena no decía nada, pero yo le veía sus ojos, que miraban por la ventana, lejanos, ensoñadores, llenos de navíos, como diría cualquier poeta, imaginando cómo sería ese destinatario que guardaba el mundo en su casa.

»Un día, me contó que las cartas seguían llegando pero ahora nadie las recogía y, finalmente, se habían amontonado tanto en el buzón que apenas cabían. Él debía de estar de viaje. Mi Elena tuvo miedo de que rebosaran y algún desaprensivo metiera la mano y fácilmente se apropiara de alguna. Y entonces Ricardo Ledesma no podría completar su

peculiar puzle sobre el mundo. Así fue como, en lugar de depositarlas en el buzón, una mañana decidió subirlas a la casa e introducirlas, sin más, por debajo de la puerta. Era una molestia para ella subir los tres pisos, sin ascensor, no tenía por qué hacerlo puesto que no eran cartas certificadas, pero de ese modo se quedaba tranquila. Cuando el hombre regresara de su viaje, no le faltaría ni una sola.

»Al cabo de un tiempo el hombre regresó. Elena lo supo porque de repente encontró el buzón vacío de aquellas cartas que lo hacían rebosar. Ella respiró tranquila. Todo volvía a estar en orden. Repartió la correspondencia en el resto de los buzones y salió a la calle. Bajaba ya por la acera, cuando oyó chistar a alguien desde alguna ventana. Se volvió y vio cómo un hombre le hacía una seña con la mano, como para que subiera. Elena regresó al portal. Aparcó su carro bajo los buzones y subió a la vivienda. Me contó cómo todo el cuerpo le temblaba por la emoción. Al fin le iba a conocer. Ella pensaba que sería un hombre de mediana edad, o mayor, algún catedrático, o un antropólogo, o etnólogo, alguna profesión que requiriese haber recorrido mil veces el mundo... Pero cuando subió el último peldaño se encontró a un hombre joven que la esperaba con un montón de cartas en una caja, todas ellas sin abrir. Le dijo, sin esperar a que ella tomara aliento: “Señorita, por favor, yo no soy Ricardo Ledesma. Sí, ya sé que esta vivienda es la dirección que figura en las cartas, pero ese hombre no vive aquí. Ni sé si ha vivido en este piso alguna vez. Estoy harto de todas estas cartas que recibo cada semana...”. Y el hombre le puso en las manos las cartas que ella había depositado por debajo de la puerta, más todas las cartas anteriores que guardaba en una caja con la intención de devolverlas a Correos cuando tuviera un rato libre. Siempre estaba muy ocupado, se excusó.

»Elena regresó con las cartas a casa y se encerró en su habitación. Yo le insistí en que las devolviera a Correos, que a ella ni le iba ni le venía ese asunto. Pero empezó a obsesionarse con el hombre al que iban dirigidas. “¿Te imaginas, tantas cartas sin destinatario? ¿Te imaginas lo que una carta recibida o no recibida puede cambiar el destino en la vida de alguien? ¿Quiénes serán las personas que le escriben, qué historias contarán? ¿Qué pensarán, si él nunca les contesta? ¿Cómo podría yo hacérselas llegar? ¿Cómo?”. A partir de ese día, se quedó, sin más, con todas las cartas que llegaban para Ricardo Ledesma.

»Pasados unos meses le anunciaron su despido. Reducción de plantilla, dijeron. Por la mañana salió a su último reparto. Su cara era tan triste... Me dio un abrazo. Nunca me abrazaba al marcharse, solo me daba un beso. Pero ese día me abrazó largamente. Yo la esperé como siempre, para comer. No llegó. La fui a buscar a Correos, pero no había ido a trabajar esa mañana, dijeron. Caminé por su ruta, recorriendo sus pasos, pero aquel día nadie la había visto ir en esa dirección. Llegué hasta la vivienda de ese hombre misterioso. Llamé a su puerta, pregunté por él. Salió una asistente con un plumero en la mano. Ese hombre ya no vivía ahí. Ahí vivían ahora tres estudiantes. Recorrí todos los portales buscándola. Y no la encontré. Un quiosquero que la conocía me dijo haberla visto bajar en dirección al puerto. En el puerto la vieron subir a un barco. Busqué las cartas en su dormitorio pero allí no estaban. Elena nunca regresó. Imagino que salió a buscarle para entregárselas.

—¿Y lo encontró?

—¡No me cabe la menor duda! No hay nada que mi Elena no fuera capaz de conseguir si se lo proponía. Era bien persistente.

—¿Dónde estaba? ¿Dónde vivía el tal Ricardo?

—No lo sé. Ella no me contó cuándo ni dónde ni cómo lo encontró. Pero yo sé que lo encontró. Tal vez no a ese mismo Ricardo Ledesma. Tal vez no a él. Quizá no a él...

La anciana se quedó repentinamente en silencio y luego, mirando a la lejanía, se le iluminaron los ojos.

—Pero la misma búsqueda de algo puede hacerte encontrar otra cosa incluso mejor a lo buscado. Es la búsqueda lo emocionante, es la búsqueda lo que a ella le animó a marchar, aunque no lo supiera entonces. Decidir cambiar su vida monótona de funcionaria de Correos y convertirse en aventurera, y salir en busca de los lugares que ella metía en ese buzón como piezas de puzles de un mundo que le resultaba tan atrayente como desconocido. Seguro que encontró a alguien a quien entregar esas cartas. Otro... Ricardo Ledesma.

—¿Y ella no escribe..., nunca le llama?

—A veces recibo una postal, sin nada escrito, sin remite. De cualquier lugar del mundo. Sé que es de ella. Nunca se le dio bien contar las cosas por escrito. Para entender algunas cosas sobran las palabras... Los silencios también dicen cosas muy interesantes, ¿no creéis?

A la mujer, de repente, pareció que se le pasaban las ganas de charla, como si necesitara apuntalar con su silencio las mismas palabras que acababa de pronunciar. Se acercó a un aparador y cogió un portarretratos en el que había una foto de una joven bastante atractiva con el uniforme de cartera, sonriente, con una de esas sonrisas de dientes blanquísimos, como de modelo. Tenía varias cartas en la mano con sellos de todo el mundo (era un primer plano muy próximo). La anciana se quedó ensimismada en sus propios pensamientos mientras ellos terminaban el bonito. Era lo único que le quedaba de su hija, esa foto, y el recuerdo, sospechosamente inventado, de lo que le había sucedido. Clara y Juan Carlos miraron la imagen. Más que una foto de un familiar les pareció una de esas fotos con las que se venden los portarretratos en los centros comerciales, con bellas modelos posando con cara sonriente.

“¡Qué historia tan extraña! ¿Acaso la policía no la buscó? ¿Se la habrá inventado la mujer para explicar la desaparición misteriosa de su hija, o tal vez incluso su muerte?”, pensó Clara.

“Igual nunca tuvo una hija y necesitaba inventarse una —pensó Juan Carlos—. ¿Por qué esa manía de mandar las postales sin nada escrito? ¿Tal vez para que la mujer imagine lo que ella desee que ocurra?”.

Clara se dijo que debía de ser muy difícil vivir sin saber lo que de verdad había ocurrido, cuando lo sucedido era un hecho que superaba el entendimiento. Todo el mundo necesitaba dar forma, entender, tener en la mano una explicación palpable, visible, que ayudase a comprender lo que acontecía a su alrededor, aunque esa versión de la realidad solo estuviera dibujada en el viento, en recovecos imaginarios de nuestra

memoria. Y ni siquiera fuera real. “Nos inventamos la realidad. Al interpretarla, nos la acabamos inventando”, dedujo en ese instante, mientras miraba silenciosamente por la ventana cómo anochecía sobre la ciudad. “Tal vez yo también necesite inventarme una realidad distinta sobre mi profesor de Literatura, sobre Luis. Darle la vuelta a su historia”. Mientras las calles se oscurecían y sonaba una música de radio, Clara pensó que tenía que convertir su dolor, la frustración de sus amores imposibles, en una historia diferente para que, de ese modo, no la obsesionara más y pudiera dejar atrás todos los fantasmas, todos esos amores a muertos que la perseguían. Cuando regresara a Madrid comenzaría a escribir seriamente sobre ello. Inventaría algo nuevo en el papel, distinto de lo que era su vida, otra realidad. ¿Acaso podría algún día averiguar qué pensaba Luis realmente de ella y por qué había mentido a sus alumnos? O, el propio Juan Carlos, ¿acaso lograría averiguar por qué se había tirado su amigo y si de verdad estuvo en su mano el poder o no poder hacer algo? Tendrían que rellenar los huecos vacíos de esas historias con fragmentos inventados, como había hecho la anciana. Transformar lo real en ficticio. Tal vez así las historias reales les dejaran de hacer daño.

—Podéis comer toda la fruta que queráis —les indicó la mujer señalando un frutero.

Cuando acabaron les pidió ayuda para abrir el sofá cama y poner unas sábanas. Tuvieron que mover la mesa y las cuatro sillas, así como desplazar hacia un lado un pequeño aparador que chocaba con la esquina de la cama e impedía abrirla totalmente. Demasiado trabajo para esa frágil mujer. Clara se sentía culpable de todo ese esfuerzo y de las molestias que estaban provocándole. Pero la anciana hablaba alegremente, les contaba cosas de su vida. Agradecía la compañía. Cuando acabaron de preparar las camas, les propuso jugar a las cartas antes de acostarse, como hacía ella cuando aún vivía con su hija. Se divirtieron un rato y se olvidaron por un instante de lo que les había llevado a Santander y de la tarde frustrada, sin esperanzas reales de encontrar al autor de aquellos “Cuentos borrosos”. Bueno, tal vez fuera otra cosa distinta la que acabaran encontrando.

Al terminar la partida, la mujer, de repente, pareció acordarse de algo. Les pidió el número del carné de identidad y tomó nota. Una precaución innecesaria, les advirtió, pero así dormiría más tranquila. Luego salió por la puerta, supuestamente a informar a sus vecinos de que pasarían con ella esa noche.

Pero enseguida regresó con prisas y volvió a salir. Había olvidado algo. Luego, regresó definitivamente, les dio las buenas noches, se metió en su habitación y toda la casa se quedó en silencio. Clara dormía en el cuarto de invitados, Juan Carlos en el salón. Y así fue hasta que, en mitad de la noche, el ruido en la escalera de una puerta cerrándose con un gran estrépito despertó a Clara.

Se incorporó sobresaltada. Sudando. Y solo entonces se percató de que había estado soñando ese sueño extraño... Ella dentro de una pompa que explotaba, caía, caía, caía, hasta que la recogían unas manos. Pero esta vez las manos se cerraban y comenzaron a estrujarla, a apretarla mientras se le iba el aire, la vida. Solo el ruido en la escalera le había devuelto a la realidad. Y ahora, sentada en la cama, sin aliento, sintió como si fuera a morir.

Aterrada por la pesadilla, corrió a despertar a Juan Carlos. Tenía la sensación de estar bajo un gran peligro, aún imperceptible. Sentía, de una forma casi incontrolable, el impulso de salir de aquella casa. Logró convencer a Juan Carlos de que recogieran sus cosas y se marcharan, sin despedirse de la anciana siquiera. Clara se sentía fuera de sí, no podía explicar esa sensación tan extraña. Tan solo la urgencia que le impulsaba a escapar de forma inmediata. Juan Carlos, medio dormido, refunfuñando, la siguió sin entender nada.

Salieron a la noche cerrada, estaba lloviendo. Caminaron en dirección a la estación de autobuses. Por algún motivo, las farolas de la calle por la que caminaban estaban apagadas. Todo permanecía demasiado oscuro y debían cruzar la carretera, en medio de esa peligrosa oscuridad. Un coche sin faros se aproximaba desde el extremo derecho de la calle. Pero la oscuridad y la lluvia lo camuflaban por completo. Era imposible que el conductor pudiera verlos mientras atravesaban por el paso de cebra. Era imposible que ellos pudieran percibir el movimiento del coche, aproximándose como un animal acechante en la sombra. Fue por eso por lo que no retrocedieron. Fue por eso por lo que el coche no se detuvo. Ni siquiera hubo ruido de frenada. Todo fue rápido, como aplastar una hormiga mientras paseas por un parque. Clara y Juan Carlos saltaron por los aires como dos muñecos. Apenas tuvieron tiempo de comprender que iban a morir. Ya nunca podrían resolver nada.

* * *

¿Por qué había escrito eso? Camilo golpeó varias veces la mesa con un lápiz, sorprendiéndose a sí mismo de haber asesinado a sus propios personajes sin haber encontrado la resolución de la historia. ¿Por qué? “Al fin y al cabo, ¿no ocurre así en la vida? —se dijo con cierto cinismo y un gran cansancio mental mientras buscaba su pipa en la mochila—. De repente uno muere, sin más, dejándolo todo a medias. Sin resolver nada, sin responder a ninguna pregunta, sin encontrar a tu alma gemela, sin descubrir ninguna verdad, sin concluir los planes que tanto te importan. Da igual la edad o los objetivos. Da igual tener toda la vida por delante. De repente... ¡zas! Aparece un coche sin faros en la oscuridad y todo se acaba. Se estrella tu moto, tu avión, el coche donde vas... Te precipitas por un acantilado... Una enfermedad incurable y fulminante aparece en tu vida... y jamás llegas a tu destino, por mucho que te esperen, por muchas cosas importantes que tengas aún pendientes de hacer”. ¿Acaso no habían quedado a medias todos los planes de Chema, todos sus deseos, de los que mil veces hablaron?

Pero no. La historia era la historia y no era la vida, aunque la imitara. Sus personajes no podían terminar así. De pronto se sintió como un dios poderoso. Podía matarlos, pero igualmente podía resucitarlos. Él era el dueño y señor de su destino. Seleccionó y borró los últimos párrafos. Y el capítulo concluyó varias líneas más arriba: *“Al terminar la partida, la mujer, de repente, pareció acordarse de algo. Les pidió el número del carné de identidad y tomó nota. Una precaución innecesaria, les advirtió, pero así dormiría más tranquila. Luego salió por la puerta, supuestamente a informar a sus vecinos de que pasarían con ella esa noche. Pero enseguida regresó con prisas y volvió a salir. Había*

olvidado algo. Luego, regresó definitivamente, les dio las buenas noches, se metió en su habitación y toda la casa se quedó en silencio. Durmieron hasta que una llamada al móvil de Juan Carlos les despertó bastante temprano”.

Así estaba mejor. Ya decidiría quién era la persona que estaba al otro lado del teléfono de Juan Carlos y qué importantes cambios introduciría en sus vidas.

Camilo levantó la cabeza de su portátil y miró a su alrededor. Casi se podía decir que estaba prácticamente solo en la biblioteca. Apenas quedaba media hora para el cierre. Lo mejor sería marcharse a casa. Se sentía cansado.

Pensó en la muchacha del autobús, la que perdió el cuaderno, con desánimo. Ojalá él hubiera hallado una pista dentro de ese cuaderno, como la que había introducido en la historia ficticia de Clara y Juan Carlos. Aunque aún no sabía si esas pistas del billete de autobús y el tique del supermercado llevarían a sus personajes a encontrar a la persona que buscaban, al dueño y, tal vez autor, de las historias. ¿Quién podía ser? Y sobre todo, ¿cómo relacionar a sus personajes con él? No se le ocurría gran cosa... Bueno, Camilo tenía la esperanza de que la propia novela le fuera revelando sus claves poco a poco. Si sabes todo de una novela ¿para qué escribirla? Uno también escribe para saber qué ocurrirá en la página siguiente. “Escribir es averiguar”, se dijo, y se sintió muy importante de haber pensado esa frase, igual que si le estuvieran haciendo una entrevista y alguien le preguntara: “¿Qué es para usted escribir?” y él contestara al periodista: “Escribir es averiguar”. Quedaba francamente bien esa respuesta. Y luego pensó: “Igual uno también vive por la curiosidad. Por averiguar qué ocurrirá mañana”.

Era tarde, y tenía ganas de salir de allí. Le dolía la cabeza. Desconectó la batería de su portátil. Guardó todo en la mochila y decidió regresar andando a su casa. Tardaría casi una hora, pero no le importaba. Haría algo de ejercicio que le ayudaría a despejarse. Necesitaba aire fresco, y no meterse en un autobús lleno de gente sudorosa, cansada e irritable, y mucho menos coger de nuevo un taxi. Ya había gastado demasiado. Había sido un estúpido alarde eso del taxi. Una vez escuchó por la radio decir a un escritor famoso que él siempre iba en taxi a todas partes. Pero él no era famoso, y casi ni siquiera podía aún considerarse escritor. Su presupuesto no estaba como para estúpidos alardes de burgués. Ya bastaba con la pipa.

Antes de llegar, comenzó a lloviznar esa agua impertinente que agrisaba la ciudad y el verano del norte cada dos por tres. El orvallo. A Camilo no le disgustaba la lluvia. A veces incluso la deseaba. Pero esa tarde su ánimo se había apagado, contrariamente a como se había sentido cuando llegó a la universidad con la emoción de encontrar a la chica. Ahora en cambio, al final de un día sin nada resuelto, su ánimo había cambiado, y la lluvia, en lugar de reconfortarle como otras veces, lo iba envolviendo en una melancolía que le hacía vulnerable.

No había encontrado a la muchacha de la moto. Era lo normal, el no encontrarla, se dijo con resignación mientras caminaba por las calles mojadas. Al fin y al cabo, buscar a alguien con tan pocos datos entre tanta gente era improbable que diera buenos resultados. Eso solo pasa en las películas malas donde todo es perfectamente previsible, pero no en la vida, donde casi todo es caos y nada encaja como nos gustaría. Además, él

había supuesto demasiadas cosas. Había imaginado (“sí, Camilo, has imaginado”) que la muchacha pertenecía o iba a la universidad, cosa que de ninguna manera sabía a ciencia cierta. Por la mañana se ilusionó con esa idea, le pareció llena de posibilidades, pero ahora que estaba cansado, todo le parecía demasiado difícil, y la posibilidad de encontrarla, fuera donde fuera, sería casi un milagro, una casualidad. “La vida está llena de casualidades”, se dijo para animarse, como se diría seguramente Clara a sí misma. Pero solo logró que los labios se le torcieran en una mueca, más que en una sonrisa verdadera.

Llegó a casa con la ropa mojada por el orvallo infernal. Calabobos, lo llamaban en Madrid, y con razón. Uno se moja casi sin enterarse, como un bobo. Se duchó, se preparó algo de cena y comió en el sofá mientras miraba la televisión. Cambió de canal varias veces, pasando por dos concursos, tres películas, un *reality*, un documental y una serie. Dejó la serie, que era de detectives y la había seguido en alguna ocasión. Era mala, americana, llena de los estereotipos propios de esas series, pero necesitaba algo que le dejara el cerebro en modo “off”, como él decía. Un encefalograma plano durante un tiempo y de vez en cuando no estaba mal, para poder después pensar con mayor claridad. A veces la tele, las películas o las series más estúpidas le disparaban buenas ideas para sus historias. Ideas que a cualquiera que escriba una novela le hacen mucha falta.

Debió de quedarse dormido tras acabar la ensalada y el bocadillo de jamón. Debió de acomodarse en el sofá y cerrar los ojos durante la pausa del intermedio, solo unos instantes, solo un parpadeo para descansar la vista. ¡El ordenador cansa tanto! Y el parpadeo, de repente, se tornó inmenso, prolongado y se estiró ajeno a su voluntad durante tal vez varias horas. Y solo cuando el timbre de la puerta sonó con insistencia, el parpadeo infinito acabó.

Camilo abrió los ojos como si regresara de la muerte.

Se levantó de un salto, asustado por esa brusca y repentina interrupción de su inconsciencia. Durante unos segundos apenas sabía dónde se encontraba, ni qué hora era, ni qué día, ni qué había hecho durante esa jornada, ni si era de día o tal vez ya de noche. Nada. Su cerebro permaneció a medio encender, como si dentro de él estuviera todo lleno de esas luces fluorescentes, las que se ponen en los techos de las cocinas, y que tardan en activarse y lo hacen a fogonazos, como *flashes*, antes de decidirse a brillar e iluminar completamente.

Solo regresó a la realidad cuando oyó el timbre por segunda, o tal vez tercera vez. Entonces se dirigió tambaleante a la puerta, tropezando en su camino con el brazo del sillón. Miró por la mirilla, con sigilo. Era doña Paquita, la vecina. Camilo resopló con cierto malestar, mientras se atusaba el pelo y se estiraba la camiseta. ¿Qué podía querer aquella mujer a esas horas? De ella todo podía esperarse. A veces llamaba a su puerta para pedir alguna cosa que necesitaba con urgencia: sal, pan, perejil, azúcar o un huevo. Y de paso, mientras él iba a la cocina a por el ingrediente de turno, doña Paquita aprovechaba para colarse en el salón y comenzar con su charla. Camilo tenía paciencia, ella había hecho muchos favores a su familia, se portó muy bien consolando a su madre cuando lo de su hermano, y por eso él le tenía consideración. Le dejaba hablar y hablar y

hablar, porque doña Paquita a veces contaba historias interesantes que él nunca descartaba poder aprovechar para alguno de sus libros. Un escritor no debe despreciar nada de cuanto le sale al paso. Y doña Paquita era una narradora estupenda. Un poco mal de la cabeza sí que estaba, pero eso mismo le proporcionaba un cierto acicate a la conversación. Ella había tenido una hija que era abogada y que un día se marchó y de la que nunca más se supo. Doña Paquita, al igual que Camilo, también había vivido en Madrid muchos años porque trabajó como restauradora del museo del Prado, se lo había contado en más de una ocasión. Tenía la casa llena de cuadros, copias de los cuadros auténticos que colgaban de las paredes del museo, y que había pintado ella misma en ratos libres, en las zonas de los sótanos a las que ningún visitante accede. Y algunas de esas copias se las trajo con ella (no sabía Camilo si de forma legal o ilegal). Doña Paquita, bajando mucho la voz pero riendo, una vez le había confesado a Camilo que ella bien podría haber sido la falsificadora más auténtica de su época. Y le contaba muchas anécdotas del museo, aventuras que le habían sucedido en los años en que trabajó allí. Una vez, en un peritaje, descubrieron que uno de los cuadros que colgaba en la pared de una de las salas no era el verdadero, sino una falsificación, una réplica casi perfecta que alguien había sustituido en algún momento, sin que nadie se hubiera percatado de ello. El nombre del cuadro, Camilo lo ignoraba. Doña Paquita no quiso revelárselo nunca por fidelidad al museo. Las investigaciones dedujeron que tenía que haber sido alguien de dentro, con conocimientos y accesos a las salas en cualquier horario del día o de la noche. Y ella fue la candidata a sospechosa perfecta. Durante unos meses todas las miradas y acusaciones recayeron sobre ella. Se defendió como pudo, intentando demostrar que esa réplica no tenía las marcas de su pintura, su estilo propio. Nadie, por más que la presionaron y amenazaron, pudo probar nada. Ella les aseguró mil veces que estaba tan sorprendida como sus acusadores de lo que había sucedido, y que no se explicaba quién podía haber dado el cambiazco. El caso es que no llegaron a resolver nunca el asunto, pero su reputación quedó en entredicho y finalmente decidió marcharse. Tampoco encontraron el cuadro y, debido a intereses políticos y para preservar la honorabilidad y confianza de gente prestigiosa relacionada con la seguridad del museo, ocultaron el caso, que no salió a la luz. Eran otros tiempos, claro. “No había claridad ninguna, y... ¡menudos trapicheos y amiguismos! Pero el resultado de todo aquello es que en el Prado hay al menos un cuadro falso colgado de las paredes. ¡Al menos uno que yo conozca, pero seguro que hay muchos más!”, decía de forma misteriosa. A ella, cuando se marchó, le dieron una indemnización cuantiosa para que no dijera ni mu. Y ni mu había dicho. Solo ahora, después de tantos años, se lo contaba a Camilo, “pero porque eres un chico de mucha confianza. ¿Y qué más da –continuaba– si la gente mira el cuadro falso con la misma fascinación o indiferencia (según cada cual) que si fuera el auténtico? Y luego todos se van a casa tan contentos por haberlo contemplado. La gente se emociona ante el cuadro falso solo porque creen que es el verdadero. ¿Te das cuenta, Camilo? La emoción no está causada por el cuadro en sí, sino por lo que la persona cree del mismo. Y así pasa con todo..., con todo... La realidad nos la inventamos, hijo, con lo que nos decimos a nosotros mismos sobre ella”.

Quizá toda la historia de la pobre mujer fuera mentira, fruto de exageraciones para teñir con algo de color una vida un tanto gris, sin familia ni grandes éxitos. Camilo, desde que la conoció, siempre pensó que algún día utilizaría a doña Paquita como personaje de alguna de sus historias, modificándola, camuflándola, eso sí, en su identidad. Y eso acababa de hacer esa misma tarde: se había inspirado en ella para crear el personaje de la anciana del traje rojo que hospedaba a Clara y Juan Carlos en su casa, y a la que aún no había puesto nombre. Tal vez no importara ponerle nombre. Todavía no sabía si tendría gran relevancia en la resolución del caso.

Y ahora tenía allí, tras la mirilla, a la anciana verdadera, a doña Paquita, esperando a que él abriera. ¿Qué querría a esas horas? Camilo buscó su reloj en la muñeca. Pero recordó que no se lo había puesto tras la ducha. Aún estaría en la repisa del cuarto de baño. Bueno, fuese la hora que fuese, tendría que abrir. Tal vez le pasaba algo grave... Aunque lo más seguro es que le sorprendiera con alguna bobada propia de una anciana sola y desocupada. Soltó la cadena y abrió. Pero ante sí ya no encontró a su vecina, sino el descansillo de la escalera vacío, y a sus pies, en el suelo, el felpudo marrón con su *Welcome* absurdo escrito en letras verdes, lleno de cascarrias de barro resacas en los bordes. Nadie sacudía el felpudo cuando su madre se iba, pensó bobamente en ese momento sin que viniera a cuento de nada. La luz de la escalera se apagó automáticamente, y Camilo, empujado por esa oscuridad y soledad repentinas, regresó al interior de su vivienda. Bien, doña Paquita se había marchado. Seguramente él había tardado tanto en abrir que la mujer debió de pensar que no había nadie o que ya estaba durmiendo, cosa que era completamente cierta hasta hacía apenas un minuto.

Suspiró con alivio. Mejor. No tenía el cuerpo para charlas con una mujer un tanto loca, por simpática que resultara. No en ese momento en el que aún tenía algún que otro plomo fundido en su cerebro. Estaba cansado y pensaba irse a la cama inmediatamente. Regresó al sofá y comenzó a recoger los restos de la cena que había en la mesa, y una vez todo bien colocado entre sus manos en perfecto equilibrio, empezó a transportarlo a la cocina. Entonces, justo cuando estaba situado en medio del salón con las manos ocupadas y lejos de todo apoyo, oyó a alguien trasteando tras la puerta de la entrada. Se quedó quieto, allí de pie, mirando, con esa alerta que producen los ruidos tras las puertas cerradas en las noches, y que nos resultan indiferentes y absurdos durante el día. La puerta se encontraba al fondo del pasillo y estaba ahora sumergida en la penumbra del recibidor. Junto a ella, se hallaba el aparador donde solía dejar las llaves y el móvil. Junto a las llaves, la figura de porcelana del cazador con perro, esa de Lladró que su tío Julio había ganado en el concurso anual de mus de su empresa y que finalmente acabó en casa de Camilo porque su tía Piedad odiaba ese estilo de figuras. Camilo también odiaba esa porcelana. Tanto, que no había dudado en incluirla dentro de la historia sobre Clara y Juan Carlos haciendo que otros también la aborrecieran. Era su forma de vengarse de ella.

Los ruidos tras la puerta continuaban. La luz del salón resbalaba brillante sobre la porcelana del cazador. Camilo miró intensamente la puerta, frunciendo los ojos, con las manos ocupadas por la bandeja y, por tanto, inservibles para poder reaccionar ante

cualquier imprevisto. Miró como si los ruidos estuvieran a punto de hacerse visibles ante su persona, materializándose en algo tal vez horrible que aparecería repentinamente ante sus ojos, en medio de esa penumbra. Y fue al cabo de unos segundos y unos cuantos murmullos en el exterior cuando vio deslizarse un papel blanco, de esos que se arrancan de los cuadernos de espiral y que quedan llenos de agujeritos rotos por un lateral, como una tela deshilachada. Luego, escuchó los pasos alejarse. Una puerta que se cerraba. Dedujo que era la de doña Paquita. Y él continuó inmóvil, con sus manos inútilmente ocupadas, perplejo, mientras miraba el papel y no decidía qué debía hacer con aquella aparición. Llevó los cacharos a la cocina y regresó. Cogió el papel, pero antes de leer lo que decía miró por la mirilla, por si alguien permanecía aún en el descansillo, aunque de sobra sabía que estaría vacío. Abrió la puerta sin pensar. Nada. Iba a cerrar de nuevo cuando se percató de algo que había sobre el felpudo. Alguien había dejado un vaso con agua y un trozo de planta en el interior. Vaya con doña Paquita... ¡El esqueje que quiso darle el otro día y que él había olvidado recoger! Lo había dejado sobre su felpudo, como se abandona a un niño en la puerta de una iglesia. ¿Y tenía que dejárselo justo a esas horas?

Camilo cogió el vaso con la planta y cerró la puerta de un portazo cuyo ruido se prolongó como un eco por toda la escalera. No hizo demasiado caso de la nota hasta que dejó el esqueje en la cocina. No era la primera vez que encontraba alguna nota de su vecina, en su buzón o bajo su misma puerta.

Regresó al salón. La tele seguía encendida, con sus imágenes en continuo movimiento y ajena a todo cuanto pudiera acontecer más allá de su caja de ilusión. Desplegó el papel. La letra, efectivamente, era la de doña Paquita; tenía una caligrafía preciosa, como si estuviera dibujada. Tuvo que leerlo tres veces para darse cuenta de que lo que leía era cierto y no parte del propio sueño del que a duras penas había logrado salir:

Camilo, tengo dos invitados que vienen a buscar al dueño de un libro o cuaderno... o algo así. Sus números de carné son... Si algo me pasa, ya tienes una pista que seguir. Te dejo el trozo de planta para tu madre que olvidaste recoger el otro día. Paquita.

Camilo, de pie en medio del salón, sintió un sudor frío que le recorrió la frente. No era la primera vez que doña Paquita acogía imprudentemente a alguien en su casa, se lo informaba a él como si fuera su propio hijo, o a su madre, y les daba algún dato sobre los huéspedes. De alguna manera los había nombrado a ellos, sus vecinos, guardaespaldas personales. Él, al igual que hacía su madre, había advertido a doña Paquita en numerosas ocasiones que no debía meter a ningún desconocido en su casa, que era una locura, que había mucho maleante suelto que mataba o robaba a las ancianas indefensas, pero ella decía que no era una anciana indefensa, que para defenderla ya les tenía a ellos, ¡a sus vecinos! Doña Paquita no hacía ningún caso. Y en más de una ocasión Camilo se había encontrado con los números de los carnés de sus huéspedes apuntados en un papel. De hecho, él mismo había utilizado esa característica propia de su vecina para atribuírsela al personaje de la anciana del traje rojo, antigua cocinera, con una supuesta hija carterera que se había marchado; la mujer que acogía a Clara y Juan Carlos a cambio de su ayuda para

transportar el bonito a casa.

“Vaya, cuánta coincidencia... ¡Justamente ahora! —se dijo algo impresionado—. La realidad a veces supera a la propia ficción”. Sin embargo, no pudo evitar un cierto escalofrío solo de pensar si esos huéspedes de doña Paquita acaso no tendrían algo más en común con los personajes de su novela.

—Quieren localizar al dueño de un cuaderno o libro... ¿Y qué? Solo son coincidencias —se sorprendió pronunciando en voz alta mientras buscaba con nerviosismo su pipa por el aparador, oculta tras la estatua de Lladró—. Solo coincidencias.

Estuvo tentado de salir de su casa y llamar a la puerta de su vecina para concederse el gusto de conocer personalmente a esos dos invitados que tan oportunamente aparecían en mitad de esa noche. No aparecían sus nombres en el papel, ni sus edades, ni si eran hombres o mujeres... Con llamar a la puerta bastaría para enterarse de todo. Pero decidió no hacerlo. Eso sería concederle demasiada importancia a las casualidades. No. ¡Le importaba un comino quiénes fueran esos dos invitados de doña Paquita! ¿Para qué indagar en el absurdo?, se dijo.

Y durante un tiempo impreciso se quedó quieto, como una estatua, con la mente en blanco en medio de la estancia. Luego, poco a poco y a medida que avanzaban los minutos, una duda fría, silenciosa, ascendió lenta desde el mismo suelo, como una planta mágica y trepadora que, sin que él lo deseara, se le iba enroscando lenta, lenta, todo alrededor... y dejó su mente paralizada, con él en medio de su propia sala. Solo al cabo de un tiempo, logró reaccionar y regresó de nuevo al sofá.

Pero ya la duda le había penetrado como un veneno, y ahora solo cosas absurdas, como el delirio de un enfermo febril, eran las que le poblaban el cerebro. Camilo se pasó el brazo desnudo por la frente. Respiró hondo. “Qué cansado me siento. Necesito dormir”. Fue al baño a recuperar su reloj. Miró la hora. De nuevo sintió frío en el centro del pecho. ¡Incluso la hora coincidía! La misma hora a la que la anciana de su novela de ficción salía para llamar a casa de sus vecinos. Nunca le había ocurrido a él nada parecido: encontrarse con dos personas en la misma situación que los propios personajes de la novela que él escribía, con tantas coincidencias, con tantas similitudes, con tiempos tan exactos. Y además... ¡buscaban al dueño de un libro o cuaderno, decía la nota! Las sienes comenzaron a martillearle. Se dio cuenta de que ahora le dolía mucho la cabeza. Necesitaba dormir. Eran ya las doce y media, y la noche anterior la había pasado escribiendo. Acumulaba demasiado cansancio en su cuerpo. “Creo que no pienso con claridad. ¿Y qué, si hay dos personas buscando... lo que sea al otro lado del tabique en una situación similar a la de mis personajes? He sido yo quien ha copiado la vida de mi vecina y la he introducido en mi novela, ¿no? No es la primera vez que trae gente...”.

Se estaba obsesionando con la historia, pensó. Y total, ¿para qué? Sabía que nunca podría averiguar ninguna verdad sobre Chema por mucho que escribiera sobre ello. Hay cosas en la vida que suceden y simplemente son así: inexplicables. “Solo persigues fantasmas, Camilo. Sí, fantasmas. Lo inalcanzable, lo imposible, igual que Clara. O igual que Juan Carlos y ella buscando al dueño del cuaderno. Y ahora hasta los fantasmas parecen perseguirte a ti y materializarse detrás del tabique de tu casa”.

Se tomó un ibuprofeno para el dolor de cabeza y en diez minutos estaba dormido. Pronto, se vio envuelto en esa pesadilla incomprensible que se le repetía muchas noches: él, metido en una burbuja que de repente explotaba, y todo su mundo con él en su interior se desmoronaba, precipitándose al vacío. Camilo caía sin parar, y mientras esto sucedía, esos versos de Huidobro que tanto le habían impresionado, que siempre, desde que los leyó por vez primera, sintió que estaban escritos para él, resonaban como saliendo de una voz en medio de la oscuridad:

*¿No ves que vas cayendo ya?
Limpia tu cabeza de prejuicio y moral
Y si queriendo alzar nada has alcanzado
Déjate caer sin parar tu caída sin miedo al fondo de la sombra
Sin miedo al enigma de ti mismo
Acaso encuentres una luz sin noche
Perdida en las grietas de los precipicios
Cae
Cae eternamente
Cae al fondo del infinito
Cae al fondo de ti mismo...*

Cuando hora y media después sonó su móvil Camilo casi no podía moverse. A duras penas encendió la luz de su mesita y contestó como un zombi. ¿Quién puñetas se atrevía a llamar a semejantes horas?

Llovía cuando, en mitad de esa noche, Camilo salió del portal. El agua se desparramaba, a veces dorada, a veces azabache, por cada calle de la ciudad: calles anchas, estrechas, oscuras o luminosas, sin distinción. Los brillos de las luces de las farolas, los reflejos de los neones de algunos bares abiertos, los faros de los coches sobre el asfalto, los rojos y naranjas y verdes de los semáforos se fundían con la lluvia chorreando calle abajo, licuándose con la oscuridad mojada y con esa neblina silenciosa que avanzaba imperturbable desde el mar, para sumergirlo todo bajo su lienzo, a la vez brillante y fantasmal. El mundo parecía deformarse mirando desde la lejanía, la realidad parecía haberse rajado en dos y Camilo se asomaba a ella a través de una grieta deshilachada que cada vez se hacía más y más ancha. Caminaba por las aceras lentamente. Se acercaba a los objetos cotidianos, objetos que de pronto parecían extraños, como si no los hubiera visto nunca, y solo al acercarse, estos le sorprendían recobrando su verdadero aspecto de casa, de coche, de hombre, de gato, de farola, de árbol... La niebla deshacía las cosas...

Caminó por las calles, sin rumbo, dejando que la propia lluvia, a veces oscura, a veces iluminada, se le derramara sobre el rostro, sobre su pelo rizado y castaño que se había encrespado; sin cubrirse con el paraguas, como si esa humedad, ese frío que le comenzaba a horadar los huesos, fuera una prueba palpable de su propia existencia, la prueba de estar vivo, y le despojara de ese sentimiento de irrealidad que de repente se le había instalado en la cabeza. Sentir el frío, la lluvia, el viento, incluso el propio temor de la noche, de las esquinas solitarias, de los pasadizos lúgubres, de las sombras en los portales, le tranquilizaba, le consolaba y le devolvía a esa seguridad de saber que estaba

donde debía estar y sentía lo que debía sentir al margen de que los acontecimientos que estaban generándose a su alrededor le parecieran confusos, o al menos, bastante extraños. No se podría concretar cuánto tiempo caminó así, errante, subiendo y bajando calles, sin decidirse a acudir a ese garito cuya dirección llevaba apuntada en un papel dentro del bolsillo. Anduvo por callejuelas y por el paseo de Pereda, donde el mar había sido tragado por la niebla y él parecía asomarse al fin del universo. Más allá de la playa era como si no existieran más que abismos infinitos.

Había algunos bares y cafés abiertos. Increíblemente, estaban en verano (esa noche, desde luego, no lo parecía) y muchos establecimientos cerraban casi de madrugada. Además, era viernes y seguro que los diferentes locales de la ciudad estaban atestados de jóvenes como él, al abrigo de la intemperie. Pero no se decidía a llegar al café donde tenía que llegar. Sin saber por qué, le había entrado una cierta aprensión. Prefería llamarlo así: aprensión, en lugar de miedo. “¿Miedo de qué? Solo es una chica, se llama Lucía y sé que está en el café Pombo —se dijo para tranquilizarse—. ¿No quiero dar con ella? ¿No quiero devolverle el cuaderno negro?”. Pero el presentimiento de caída en picado, de ir caminando hacia un inminente desastre no le desaparecía, por mucho que intentara razonar consigo mismo. Tenía un presentimiento. Y él creía en los presentimientos. Por eso se resistía.

Mientras subía por un callejón oscuro, repasó mentalmente esa llamada recibida en plena noche, palabra por palabra, aun siendo consciente de que las palabras en el interior de la memoria no son más que como la estela de humo de un avión, que cambia y cambia de forma a cada segundo que pasa. Al final, uno solo recuerda el recuerdo del recuerdo del recuerdo...

Cuando sonó el teléfono, hizo memoria ahora bajo la lluvia, estaba sumergido en ese sueño angustioso. Cogió el móvil con los ojos cerrados, como si lo hiciera aún en medio de su propio sueño.

—¿Diga?

Solo escuchó silencio al otro lado. Luego, una respiración agitada, como en las películas de terror cuando alguien quiere intimidar a la víctima.

—¿Sí...? ¿Hay alguien...?

Silencio. Fue cuando se incorporó en la cama.

—¿Diga? ¿Quién es? ¡Conteste, por favor, ya que me ha despertado!

Sonó un carraspeo. Y por fin, la voz de un hombre mayor.

—Ejem... yo... yo... siento las horas... Llamaba por un anuncio que he visto en la universidad... sobre ese cuaderno que tienes en tu poder y que encontraste en un autobús.

—¿Es usted su dueño?

—No, no... Y perdona las horas, muchacho... Es que es justamente a estas horas cuando puedes encontrarla...

—¿A quién?

—A la chica que lo perdió. Imagino que puede tratarse del mismo cuaderno... no sé, se me ha ocurrido al ver tu anuncio esta tarde. Yo buscaba un anuncio sobre la venta de algún saxofón. ¿Conoces a alguien que venda un saxo que esté bien?

—No, no... Yo no entiendo de saxos... ni de música... Solo quiero localizar a la dueña de...

—Nadie vende saxos en esa facultad. Llevo veinte años de conserje allí, ¿sabes? Y me fijo en todo, aunque nadie piensa que me fijo. En todo lo que pasa, en todo lo que hacen y en todos los anuncios que ponen. Los recuerdo durante años. ¡Si vieras la de cosas que se anuncian! Una vez un profesor suplente vendía una sierra eléctrica, muchacho. Un alumno de Medicina aficionado al bricolaje la compró, pero cuando fue a usarla y la miró con detenimiento, se dio cuenta de que tenía unas manchas rojizas, como de sangre seca y, el chico, aprensivo, la llevó a la policía. Se rieron de él en sus narices. Que tenía deformación profesional por hacer tantas autopsias, le dijeron entre risas. Pues resulta que tras analizarla descubrieron que la sangre coincidía con la sangre de una víctima encontrada en una escombrera hacía un año. Había sido el arma de un crimen, ¡ya ves tú! ¡Ni más ni menos que un profesor suplente! Un psicópata de esos. Fíjate, el profesor que te da clase, convertido en asesino. Uno no puede fiarse de lo que parece ser cada cual, ¿verdad, hijo? Cualquiera puede ser otra cosa que no sabes...

—Sí, claro... —Camilo se quedó impresionado al escuchar la misma frase que le había dicho su hermano, aunque intentó seguir con la conversación pese a la verborrea del hombre—. Verá, yo lo que quiero...

—Sí, ya, ya... tú lo que quieres es encontrar a la dueña del cuaderno ese. Hace un tiempo hubo un anuncio, parecido al tuyo, pero al revés. Era una chica quien buscaba un cuaderno negro con un título que decía: *Cuento borroso*, como ese que tú dices. Otro ni se habría fijado. Pero yo sí, porque yo me fijo en todo. Y además, vi a la chica poner el anuncio, mira tú por dónde. Y ya no la olvidé. Porque además esa chica vive en mi calle, ¿sabes?, y muchos días la veo en un café de mi barrio. Yo voy a tomarme un carajillo allí porque me gusta la música de saxo y a veces actúa algún grupo en directo. Incluso han actuado los Cherry Boppers antes de hacerse famosos. Ella escribe en la mesa durante horas. No sé lo que escribirá. No nos hemos saludado, porque ella, claro, así, sin verme enfundado en el uniforme de conserje, creo que ni me reconoce. Pero yo a ella sí. Yo me fijo en todo. Se llama Lucía. De eso también me acuerdo. Hace muchas fotocopias y...

—Sí, sí... se acuerda de todo —Camilo se estaba impacientando de la charla interminable del hombre—. Oiga, no hay buena cobertura, dígame dónde puedo encontrarla antes de que esto se corte y...

—Pues a eso iba, muchacho, a eso iba... A ver... pues la chica... a veces he coincidido con ella en ese café. O ella conmigo, claro, según se mire, je, je... Y ahí puede que la encuentres. También la he visto algunas noches del fin de semana. Hoy es viernes. El viernes ya comienza el fin de semana, ¿no?

—¿En qué café? —Camilo se sintió acalorado y saltó de la cama. Todo el sueño de repente se le había esfumado.

—Está en la plaza Benavides y se llama café-bar Pombo. Le gusta ir a escribir, ya te lo he dicho. Algunos van allí a leer o escribir. Yo solo voy a tomarme un carajillo y a escuchar música de saxo. Pero me gusta ver a la gente leer. Impresiona ver a la gente leer o escribir, muchacho, tan concentrados... ¿No te parece?

—Sí, claro, impresiona... Oiga... ¿ha dicho que se llama... Lucía...?

En ese instante la comunicación se cortó.

De pie, en mitad del salón, Camilo se quedó muy quieto sin saber bien qué hacer. Luego, había reaccionado: cogió la guía de teléfonos que guardaba su madre en el revistero. Dentro de ella había un mapa de la ciudad. Buscó la calle, arrancó la hoja. Se vistió en un minuto y cargó con su mochila. Por el peso supo que aún llevaba el pequeño portátil dentro. Bueno, mejor, por si necesitaba consultar algo o le daba por escribir... Cogió el chubasquero, sus llaves, su móvil y salió a la escalera. Necesitaba aire fresco. Pero antes de bajar las escaleras decidió escribir una nota para los huéspedes de doña Paquita. “Regresad a vuestra ciudad. Seguid con vuestra vida. Olvidaos de las historias que otros inventan y vosotros encontráis”. La metió por debajo de la puerta. ¿La interpretarían como una señal? Seguramente pensarían que se trataba de un chiflado cuando la leyeran al día siguiente. Camilo, esa noche, no quería saber nada de la historia de Clara y Juan Carlos. Ahora, la realidad debía cobrar más forma real y auténtica que nunca. Y era él, Camilo Lamprú, quien debía buscar a la dueña del cuaderno que él halló, y poco le importaban en ese instante sus propios personajes de ficción. Necesitaba despejar su cabeza, buscar ese bar, alejarse de los fantasmas que pueblan la soledad y las noches. Tenía la necesidad urgente de pensar con claridad, pese a que aún se sentía como en un sueño.

“Deja ya de pensar tanto, Camilo –se dijo a sí mismo retornando de sus recuerdos al entrar en una calle algo más iluminada–. Y deja de dar vueltas por estas calles lluviosas y decídate de una vez a ir a ese café. Tal vez sea la única oportunidad que se te presente”. Sacó el mapa de su bolsillo, se refugió bajo el alero de una tienda con el escaparate iluminado y buscó la dirección. Bien, no quedaba muy lejos. Caminó aprisa orientándose hacia lo que parecía una plaza al fondo de la calle. Se veían algunos locales abiertos. O tal vez la niebla lo engañaba y en verdad se trataba solo de luces ilusorias, reflejos traídos por la lluvia y la bruma desde otras realidades lejanas.

Las sienes le martilleaban, el fuerte dolor de cabeza le seguía amenazando. Tal vez se estaba poniendo enfermo. Estaba empapado. Seguramente tendría que guardar cama los días siguientes. Sintió sus manos frías, agarrotadas y terriblemente torpes cuando intentó sacar un pañuelo de papel del paquete de plástico en el que venía envuelto. Se secó la cara, lo pasó por el pelo y luego, ya deshecho, el pañuelo acabó en una papelera. Al fin llegó a la plaza Benavides que, aunque iluminada con algo más de luz que el resto de las calles de la ciudad, desprendía un tono siniestro, casi espectral. Tal vez debido a esas farolas que desparramaban su luz ocre sobre la lluvia y la niebla. Camilo tenía la sensación de estar caminando por el borde de un sueño.

“Tal vez estoy soñando de verdad –pensó repentinamente–. Tal vez sigo en el sillón de mi casa, frente a la luz de la tele, durmiendo tras la cena. Igual solo soñé que doña Paquita dejaba el papel bajo la puerta y el esqueje en el felpudo, todo ello influido por la tensión de la historia que escribo. Y luego he seguido soñando que recibía una llamada, y que salía a la calle bajo la lluvia y que iba a encontrarme con esa chica. Estoy obsesionado con la historia que escribo –sin embargo, la sensación de estar en medio de

un sueño no le tranquilizó en absoluto—. Pero aunque de verdad esto sea un sueño, este sueño es ahora mi realidad, ¿no?, y solo esta realidad, sea cual sea, es a la que puedo hacer frente. Por eso debo encontrar a esa chica. Tal vez solo así pueda despertar de nuevo”.

En una esquina de la plaza encontró el café Pombo. Permanecía abierto pese a ser tan tarde y estar las calles tan vacías. Cuando empujó la puerta notó enseguida que era viernes: una oleada de música procedente de un saxo, conversaciones desenfadadas, humo de tabaco flotando por los techos. El olor a frito, tal vez de calamares, y a vino derramado en alguna parte chocó con su fino olfato, devolviéndole de repente a una visión más auténtica de la propia realidad. “No estoy soñando, está claro. Tan solo era esa maldita niebla y esa lluvia impertinente que lo vuelve todo tan ficticio”.

Echó un rápido vistazo por las mesas. Estaban abarrotadas de gente, de pandillas que hablaban a voces para superar el sonido de la música, y reían ajenas al clima desapacible de fuera, envueltas en el humo de cigarros que apestaban el ambiente y lo hacían irrespirable. Camilo se tocó el bolsillo de su impermeable para comprobar si seguía ahí su pipa. Ahí estaba. Se la puso en la boca. Pensó, algo aturdido, que era imposible que encontrara a la chica en ese lugar. Supuestamente iba a escribir. Pero, ¿acaso alguien podía escribir en semejante ambiente? Recorrió todas y cada una de las mesas, y en ninguna encontró a ninguna chica solitaria, ni ninguna de las no solitarias que había se parecía a la de la moto. Aunque si lo pensaba bien, tampoco había podido fijarse con detalle en ella, ni en el autobús ni cuando la vio sobre la moto. Tal vez era alguna de esas que estaban dentro de los grupos de amigos. Seguramente ya había dejado de escribir y se había unido a alguna pandilla. Pero si era así, ¿cómo podría encontrarla? Ninguna se le parecía, y a la vez, la mayoría reunía las características suficientes para poder ser ella. Sintió náuseas y un tremendo malestar por tanto ruido y humo. Retrocedió por el pasillo, intentando abrirse paso de nuevo hacia la puerta, empujando a los grupos que se apoyaban en la barra y de vez en cuando se expandían empujados por la efusividad de la conversación hacia el pasillo, cortando el estrecho paso por donde era casi imposible circular.

—Perdón, perdón —se iba disculpando mientras daba codazos y empujones por doquier—. Disculpa. Perdón. Lo siento...

Fue entonces cuando se topó con un camarero, quedando los dos absurdamente atrapados en la abarrotada zona de paso. El camarero, que venía en dirección contraria a Camilo, al verle luchar por intentar alcanzar la puerta de salida, y tal vez al comprobar que su chubasquero aún goteaba (acababa de entrar en el local, eso era evidente), le dijo unas palabras que Camilo en principio no comprendió.

—¿Qué...? No le oigo —gritó poniendo su mano detrás de la oreja para que entendiera su gesto en medio de aquella algarabía.

El camarero se acercó un poco más a la posición de Camilo y aproximó su cara al oído de este.

—¡Arriba! —le gritó, y señaló con el dedo índice al techo—. ¡Arriba hay sitio! Todo el mundo se queda aquí, por la música en vivo. ¡Pero arriba hay mesas!

Camilo comprendió. El local tenía otro apartado en el piso superior, tal vez más tranquilo. Inclino la cabeza en señal de agradecimiento y giro de nuevo para regresar al interior.

Encontró las escaleras detrás de una especie de biombo. Un tramo bajaba hacia los servicios y el otro tramo subía al piso superior. Tal vez ella estaría allí. Las escaleras, bastante sórdidas y mal iluminadas, desembocaron en otro salón que, efectivamente, era mucho más tranquilo, con más aspecto de café que la parte de abajo, que más parecía un bar. Casi todas las mesas estaban ocupadas pero en ellas se sentaban sobre todo parejas, y no había gente de pie ocupando espacios de paso ni gritando a voces como en la parte de abajo. En esa zona no había barra y la música procedía del hilo musical, en un tono medio, nada estridente, que permitía la conversación. Camilo recorrió de un único vistazo todo el local. Al fondo. Ahí. Podía ser ella. Una chica solitaria con un montón de libros en la mesa y en la silla. Camilo no supo decir si se parecía o no a la de la moto, que a su vez le había parecido que era la del autobús. Pero se pareciera o no, tuvo la certeza de que era a ella a quien buscaba, sin lugar a dudas.

La chica escribía deprisa. Camilo dudó. Tal vez no era el momento para interrumpirla. Pensó en lo mal que le sentaba a él que Chema o su madre entraran a cualquier cosa a su habitación cuando él escribía. O simplemente que le llamaran por teléfono cuando estaba inspirado. Dos chicos se levantaron de una de las mesas. Camilo pensó otra estrategia. Se sentaría allí, algo alejado. La observaría y cuando ella dejara de escribir, se acercaría a hablar. El camarero llegó hasta la mesa donde Camilo se acababa de sentar, recogió los vasos de los ocupantes anteriores y le preguntó qué deseaba consumir. Un café doble.

No apartó la vista de ella ni un solo instante. Se bebió su doble de café. Cualquiera que le observara, mirándola tan fijamente y con aquellas pintas de derrotado, el pelo empapado, sus rizos pegados chorreándole por la cara, el chubasquero desaliñado, las manos y el rostro entumecidos, y en fin, un aspecto bastante poco festivo y aseado para ser viernes por la noche, tal vez podría pensar que se trataba de un psicópata espiando a su presa. Decidió quitarse el chubasquero, pensando que ello le daría un aspecto más normal.

Pasó tiempo, tal vez un cuarto de hora, o veinte minutos. La chica había estado escribiendo todo el rato, sin levantar la vista del cuaderno. Y Camilo se había quedado hipnotizado mirando los movimientos de su mano. Esa mano escribiendo le trajo a la memoria las manos de Escher dibujándose solas. Ahora la miraba embelesado, con el deseo de que esa situación no cambiara nunca, de que nunca se detuviera y ella jamás acabara de escribir. Sentía la inercia de una noria en movimiento infinito...

Pero, de repente, ella frenó en seco. Levantó la cabeza y soltó el bolígrafo con un movimiento final. Cerró el cuaderno, lo dejó sobre la silla (la mesa estaba ocupada por tres tazas y una pila de libros), y dirigió sus ojos a la ventana. La noche oscura, de lluvia y bruma, seguía ahí fuera. En el cristal se reflejó el rostro de esa chica, supuestamente de nombre Lucía, como el conserje le había dicho que se llamaba. Y más allá de ese reflejo de ella, detrás precisamente de ese reflejo de ella, Camilo vio el reflejo de sí mismo, mirándola fijamente.

(FIN de lo escrito en el CUADERNO ROJO)

* * *

La novela crece y crece hasta anegar
el territorio de lo real.

ROSA MONTERO

Belinda llegó a casa sofocada. Se había echado una buena carrera desde el café Pombo huyendo de ese chico que para su gran susto y sorpresa dijo llamarse Camilo Lamprú y además preguntó si era ella quien había perdido un cuaderno negro en un autobús. Preguntó por Lucía. ¡Lucía! ¿Pero cómo, cómo, podía preguntar por Lucía? Ahora subía jadeando, con prisas, el tramo de escaleras hacia su casa, pero ya no era capaz de correr. Estaba tan desconcertada... Llamó al timbre por inercia aunque de sobra sabía que nadie le abriría. Lina, su compañera de piso, era cajera en Mercadona, en el turno de tarde, y a esas horas ya habría salido de casa. Miró el reloj: las dos del mediodía. En el espejo de la entrada encontró una nota: “Compré un pollo asado. Está en el horno”. Aún no tenía hambre y prefería pensar sobre lo que le acababa de suceder. Se quitó los vaqueros, tiró las playeras en medio del cuarto, se puso su camiseta de tirantes con la foto de Estopa y se tumbó en la cama mirando al techo, como si este fuera una enorme pantalla de cine capaz de traducir en imágenes sus propios pensamientos. ¡No podía creer lo que le acababa de suceder!

“A veces ocurren estas cosas. Casualidades de la vida. Coincidencias con las mismas historias que se escriben. Nada importante”, se dijo para tranquilizarse. Pero no podía tranquilizarse. Había reaccionado mal, se lamentaba ahora. Se había asustado mucho cuando vio a ese chico en el reflejo de la cristalera y él la llamó... ¡por el nombre de Lucía! De pronto, todo cuanto acababa de escribir en su cuaderno rojo, ¡todo!, parecía materializarse ante ella. Fue... ¡como ver un fantasma! Como estar viendo una película de terror en el sofá de tu casa y al girar la cabeza encontrarte al asesino de la peli agazapado tras el sillón. Lo mismo que sintió Camilo cuando sospechó que al otro lado del tabique había dos personas iguales a Clara y Juan Carlos... A ella le impresionó tanto encontrarse con ese chico llamado Camilo que salió de allí corriendo. ¿Qué podía haber hecho? Y ahora se arrepentía. Tendría que haberle preguntado, haber indagado... Pero no. Le dio miedo. Él la miraba con los mismos ojos, tenía el mismo pelo, el mismo aspecto que... ese Camilo Lamprú, el Camilo Lamprú protagonista de la novela que ella escribía y que, vagando por las calles de Santander en una noche lluviosa y fantasmagórica, iba al encuentro de una mujer llamada Lucía, la mujer de la universidad que había perdido el cuaderno negro en el autobús. Y de repente, todo a su alrededor comenzó a suceder tal como ella misma, Belinda, acababa de describir en su cuaderno

rojo, en esa cafetería. Pero lo único distinto, lo único inesperado, lo único realmente sorprendente fue que Camilo no se encontró con Lucía en el café Pombo como tendría que haber sucedido en el transcurso de su novela, sino con ella misma, con... la propia autora.

Ella tenía por costumbre ir a ese café Pombo a escribir. Y había utilizado ese lugar, su café preferido, para introducirlo en su novela como lugar de encuentro para sus personajes, Camilo y Lucía. Pero entonces, ¿cómo era posible que de repente llegara ese muchacho haciendo las mismas preguntas que su personaje... y que además fuera exactamente igual a como ella lo había descrito?

¿Un personaje que llega hasta su autora? ¿O tal vez un ser real, similar a un personaje inventado? ¿Qué estaba realmente ocurriendo? O tal vez una estúpida broma...

Ahora, sintiéndose a salvo del absurdo, tumbada sobre la cama, quiso rehacer los instantes que acababa de vivir en la cafetería, hacerlos pasar por su memoria a cámara lenta con el fin de discernir alguna señal que pudiera llevarla hasta una conclusión lógica.

Recordaba con una gran nitidez, como fotograma por fotograma, cada movimiento... Sus ojos se habían asomado a la calle desde el ventanal junto a su mesa. Acababa de cerrar el cuaderno. Le gustaba sentarse en las mesas que están junto a las ventanas, pues daban la impresión de estar un poco suspendidas sobre la calle y así, cuando alzaba la vista, podía seguir mirando las mil historias anónimas de la gente caminando. A veces incluso personas que pasaban por la calle en ese instante se convertían en parte de la historia que ella escribía, las atrapaba, los convertía en seres de ficción, en personajes, sin que ellos jamás llegaran a saberlo. Había terminado de escribir en su cuaderno rojo, lo cerró y miró por la ventana del café. Recordaba cómo se fijó en el reflejo de sí misma en el cristal. Solo ella y las mesas tras ella se reflejaban. Y entonces, de repente, apareció él. O mejor dicho, se dibujó su figura paulatinamente, como cuando un cristal lleno de vaho de pronto se limpia con aire caliente y deja entrever todo un mundo hasta ese momento oculto. Él la llamó por el nombre de su personaje, "Lucía". Con la misma naturalidad que cualquier personaje manifestaría al encontrarse con otro al que lleva tiempo buscando. Solo que ella no era ese personaje. No era Lucía. Era Belinda... la autora. ¡Sí, la autora que escribía la historia de Camilo!

“¡Porras! Supe que era él, *mi* Camilo Lamprú, nada más verle reflejado en el cristal. Y, sin embargo, racionalmente era imposible que estuviera ahí. ¡Pero estaba ahí, detrás de mí! Por un momento, tal vez solo un momento, no supe si era de día o de noche, pese a ser casi la hora de almorzar. Me pareció que todo se tornaba oscuro allí fuera, como si la noche se superpusiera al día. Pareció que las luces naranjas de las farolas y los neones de los comercios brillaban encendidos entre la niebla, igual que yo acababa de describir en la historia de Camilo, mientras él recorría la ciudad lluviosa en la noche en busca de Lucía. Solo fueron unos breves segundos, pero muy nítidos. Imagino que me volví hacia él como si estuviera viendo una aparición. Era él. ÉL. Coincidía tanto... que por un momento pensé en preguntarle: ‘¿Pero qué haces tú aquí?’. O tal vez en verdad se lo pregunté. No sé... Luego, cuando él me llamó por el nombre del personaje de mi novela,

confundiéndome con la Lucía que me acababa de inventar, rápidamente mi razón salió en mi defensa y pensé que se trataba de una maldita broma. Sí. ¿Pero de quién? ¿Acaso alguien ha leído lo que yo escribo, y ha previsto este encuentro con el fin de hacerse pasar por mi personaje, darme un susto, gastarme una broma... reírse de mí? Sí, es cierto que él intentó explicarse, pero yo tengo poco aguante para las bromas, lo reconozco... Esos programas de cámara oculta donde se crean situaciones artificiales para poner a prueba a la gente siempre me han parecido denigrantes. Y ahora, ¿qué puedo pensar? ¿Acaso estoy siendo víctima de uno de ellos? Por eso me largué. No le dejé hablar. Ahora me arrepiento. Sí, ¡claro que me arrepiento! Debería haber indagado, incluso haberle seguido la corriente... ¡Seré estúpida! Mi reacción fue absurda. Me levanté de la silla, me puse la chaqueta, cogí mi paraguas, mis libros y fue cuando le dije: ‘No me gustan las bromas. ¡Si no te apartas me pongo a gritar!’ . ¡Qué idiota, qué idiota fui!”.

Belinda recordó que las personas de las mesas cercanas dejaron sus conversaciones, o su periódico, y levantaron la cabeza hacia ellos. Él, aturdido bajo esa amenaza, la dejó pasar y ella corrió hacia las escaleras chocando con el camarero que subía en ese instante. “Supuse que él intentaría seguirme, convencerme de que habláramos, pero oí a mis espaldas al camarero que decía: ‘¡Eh, amigo! ¿Piensa irse sin pagar?’. Así que no pudo venir detrás de mí, y yo me largué de ahí a toda prisa”.

Belinda recordó cómo había salido de allí atravesando el pasillo lleno de humo y de obreros que pedían el menú del día. Nada tenía que ver con el ambiente de música de saxo y jóvenes que ella acababa de describir en su cuaderno rojo, y que era el ambiente que había los viernes por la noche en ese mismo bar, en el cual ella se había inspirado para situar la escena del encuentro entre Camilo y Lucía. Pero en el instante en el que el supuesto Camilo se encontró con ella no era de noche sino mediodía, la una de la tarde, y el bar se llenaba de gente que quería comer. Ella había salido a la calle dejando atrás a ese chico, ansiosa de respirar el aire fresco. La calle estaba gris, con ese resol plumizo que intenta asomar sin conseguirlo cuando se cuele una borrasca en los veranos del norte. Bajó corriendo por la acera para doblar al menos la primera esquina. Luego corrió hasta la siguiente y otra más. Doblaban indistintamente, derecha o izquierda, sin tiempo para pensar, sin saber bien adónde iba. Parecía una fugitiva. Lo peor de todo fue cuando se acordó del cuaderno. Solo cuando estuvo lejos del café se dio cuenta: ¡Maldita sea! ¡Lo había olvidado en la silla! ¡Había olvidado el cuaderno rojo, igual que le ocurría a Lucía, su personaje, que olvidaba el cuaderno negro en el autobús! Vaya, la ficción convirtiéndose de nuevo en realidad... Pero no podía volver, ahora no. Seguramente el camarero, al recoger las mesas, lo habría guardado. Iría luego a recuperarlo, esa misma tarde.

Ahora, en su cama, Belinda cerró los ojos intentando recordar de nuevo la cara de Camilo Lamprú. Sí, el chico del café era idéntico a como ella imaginaba a su personaje. Belinda no sabía aún cómo acabaría esa novela sobre Camilo... Tenía intención de que él se encontrara con Lucía y tal vez la propia Lucía le ayudara a buscar una respuesta a lo de su hermano. Quizá era una amiga, o una profesora de Chema... No sabía cómo aún. Lo único que tenía claro era que Camilo Lamprú, el protagonista de su historia, al final

descubría algo de sí mismo que no sospechaba, al igual que le había ocurrido a Chema. Y tal vez también llegaría a descubrir lo que sucedió con Chema. Ella sabía que Chema no se había suicidado. Pero aún no tenía claro si Camilo, en el transcurso de la historia, lo descubriría finalmente. Fue un fatal y estúpido accidente. Belinda hizo memoria de lo que tenía pensado escribir... Aquella noche de la desaparición Chema llevaba puesta su gorra, una gorra que él apreciaba mucho porque se la había regalado Nuria, la chica que le gustaba. Volviendo para casa, decidió acercarse a los acantilados para intentar despejarse un poco con la brisa del mar. Iba solo. La luna, además, estaba muy bonita y daba gusto contemplar su reflejo sobre el agua. Pero soplaba mucho viento y en una ráfaga la gorra se le voló, yendo a parar a los acantilados. La mala suerte quiso que en lugar de volar hacia el mar y perderse, quedara enganchada en unos matojos, unos metros debajo de donde Chema estaba. Él consideró estúpidamente que podría recuperarla, pero no contó con que el viento racheado le sorprendería y le haría perder el equilibrio, empujándole al abismo. Chema quería vivir, en ningún momento pensó en quitarse la vida. Sí, tenía un problema que le atormentaba, eso era cierto. Había descubierto que tenía un don, un don que le hacía ser distinto de todos, desconocido para los demás y también para sí mismo. Podía soñar cosas que luego sucedían, podía anticipar acontecimientos de la vida, propia o ajena. Y eso él consideraba que era algo muy extraño, a la vez que ridículo para contar y que los demás te creyeran. En definitiva, un secreto duro de compartir. Por un lado le gustaba ese don pero por otro le preocupaba, le atemorizaba. No era algo de lo que pudiera ir hablando por ahí sin que alguien le tachara de brujo, adivino, loco o cualquier otro calificativo igual de despectivo. Él odiaba los calificativos sobre sí mismo. Y se daba cuenta de que, cuando alguien es muy diferente a todos, se encuentra solo. Sí, se sintió aterrado al descubrir que no era el chico corriente que él creía haber sido hasta ese momento. Temía que eso le separase para siempre de los demás, y terminara convirtiéndose en alguien vulnerable. Además, no quería la responsabilidad de saber más que cualquiera sobre su vida o la vida de los otros. Saber implicaba actuar, dejar a un lado la indiferencia. Y él no quería desempeñar ese nuevo papel de sí mismo que acababa de descubrir. Quería ser como todos...

Pero Belinda aún no sabía cómo acabaría llevando a Camilo a estas conclusiones, o si realmente Camilo nunca podría descubrirlo... ¿Tal vez Camilo, finalmente, encontraría algún diario en el que su hermano hablara de lo que le ocurrió? Y a su vez, ella tampoco sabía aún qué era lo que Camilo iba a descubrir sobre sí mismo mientras buscaba el enigma de la muerte de su hermano. No, no lo sabía. En realidad, ahora que meditaba sobre la escritura de su novela, a veces había tenido la sensación de que la propia historia se escribía a sí misma, llevándola a ella por caminos que ni siquiera había imaginado. “¡Qué extraño! –pensó de repente–. También me pilló de sorpresa que el propio Camilo (a través de mi mano invisible) sospechara que esas dos personas que estaban acogidas en el apartamento de doña Paquita fueran Clara y Juan Carlos, los personajes de su novela. No tenía intención de inducir a mi personaje hacia esa sospecha, y sin embargo, apareció en mi cabeza repentinamente y me pareció interesante escribirlo. ¿Estoy paranoica? ¿Me está ocurriendo lo mismo que le sucedió a Camilo? ¿Estoy creyéndome

que me acabo de encontrar con mi personaje? ¡Es completamente absurdo!”.

Pero cuando una sospecha se instala en la cabeza es como un pájaro negro que se pasea por un jardín nevado. Picotea aquí y allá, dejando sus huellas por todas partes. Y aunque de nuevo alce su vuelo, ya nadie puede ignorar que estuvo allí.

“Esta tarde regresaré al café y recuperaré mi cuaderno. No creo que vuelva a ver a ese tipo. Seguiré escribiendo como si tal cosa. Prefiero no pensarlo más”.

En ese momento, una alarma sonó en la escalera. Desde su cama, oyó el jaleo de los vecinos que salían de sus viviendas a ver qué ocurría. Belinda se desentendió del alboroto. De vez en cuando se disparaba alguna alarma en alguna de las viviendas sin aparente motivo. Fue al baño a asearse. Estaba sudando, por la carrera desde el café. Se refrescó la cara, los brazos, el cuello... Pero el bullicio en la escalera pareció incrementarse. Nadie detenía la sirena impertinente. Se recompuso la coleta frente al espejo, dejó que el agua corriera por sus antebrazos. Al poco, oyó el trote de alguien bajando los peldaños con prisas, seguido de voces y gritos procedentes de los pisos de arriba. Belinda se secó y, aún con la toalla en la mano, llegó hasta la ventana del salón, la que quedaba situada sobre el portal del edificio. ¿Qué diablos pasaba? Movié el visillo. Vio a alguien que salía con precipitación de la vivienda y se encaminaba unos cuantos pasos acera abajo. Belinda miró con estupor la figura que se alejaba por la calle. Un sudor frío le recorrió la espalda, como un cuchillo que le obligara a ver lo que realmente tenía delante de sus ojos.

“¡Dios mío, es él! ¡Intenta... regresar a su casa!”.

En ese instante el chico se volvió. Pareció mirar hacia la ventana donde ella se asomaba, pero no la reconoció. Belinda dejó caer el visillo, como por instinto. ¿De qué tenía ella que esconderse?, se preguntó con el corazón acelerado mirando la calle a través del visillo translúcido.

No quiso comer nada. Tenía un nudo en el estómago. Se echó en el sofá, junto al gato de Lina, y ahí estuvo, mirando al techo sin poder pensar con lucidez, hasta que llegó el novio de su compañera de piso a recoger unos cedés. El gato saltó de su lado y salió a recibirle. Como era su costumbre, el animal se subió al aparador de la entrada y frotó el lomo contra la horrible figura de Lladró, ese cazador con perro que el novio de Lina (de profesión cleptómano) había robado en la planta de regalos de El Corte Inglés, hacía ya unos meses, en uno de los arrebatos de amor en los que solía demostrarle a Lina su pasión robando cosas absurdas para ella. Ella había utilizado esa figura de porcelana en la novela que escribía, que a su vez fue utilizada por Camilo en su novela sobre Clara...

—¿Belinda? ¿Estás aquí?

Hubiera deseado hablar con alguien pero no se atrevió a contarle nada. Se levantó, decidió comer algo de pollo y regresó al café con la intención de recuperar el cuaderno rojo.

* * *

Escribimos para ser lo que somos o para ser aquello que no somos. En uno u otro caso nos buscamos a nosotros mismos. Y si tenemos la suerte de encontrarnos —señal de creación—

Camilo solo aceptó que algo había sucedido cuando, bajando desde su casa, llegó al final de la calle, se encaminó hacia la playa, y se sentó en los jardines, en un banco del paseo de Pereda. Una vez allí se obligó a sí mismo a mantener la calma. Le temblaban las manos. Le temblaba el cuerpo entero.

“Tranquilo, Camilo, tranquilo... Todo tiene una explicación. Seguro que la tiene”.

Y en medio de su confusión, decidió que lo mejor era repasar en su cabeza los últimos acontecimientos, paso por paso, todo cuanto recordaba, lo que había sucedido desde que había encontrado a esa chica en el café, a fin de hallar, tal vez, algún atisbo de luz, alguna explicación racional a cuanto acababa de vivir... Y así, sentado en ese banco frente al mar, hizo que sus pensamientos volvieran al escenario del que apenas había salido hacía un rato: el café-bar Pombo...

Una voz lejana irrumpió en su memoria... el camarero que le había atendido...

—Señor... disculpe... señor... vamos a servir comidas. Debe pedir un menú o bien marcharse de esta mesa.

Eso fue lo primero que recordaba, lo que le hizo volver en sí. La voz del camarero sacándole del ensimismamiento en el que había caído desde que esa chica, quienquiera que fuese, huyó despavorida del café.

Camilo recordaba ahora que cuando alzó la vista desde la mesa, el camarero le resultó completamente desconocido. Le miraba con cara de pocos amigos, le instaba (sin mediar apenas palabra) a que se levantara y se largara de una vez porque esa zona, de una del mediodía a cuatro de la tarde, recalcó, estaba reservada para las comidas, y no podía estar ocupada por una persona que solo había consumido un café y se dedicaba a leer un cuaderno. La gente tenía que almorzar, y al fin y al cabo, leer lo podía hacer en su casa, en un parque o en la misma playa. Así, por supuesto, no es como se lo dijo el camarero, que desplegó, aunque implacable en sus requerimientos, su amabilidad ensayada y automatizada de personal instruido en el servicio al público para que Camilo ahuecara el ala de allí cuanto antes. Camilo miró alrededor como si regresara de un largo viaje y el tren acabara de hacer su entrada final en el andén de una estación desconocida que no apareciera marcada en la ruta de los ferrocarriles. Sin embargo, fue incapaz de apreciar de forma inmediata los cambios que se habían producido a su alrededor. Las mesas habían sido cubiertas con manteles blancos, y sobre algunas de ellas estaban perfectamente alineados los cubiertos, las servilletas, las copas de vino y agua, un cestito con pan, un florero con una rosa roja o amarilla de tela... El suelo, lejos de mostrarse sucio y lleno de servilletas, palillos y restos de comida como lo estaba cuando él entró, aparecía completamente limpio y seco, pese a que él mismo había dejado un buen reguero de agua a su paso. Pero todo esto no surtió efecto inmediato en él. Como Camilo no se decidía aún a levantarse, el camarero llegó hasta su mesa, le retiró la taza de café con cierta brusquedad, le pidió que alzara el cuaderno rojo, y sin ningún miramiento extendió el mantel blanco como una ola que llegara sorpresivamente a la playa para

mojarle por completo y devolverle a la realidad. Camilo había estado demasiado concentrado leyendo aquel cuaderno rojo que esa chica se había olvidado en la silla cuando salió huyendo de allí. Ahora, aún aturdido, mientras el camarero revoloteaba alrededor, rememoró de nuevo los momentos del encuentro intentando comprender qué es lo que había sucedido...

Recordaba que cuando entró en el café más allá de la media noche ella escribía. Cuando dejó de escribir, Camilo se levantó de su mesa. Entonces tuvo esa certidumbre: no, ella no era la chica del autobús, ni la de la moto. Y sin embargo, ¿por qué sabía, por qué tenía el pleno convencimiento de que era con ella con quien debía encontrarse? La chica, que miraba por la ventana, se asustó mucho al verle a él reflejado en el cristal, o eso le pareció. Camilo recordaba que el reflejo de sí mismo se había ido dibujando lentamente en la cristalera, poco a poco, como si el cristal estuviera empañado y de repente se desempañara. Casi le pareció, por unos instantes, unos segundos quizá, que ahí afuera se hacía de día, de una forma prodigiosa e imposible. Luego, otra vez, regresó la oscuridad. Al principio no sucedió nada. La chica miraba hacia la calle, oscura y a la vez blanquecina por los neones y la niebla. Hasta que de pronto, ella se fijó en lo que había en el cristal detrás de su reflejo. Y lo que había detrás de ella era él, Camilo, que la observaba con una mirada oscura, fijamente, una mirada que cualquiera hubiera confundido con la de un lobo. Él la llamó: “¿Lucía? ¿Eres Lucía?”. Ella, entonces, se volvió y ahí fue cuando sus miradas se encontraron de verdad, frente a frente. Hubo sorpresa absoluta, la perplejidad de ver un fantasma. Algo así fue. Ninguno de los dos pudo apartar la vista del otro, sino que se quedaron mirándose sin poder reaccionar pero reconociéndose al instante. Eso fue lo más extraño de todo, pensó ahora Camilo: sentir que ella le reconocía. Y que, no siendo ni la chica del autobús ni la chica de la moto, tampoco le resultaba del todo desconocida a él. Ella reaccionó como presa por un pánico incomprensible.

—No... No soy Lucía... no soy ella. ¿Quién... demonios... eres... tú?

Fue algo absurdo, porque ella preguntó pero parecía que no estaba dispuesta a escuchar.

—Me llamo Camilo... Camilo Lamprú. Solo quería hablarte de un cuaderno que encontré en un autobús. Me dijeron que tal vez pudiera ser tuyo. Pero... si no eres Lucía...

Pero la chica escapaba ya casi empujada por sus palabras. Recogió rápidamente sus libros sobre la mesa, apartó a Camilo que le interrumpía el paso y se dirigió hacia las escaleras. Él quiso seguirla pero el camarero le detuvo. La cuenta estaba sin pagar. Camilo sacó el dinero. Solo tenía un billete de cincuenta euros. No estaba su economía para dejar propinas de cuarenta y ocho euros. No le quedó más remedio que esperar las vueltas. Y ella se le escapó. Luego, mientras aguardaba impaciente la llegada del camarero, se percató de que había algo de color llamativo en una de las sillas que rodeaban la mesa donde la chica había estado sentada. Su cuaderno rojo. ¡Se lo había dejado olvidado! Camilo sintió una especie de euforia. ¡Otro cuaderno! Vaya... La historia se repetía. Pero si tenía el cuaderno, algo que desde luego debía de ser

importante para esa chica, seguro que volvía a dar con ella. Miró a su alrededor para comprobar que nadie le observaba. Una comprobación estúpida. Él no estaba robando. Esta vez no. Se sentó de nuevo y cuando el camarero llegó a los diez minutos con el platillo de las vueltas, le pidió otro café. El camarero suspiró con desgana y miró el reloj. Camilo también miró el suyo. Aún eran las dos y media de la madrugada y quedaba una hora para el cierre. Camilo abrió el cuaderno rojo. Lo leyó de principio a fin...

Sí, recordaba que lo leyó. Pero no recordaba qué pasó a su alrededor mientras lo leía. No recordaba nada... salvo lo que había escrito en ese cuaderno. Y, después, mientras el camarero colocaba los cubiertos sobre el mantel blanco y le apremiaba con su ajeteo a que recogiera sus cosas y se fuera de allí o bien pidiera un menú, Camilo ya no sintió esa euforia por haber encontrado el cuaderno, sino una inmensa preocupación por lo que había leído. ¿Qué significaba todo aquello? ¿Quién era esa chica que tanto sabía de él?

Ante las insistencias del camarero, se levantó, cogió el chubasquero. Estaba completamente seco. Pero... ¿cuánto tiempo había permanecido en ese café? Fue entonces cuando se percató de que no recordaba nada de lo que había sucedido a su alrededor desde que ella se había marchado. Había perdido toda noción de tiempo y ubicación. Miró por la ventana: ¡Pero si... era de día! Miró las mesas como si se fijara en ellas por primera vez: ¡Hora de comer! El camarero tenía razón, con esa perorata que Camilo apenas escuchaba. Pero no podía ser... ¡era materialmente imposible! Él había entrado por la noche, sobre la una y media, o dos... más o menos. El bar estaba lleno de jóvenes. Sonaba música de saxo. Cuando la chica se fue eran las dos y media de la madrugada. El bar cerraba a las tres y media. Él no podía haberse quedado ahí toda la noche. ¿Qué había sucedido durante esas horas? No recordaba nada, solo lo que había estado leyendo: su propia historia, y la historia de su propio hermano, y la historia que él escribía sobre Clara y Juan Carlos. Ahí estaba todo. Escrito en ese cuaderno rojo. ¿Qué estaba pasando? ¿Qué significaba todo aquello?

—Disculpe... —se dirigió al camarero—. ¿Cerraron anoche el bar?

El camarero no le miró, sino que contestó mientras seguía disponiendo los cuchillos en la parte derecha de los platos.

—Los camareros también dormimos. El horario lo tienes en la entrada. El bar se cierra a las tres y media, no hay licencia para más. Y abrimos a las ocho de la mañana, para atender desayunos. Otro turno de camareros, claro.

—¿Puede decirme... desde qué hora estoy yo aquí?

El camarero ahora sí le miró y se detuvo en su quehacer, con cuatro copas enlazadas hábilmente entre los dedos.

—Escucha, será mejor que vayas a dormir la mona, muchacho. No me he fijado en ti hasta hace un rato. El café te lo debió de servir mi compañero.

Camilo no quiso indagar más. Recogió sus cosas, bajó las escaleras y se detuvo en la barra. Le sorprendió el ambiente que encontró en la planta de abajo, tan distinto al de la noche, cuando se suponía que había entrado. Ahora todo estaba lleno de obreros y gente tomando aperitivos, esperando a que los acompañaran a las mesas para comer. El camarero de la barra se le acercó.

—Joven, ¿qué le sirvo? —preguntó mientras recogía dos jarras vacías y limpiaba el hueco de la barra que ocupaba Camilo.

—No..., nada... me voy. Esto, hummm... ¿puede hacerme un favor? Si viene una chica preguntando por este cuaderno rojo, ¿le dice que lo puede encontrar en este teléfono?

Camilo le extendió un trozo de papel con su nombre y su número de móvil.

—Creo que sé quién es —dijo el camarero al ver el cuaderno—. Salió hace un rato.

—¿Hace un rato?

—Sí... como hace una hora, hora y media más o menos... Puede dejar aquí el cuaderno, nosotros lo devolveremos, no se preocupe —se ofreció—. Ella suele venir a menudo.

Camilo estaba perplejo. ¿Salió hacía una hora? ¡Pero si él la encontró por la noche y ella se fue enseguida!

—Joven... ¿quiere algo más? Le digo que puede dejar el cuaderno aquí con toda tranquilidad...

—No... Son... apuntes de la universidad —mintió Camilo—. Prefiero dárselos personalmente. Pero ella no tiene mi número...

El camarero cogió el papel y lo pinchó en un panel de corcho, donde pinchaban las cuentas de los clientes.

—Descuide, se lo daré.

Salió del café y tomó la dirección hacia su casa. Caminó despacio, arrastrando los pies por las aceras. Verdaderamente parecía vivir en un sueño. O, mejor dicho, formar parte de una pesadilla. En tan solo unas horas, su vida se veía envuelta en una serie de misterios de los que sin lugar a dudas y sin haberlo buscado ahora formaba parte. Y no solo porque hubiera encontrado aquel día en el autobús ese dichoso cuaderno negro que contenía la historia titulada *Sin retorno*, y que parecía tener relación con lo que le había sucedido a Chema. Ni porque hubiera decidido introducir ese cuento (además del cuento de *La Musa* inventado por él mismo) en la novela que escribía sobre Clara y Juan Carlos. Ni tampoco porque las dos personas que doña Paquita tenía durmiendo al otro lado del tabique de su casa le hicieran sospechar que tenían mucho en común con los personajes de la novela que él mismo escribía, hasta el punto de que se llegó a preguntar (estúpidamente, claro) si acaso no serían ellos... Sino porque ahora, Camilo, él mismo, al parecer también formaba parte de una novela que una chica a la que no conocía de nada escribía, con todos los detalles inimaginables, sin saber cómo ni por qué ni dónde podía haberlos adquirido. ¡Era como para volverse loco! ¿Cómo había llegado alguien a conocer tanto de su vida privada? Todo cuanto había leído, todo cuanto había sido escrito por esa chica era tan reconocible para él como si allí, en ese cuaderno de pastas rojas, ahí, ante sus propios ojos, tuviera su propio diario personal y no la novela escrita por otra persona. Pero es que él nunca había escrito un diario: los odiaba y, por tanto, nadie podía haber husmeado en él. Entonces, ¿cómo era posible que su propio nombre y apellido, Camilo Lamprú, fuera el nombre y apellido con el que ella había bautizado al protagonista, incluso que cursara los mismos estudios y escribiera la misma novela que él escribía sobre Clara y Juan Carlos, y tuviera un hermano llamado Chema que había

muerto igual que el suyo? ¿Acaso le habían pirateado el ordenador y alguien le había plagiado su novela? Bien, eso podía explicar UNA PARTE del problema. Pero, ¿cómo se explicaban otras cosas, cosas íntimas de sí mismo, movimientos, pensamientos o reflexiones, sentimientos que solo él sabía y que nunca había comentado con nadie? ¿Y cómo pudo él entrar en el café por la noche y acabar saliendo casi doce horas más tarde, cuando supuestamente habían cerrado a las tres de la madrugada, sin que él recordara nada? La cabeza le daba vueltas. Solo era posible una explicación: se trataba de una mala pesadilla. No había otra. No, no la había. Racional no, desde luego. “La razón por encima de todo, Camilo. Igual estás enfermo. Igual te echaron algo en la bebida que te sentó mal. Una droga que te produce alucinaciones. Sí, eso será”.

Pero llevaba el cuaderno rojo en la mano, como prueba irrefutable.

Alejándose de ese café de pesadilla, quiso dejar de pensar mientras caminaba por las aceras, iluminadas ahora por un resol pálido que seguía luchando contra la bruma. Las mismas calles de la noche ahora le parecieron distintas calles. La misma ciudad parecía otra ciudad. Él mismo parecía otro, completamente desconocido para sí mismo, se dijo mirándose en el cristal de una panadería. La lluvia de la noche se había esfumado. Olía intensamente a humedad, a mar, a salitre. Quiso obligarse a pensar en otra cosa. Pero no podía dejar de dar vueltas al asunto.

En las dos últimas páginas escritas en el cuaderno, la chica había descrito esa búsqueda exacta de Camilo por las calles de Santander cuando él abandonaba la casa en plena noche tras recibir la llamada telefónica del conserje de la universidad. La llegada a la plaza, tan fantasmagórica como él la había percibido. La entrada al café en la parte de abajo, tan abarrotada. Su intento de escapar, de salir, su encuentro con el camarero que le informó de la existencia de la parte de arriba. La subida por las escaleras, la descripción de las mesas, los muchachos que se levantaban, la chica del fondo que escribía, esa supuesta Lucía... Cómo él la observaba, la miraba desde una mesa vacía, el tiempo que transcurría mientras ella escribía sin parar. Instantes que parecían suceder simultáneamente mientras ella los iba escribiendo. Y de pronto, ¡ahí se acababa todo! Ella había dejado de escribir justo en ese momento, en el momento en el que él la observaba escribiendo. Todo lo demás estaba en blanco. Fin de lo escrito en el cuaderno rojo. Y entonces fue cuando sus miradas se encontraron en el reflejo del cristal. Ahora entendía esa mirada. Era una mirada de sorpresa, de perplejidad absoluta mezclada con un miedo animal a lo desconocido.

Mientras se alejaba del café en dirección a su casa, Camilo había ido barruntando todo eso. De pronto, había sentido una gran pesadez en su cuerpo, creyó que iba a desmayarse allí mismo, en medio de la acera. Y deseó desmayarse, perder la consciencia, sin saber exactamente por qué. Creyó que se caería impulsado por su propio deseo. Luego, se haría una brecha al dar su cabeza contra el suelo, sangraría, quedaría inconsciente, le llevarían a urgencias, despertaría horas más tarde y... ya todo volvería a ser igual que siempre.

Pero no se desmayó, no hubo brecha, ni lapso de consciencia. Y las preguntas de pesadilla continuaron. Pero, ¿acaso no era lo mismo que le había sucedido a él con Clara

y Juan Carlos? ¿Acaso a él mismo no le había sorprendido la supuesta presencia de esos dos muchachos desconocidos al otro lado del tabique? ¿Y no fue el miedo o la incertidumbre que él sintió cuando leyó la nota que doña Paquita introdujo por debajo de la puerta, el mismo miedo que vio en la cara de esa chica cuando ella se percató de su reflejo en el cristal?

“Algo ha pasado, Camilo –se dijo–. Algo ha pasado justo entre el momento en el que tú te reflejaste en el cristal y el momento en el que ella vio tu reflejo. Algo pasó... Te pareció que se hacía de día. Te pareció que el sol pálido recorría las aceras. Pero era de noche. Y luego ya no recuerdas. Solo leíste. Y cuando cerraste el cuaderno rojo, ya era otro tiempo. ¿Las horas... saltaron?”.

Un camión de la basura pasó rápido mientras él se disponía a cruzar la calle sin mirar. Un pitido y un frenazo le hicieron pararse en seco junto al bordillo, y a punto estuvo de ser atropellado.

—¡Eh! ¿Pero es que no miras por dónde vas? –gritó malhumorado el conductor sacando la cabeza por la ventanilla.

Y de repente, como si con ese susto le llegara la revelación, pensó: “O tal vez mis ojos habían estado cerrados, y se abrieron en ese instante... Por primera vez”.

Camilo se dio cuenta de que recordar todos esos momentos le producía un profundo cansancio. Decidió sentarse en un banco del paseo de Pereda, frente al mar. La brisa salada le daba en la cara. Y siguió recordando lo que pasó después, cuando llegó exhausto al portal de su casa.

Había encontrado entreabierta la puerta del portal, por lo que no tuvo necesidad de sacar la llave. Subió las escaleras y se topó con un hombre al que no conocía de nada. Se saludaron educadamente. En el piso segundo Camilo vio que estaban puliendo el suelo y pintando las paredes. Olía mucho a pintura. En realidad, a partir de ese piso las paredes estaban pintadas con una pintura nueva de color ocre, y no blanca, como cuando él había salido de su casa por la noche. Camilo no se extrañó, pues seguramente la comunidad de vecinos habría contratado esas obras de mantenimiento, de las que él no tenía ninguna información.

Subió los cinco pisos, hasta que se encontró ante la puerta de su casa. Se fijó en el felpudo. El felpudo estaba limpio, sin barro. Qué raro... tal vez doña Paquita lo habría sacudido... El *Welcome* le daba la bienvenida. Introdujo su llave, pero no logró girarla, como si hubiera algo dentro de la cerradura. Intentó, entonces, sacarla pero no pudo. Estaba atascada. Empujó la puerta. Y con los empujones comenzó a sonar una alarma. Camilo se asustó. Su casa nunca había tenido alarma. Bueno, quizá sus padres habían llegado la noche pasada y por la mañana había ido un técnico a instalarla sin que él supiera aún nada del asunto. En ese momento se abrió la puerta de doña Paquita. La alarma no detenía su estridencia, propagando sus pitidos escandalosos por el hueco de la escalera. Los vecinos de otras plantas, molestos, ahora se asomaban a los rellanos y miraban hacia arriba con curiosidad. La puerta de doña Paquita se había abierto, sí. Pero en el zaguán no asomó doña Paquita, sino una mujer joven, en bata, con un bebé en brazos y un biberón en la otra mano.

—¿Qué ocurre? ¿Quién es usted y qué hace aquí? —le increpó.

Camilo se quedó observando a esa mujer a la que no conocía de nada y que le miraba con desconfianza absoluta. ¿Sería la hija fugada de su vieja vecina, que había regresado?

—¿Y doña Paquita?

—¿Qué quiere usted de mi madre? —preguntó con recelo la mujer mientras seguía sonando la alarma igual que un perro guardián rabioso.

Desde el interior de la vivienda de su vecina, la voz de una anciana llamó a la mujer que llevaba el bebé. “Doña Paquita está ahí dentro”, pensó Camilo.

—¡Doña Paquita! ¡Doña Paquita! —gritó desde la entrada, ignorando a la mujer del bebé.

Doña Paquita salió hasta la entrada.

—¿Pero qué demonios ocurre?

—¡Eso digo yo! ¿Qué ocurre? ¿Han regresado mis padres? ¡No me sirve la llave, doña Paquita!

—¿Quién eres tú, muchacho? ¿Te conozco de algo, hijo?

Ahora doña Paquita le miraba a través de unas gafas. Él nunca la había visto con esas gafas. Le miraba sin reconocerle.

—¡Soy Camilo! Su vecino. ¡Vivo aquí! Anoche me dejó un esqueje en el felpudo y una nota... ¿No recuerda? Tenía dos invitados...

—¿Camilo? ¿Mi vecino? ¿Qué nota, muchacho? ¿Eres uno de esos abogados que trabajan aquí? ¡Nunca te había visto, hijo!

Camilo estaba atónito. Era como si a doña Paquita le hubiera dado un ataque de amnesia.

Con la escandalera de la alarma, que seguía sonando, subió un hombre, seguido de más gente, todos en comitiva. Se suponía que vecinos. Camilo no reconoció a ninguno.

—¿Qué escándalo es este? —preguntó el hombre que encabezaba el grupo.

Llevaba un uniforme azul, como si perteneciera a una empresa de conserjerías. Era, efectivamente, el conserje de la vivienda. Pero Camilo recordó que en su vivienda no habían tenido nunca un conserje, sino una portera, doña Adelaida.

—A ver, muchacho, ¿a quién buscas y por qué intentas abrir esta puerta? —le preguntó muy amablemente pero con cierto retintín en la voz.

Camilo aún no había sacado la llave de la cerradura, seguía atascada.

—Vivo aquí —explicó algo azorado por el revuelo que estaba montándose a su alrededor—. Mis padres han debido de llegar de su viaje... y creo que han instalado una alarma y cambiado la cerradura. Y yo llego ahora... Por eso no sirve mi llave.

—A ver, hijo. Aquí, lo que se dice vivir, vivir... no vive nadie —explicó el conserje—. Este piso es un piso de abogados, es una empresa, ¿comprendes? Una S.L., una sociedad limitada. ¿No has visto la placa abajo, junto a los telefonillos? Un bufete de esos. Este mes cierran por vacaciones. Lo sé, no porque nadie me lo haya dicho, ¿sabes? Pero yo me entero de todo y lo recuerdo todo. Todo... ¿comprendes? Por eso sé que no hay nadie y que hasta el mes que viene no vuelven. ¿No estarás borracho, verdad, hijo?

Y el hombre se inclinó sobre Camilo para olerle el aliento.

—Pero yo... yo... vivo aquí. Anoche salí de esta misma casa... —Camilo intentaba parecer convincente—. ¿Es esto una broma? ¿Hay acaso una cámara oculta por alguna parte? No tiene gracia... ¡Y si esto es una broma, les advierto que lo denunciaré!

Camilo alzó la voz por encima de la alarma, mientras los vecinos le miraban atónitos y comenzaban a murmurar entre ellos. Algunos con verdadero fastidio, hartándose ya de la situación y de la sirena que atronaba. En ese momento un guardia con enorme barriga, de la empresa de seguridad a la que pertenecía la alarma, subió las escaleras con un fatigoso resuello y cara colorada como si estuviera a punto de estallar. Había sido enviado por su empresa para comprobar la causa de la emergencia.

—¿Qué pasa aquí? ¿Alguien intenta robar en casa ajena? —el guardia miró a Camilo, que seguía sin lograr sacar la llave.

Camilo no salía de su asombro, la cosa se estaba poniendo bien fea para él. Y solo una cosa tuvo clara: lo mejor sería seguir el juego y escapar de allí cuanto antes.

—Nada, creo que ha sido un error... Lo siento. Igual... me he confundido de portal... y no puedo sacar la llave...

Y echó a correr escaleras abajo antes de que el guardia decidiera retenerle y llamar a la policía. Mejor dejarlos. Ya se aclararía el asunto.

—¡Eh... chaval...! ¿Dónde crees que vas? —gritó el guardia, pero su enorme barriga y respiración entrecortada le impidieron seguir el paso de Camilo.

Camilo siguió bajando al tiempo que escuchaba atónito todo cuanto se comentaba en la escalera.

—¡Bah... déjelo usted! El chico debe de venir bebido... —intercedió el conserje ante el guardia—. Se van de juerga por la noche y por la mañana ya no saben ni dónde viven. Yo me fijo en todos, los conozco a todos... Sé de qué van...

—¡Usted, usted, usted... que tanto presume de conocerlo todo y saberlo todo y fijarse en todo y en todos! ¡Usted, el gran sabelotodo! —escuchó Camilo en su escapada protestar a una mujer que, por la voz, debía de ser bastante vieja—. ¡En lugar de estar de cháchara en la acera con los barrenderos, debería fijarse en quién entra y quién sale de este portal! ¡Y ayudar a las vecinas a subir las bolsas de la compra! Ayer mismo llegué cargada con un enorme bonito que me tocó en el supermercado. Y solo gracias a la ayuda de Belinda, la chica del segundo, pude subirlo. ¿Y dónde diablos estaba usted, eh?

Camilo oía todo desde la distancia... ¿Qué diablos ocurría ahí? Esa mujer... ¡parecía la misma anciana con quienes sus personajes, Clara y Juan Carlos, se encontraban en el supermercado!

Cuando alcanzó la calle, el joven se volvió a mirar la fachada, hacia las ventanas. Todo estaba como siempre. Al menos lo parecía. Tras los visillos del segundo piso, notó que alguien le observaba y se ocultaba cuando él dirigió hacia allí la vista. No pudo distinguir su rostro.

Lo siguiente que pensó es que seguramente se habría equivocado de portal. No le parecía, pero recorrió la calle, arriba y abajo, indagando. No localizó ningún otro portal que reconociera como suyo, salvo ese donde acababa de estar.

Y así, tremendamente confundido, agotado, llegó hasta el paseo de Pereda, donde

ahora mismo estaba sentado, mirando el mar, recordando lo sucedido e intentando encontrar una explicación lúcida a todo.

“¿Qué está pasando? ¿Quién diablos ha montado esta broma de tan mal gusto?”. Pero, ¿era una broma? No era normal que una broma de este tipo se dilatara tanto tiempo.

Pensó en la posibilidad de estar muerto... Igual había sido atropellado de verdad por el camión de basura, o había caído por una escalera en el propio café... O de verdad se desmayó en la acera y ahora estaba en una UVI, inconsciente, soñando que seguía despierto, esperando a despertar tal vez de un coma, como el personaje de su novela, como Ismael. O tal vez estaba más allá de la muerte. En otro mundo. ¿Y si era eso? ¿Y si estaba en coma? De pronto se acordó del móvil. ¡Sí! Ahí tenía la agenda con los teléfonos de todos sus amigos y de su familia. Llamaría a su familia. Les explicaría... Su abuela, que vivía en Madrid, tenía una llave del piso. Igual sabía algo.

Uno a uno fue llamando. Primero a su familia. Luego a los amigos. Primero a los amigos más amigos. Luego, a los solo conocidos. Llamó incluso a la universidad con la intención de hablar con Gemma, su jefa en la biblioteca. Y en todas las llamadas una voz grabada procedente de la compañía telefónica le respondió con la misma cantinela: “El número marcado no existe”.

A las cuatro de la tarde, Camilo recibió una llamada al móvil. Curiosamente su número sí existía. Era esa chica. En el bar le dieron el teléfono, le explicó. Dijo llamarse Belinda, no Lucía. Hablaron un rato sobre lo acontecido. Ambos creían ser víctimas de la broma del otro, se hicieron reproches mutuos, hubo subidas de tono, mil explicaciones, hasta que finalmente, claudicaron. Poco a poco fueron percatándose de que no era una broma, ni una conspiración, ni nada tenía que ver con el espionaje de ordenadores. Se dieron cuenta de que los dos estaban igual de perplejos, de abatidos, de confundidos, de... solos. Algo grave había sucedido. Y ninguno tenía la respuesta. Quedaron en verse en una terraza del paseo de Pereda, sobre las siete.

* * *

Las horas restantes hasta su cita a Camilo se le estiraron hasta el infinito. Pero para esperar sin desesperación el paso del tiempo lo mejor es ocuparlo en algo, y por eso Camilo decidió pasear por la playa, como si ese paseo de verdad le importara. De todos modos, no había lugar donde él pudiera ir. Ese día, parecía un exiliado del mundo. De repente, le volvió a la cabeza el relato contenido en el cuaderno negro que encontró en el autobús: *Sin retorno*. ¡Qué curioso! Ese relato que pensó que hablaba de lo que le sucedió a su hermano, en realidad se había transformado en un relato que hablaba de... ¡él mismo! Se sentía como el protagonista, como Martín, perdido en medio de las calles de su propia ciudad, pero incapaz de encontrar la Gran Vía y regresar a su casa. ¿Dónde, dónde, dónde estaba ahora todo su mundo?, se preguntaba con desesperación Camilo. Sintió un escalofrío bajando por su espalda. ¿Entonces ese maldito cuento del autobús en realidad nunca habló de su hermano Chema sino que hablaba de él, de sí mismo, de Camilo Lamprú, y fue una señal, una premonición de lo que iba a ocurrirle? Todo era confuso, pero cuadraba. Él había intentado regresar a su casa, y su casa ya no era su casa.

Su mundo ya no era su mundo. Se sintió como Martín, llamando a la ventana donde se celebraba la fiesta sin que nadie le abriera, recorriendo las calles de su propia ciudad sin poder llegar a ningún sitio donde hubiera una huella de él. ¿Qué diablos había sucedido?

La tarde avanzó desapacible, con esos nubarrones y ese frente frío que de vez en cuando se cuele en los veranos del norte, con nubes que discurrían veloces y caprichosas sobre la ciudad, permitiendo instantes de sol para inmediatamente atraer el nublado, desgajando en esos vaivenes las sombras de las cosas sobre el suelo, disolviéndolas, agrisándolas, desvaneciéndolas, como si de repente alguien les robara el alma. Los veraneantes no sabían si bajar a la playa o tal vez refugiarse a tomar chocolate con churros en alguna cafetería. Luego, ya entrada la tarde, el viento se calmó, engañoso, y el sol se arrellanó en mitad del cielo, rodeado de nubes amenazantes, como para asistir con la tranquilidad de un viejo caprichoso a su propia puesta de sol. Solo sería la pequeña tregua que daría paso a la lluvia impertinente, y que no tardaría en aparecer.

Camilo pensó en sus personajes, Clara y Juan Carlos, mientras hundía sus pies en la arena mojada. ¿Acaso aún creía que podría seguir escribiendo sobre ellos? Bueno, bien podría hacerlo, tenía su portátil en la mochila... ¿Pero tendría sentido escribir sobre ellos ahora que ni siquiera sabía quién era él mismo? Las preguntas se le agolpaban en las sienes en forma de palpitaciones. Pensó en la conversación mantenida con la chica, con esa tal... Belinda. Parecía sincera, lo cual lo volvía todo más incomprensible. La idea de la broma hubiera sido lo menos malo, lo más soportable. Pero ahora la realidad se le echaba encima, sin que él supiera dónde estaba exactamente esa realidad. Comenzaba a tener una teoría pero le parecía descabellada y siniestra. Y no podía evitar que desde la conversación mantenida con Belinda le acechara otra pregunta...

Camilo se agachó a recoger una concha medio astillada de color marrón. Ya quedaban pocas conchas en las playas. La tiró con fuerza hacia las olas, la devolvió al mar antes de que alguien, detrás de él, la viera en la playa y la sacara de allí para hacer un collar o una pulsera o un horrible marco donde colocar la foto del verano encima del aparador. Miró al horizonte, a ese mar donde había muerto Chema. La pregunta le llegaba siempre como una ola desde playas lejanas: ¿Qué descubrió Chema ser que en realidad no era? Pero hoy la pregunta, lo sabía, iba dirigida a él: “¿Y qué eres tú que en realidad no sabes que eres, Camilo? ¿Qué ocurrirá si descubres que no eres lo que crees ser? Di, Camilo, ¿qué ocurrirá? Todo siempre puede ser otra cosa que nunca sabes. Incluso uno mismo”.

Tal vez, pensó de pronto con una tranquilidad pasmosa que le sorprendía, no quisiera contestarla nunca. Tal vez prefiriera mirar hacia otro lado, como miró hacia otro lado cuando Chema quiso hacerle partícipe de su descubrimiento y él se negó a saber. Ahora, de repente comprendía que la historia de Clara y Juan Carlos se le había ido de las manos. La misma novela que escribía le había ido llevando, sutilmente, por caminos imprevistos y desconocidos. Hacia una pregunta cuya respuesta tal vez ya no podría evitar por más tiempo. Y no quería. No quería responderla. ¡Mierda!

Dejó la playa, se calzó y salió de nuevo al paseo. Al pasar frente al casino vio una exposición anunciada con grandes carteles: *Escher, el universo de lo imposible*. Se sorprendió de verla allí. La entrada era libre y decidió entrar. Solo había unos veinte

grabados. Nada tan impresionante como la que había visitado en Madrid. Paseó despacio, prolongando los minutos frente a los grabados, deteniéndose un tiempo ilimitado, casi injustificado, como si en esos grabados pudiera encontrar una pista. Llegó al de las manos que se dibujan solas. Recordó a Chema y su habitación empapelada con los cuadros de Escher. Su hermano habría disfrutado viendo la exposición del casino, tan cerca de su casa. Se fijó en esos otros grabados que representaban insectos que salían de un papel, de un universo en dos dimensiones hacia otro universo, que parecía tridimensional pero que en verdad no lo era... “Una ficción que sale de su mundo de ficción pero que... ¡aún no alcanza la verdadera realidad!”, pensó Camilo. No supo cuánto tiempo pudo estar contemplando esos cuadros. Hipnotizado. Cuadros que al mirarlos parecían devolverle el eco de su propia pregunta: “¿Qué eres, Camilo Lamprú? ¿Qué eres que no sabes que eres? ¿De dónde acabas de salir? ¿A qué nueva realidad?”.

Salió a la calle y anduvo por los alrededores hasta que llegó a una librería. Decidió entrar. Todos sus libros habían quedado en esa casa que ahora no parecía ser la suya. Echaba de menos hojear un libro, y esa manía suya de abrirlos al azar para buscar mensajes que le hicieran comprender las cosas de su vida, que le hablaran de sí mismo. Rebuscó entre los estantes. Le llamó la atención un libro de Pessoa. Lo abrió al azar. El sol que entraba por la cristalera incidía a instantes sobre la página y luego desaparecía tiñéndola de sombra, como un parpadeo de intermitencia caprichosa. Como si solo por breves momentos uno pudiera percibir con lucidez absoluta la magnitud de las palabras de esa locura. Leyó.

*Porque todas las cosas son, en verdad, excesivas,
y toda la realidad es un exceso, una violencia,
una alucinación extraordinariamente nítida
que vivimos todos en común con la furia de las almas...*

Luego, una mujer hurgó junto a él en la estantería y, de pronto, uno de los libros se cayó al suelo. Camilo se agachó a recogerlo. Se fijó en el título. “Vaya, qué casualidad... *Altazor*... otra vez. Parece que este libro me persigue...”. Lo abrió al azar y leyó los primeros versos donde sus ojos se posaron. Fue como escuchar una voz interior, una voz que retumbó y nadie sabía de dónde surgía pero que era completamente real.

*Se rompió el diamante de tus sueños en un mar de estupor
Estás perdido Altazor
Solo en medio del universo
Solo como una nota que florece en las alturas del vacío
No hay bien no hay mal ni verdad ni orden ni belleza
¿En dónde estás Altazor?*

Camilo sintió de nuevo un escalofrío recorriendo su médula. No podía dejar allí el libro. Rebuscó en su bolsillo. Aún tenía algo de dinero. Primero pensó en robarlo, con su especial sistema de burlar las alarmas. Pero decidió pagarlo. Sin saber por qué, de repente ya no sentía ese impulso de robar. Pagó en caja y salió de allí, camino de su cita. Le daba la impresión de que su pregunta “¿Quién eres, Camilo Lamprú?”, sin quererla responder siquiera, se estaba respondiendo por sí misma.

Encontró a la chica en la terraza del paseo de Pereda. Sentada, con su pelo castaño moviéndose por la brisa y brillando a ratos sí y a ratos no, como las palabras de Pessoa en la librería, siguiendo los movimientos caprichosos de ese juego entre sol y nubes. Se fijó en ella desde lejos, antes de alcanzar la mesa, desde el otro lado de la calle. Se fijó en ella antes de que ella le viera a él y pudiera inventar alguna postura, algún gesto para él, para que él precisamente la viera así, como ella quería ser vista y no como ella era cuando no se sentía observada.

Belinda, a simple vista y desde el otro lado de la calle, le pareció fiable, o él deseó que de verdad lo fuera, y eso la hizo parecer aún más de fiar. Camilo deseó que los dos hablaran con franqueza de cuanto sabían y que las cosas se aclararan cuanto antes. Deseó de pronto, con esa gran intensidad que solo es posible sentir en los deseos repentinos, así, solo con verla sentada en esa terraza, que pudieran ser amigos, que conectaran entre sí, pese a ese misterioso asunto sin resolver que tenían entre ambos. Nunca se había sentido tan solo, tan perdido como se sentía ese día. Esa mañana había despertado en un mundo que le parecía no haber pisado jamás, pues su huella, sus pasos, no se hallaban registrados en ninguna parte. Salvo en el cuaderno rojo de Belinda, que aún conservaba, y apretaba con fuerza a través de la mochila como si con ese gesto sujetara los jirones de su propia alma. No encontró a sus amigos. No encontró a su familia. No encontró su casa. No estaba matriculado en la facultad... Era un fantasma, sin sombra y sin huella. Tal vez todo fuera una maldita broma. Pero cada vez se convencía más de que no lo era. Esa chica, una desconocida, era ahora el único eslabón que le unía a su pasado, a lo que él había sido, fuera lo que fuese, hasta ese instante. Y, si analizaba fríamente las palabras de ella en el cuaderno rojo, Camilo podía sentir su alianza para con él. “Solo sé que, sea quien sea, ella está de mi parte”, era la única seguridad a la que se aferraba Camilo, pese a todo el misterio que le generaba la situación, toda la confusión y toda la rabia. Sí, ella estaba de su parte, fuera lo que fuese lo que le hubiera pasado a él. ¿Podría bastarle eso para confiar en ella?

Belinda llamó al camarero en cuanto Camilo se acercó a la mesa. Él pidió una limonada. Luego se quedaron los dos mirándose, el uno al otro, medio sonrojados, casi sin saber qué decirse. No sabían por dónde empezar. No es tan fácil entablar una conversación tan importante, tan extraña y casi se diría que irreal, con alguien a quien no conoces. Los dos parecían tímidos.

Ella le repitió que se llamaba Belinda, que estaba en tercer curso de Filología hispánica, que le gustaba escribir igual que a él. Luego preguntó si Camilo tenía ahí su cuaderno rojo.

Camilo asintió. Pero no pensaba dárselo aún. En su lugar, rebuscó en la mochila y sacó el cuaderno negro que supuestamente pertenecía a Lucía, la chica del autobús, ese personaje con el que supuestamente debía encontrarse en el café. Belinda lo acarició.

—Es exactamente igual que como yo lo describí... —comentó mientras lo miraba fascinada.

Ese cuento, para Belinda, solo había sido un pensamiento, algo imaginario, una historia dentro de su novela, y ahora, de repente, lo tenía ahí delante, materializado entre sus manos. Era demasiado bonito y al tiempo demasiado siniestro.

—Igual que tú —susurró después y miró a Camilo como a un muñeco que de repente hubiera cobrado vida con un simple soplo—. Tú también eres igual que él. Eres igual... que Camilo Lamprú.

—Perdona, SOY Camilo Lamprú —recalcó Camilo incómodo y dando un suspiro de fastidio.

Belinda le miró significativamente pero no le dijo nada, y siguió hojeando el cuaderno que él le acababa de entregar.

Camilo no pudo con ese silencio y soltó con cierta rabia y desesperación en su voz:

—¿No pretenderás que me crea que existo porque tú me escribes? ¿Es eso lo que me quieres hacer creer?

Belinda levantó sus ojos hacia él por unos instantes para inmediatamente rehuirle la mirada y perderse en el intenso azul del mar.

—Ya veo... —dijo Camilo con despecho—. ¿Y entonces? ¿Cómo explicas que esté de pronto aquí, hablando contigo? ¿Qué soy, tu marioneta materializada? Tu... ¿Pinocho?

Camilo había subido la voz. Las cosas que no comprendía racionalmente le ponían nervioso. Pero se dijo a sí mismo que debía mantener la calma o espantaría a Belinda. Entonces ella pareció reaccionar y también se exasperó.

—¡No lo sé...! ¡No sé quién eres! Tú... llegas hasta mí y... dices ser Camilo Lamprú. Y yo solo conozco a un Camilo Lamprú: ¡mi personaje! Es decir, un ser ficticio. Y no digo que tú y él seáis la misma persona solo porque te llames como él, sino porque en verdad eres idéntico a él, a como yo lo imaginé y lo describí, buscas lo mismo que él, vives y actúas como él... ¿Comprendes por qué esto me deja tan perpleja como a ti? Verás... no sé cómo tú has podido llegar hasta mí. No me digas que te lo explique porque no lo sé, ¡de verdad! Estoy muy confundida... Solo sé que tú..., tú... bueno... tú eras mi personaje hasta ayer y yo inventaba tu historia, y en la historia que yo escribía tú vivías en un portal que describí tal y como es el mío, con unos vecinos inventados y otros copiados de mis propios vecinos, como doña Paquita o la anciana del traje rojo o el conserje... Y este mediodía, después de dejarte en el café, me he ido a mi casa y desde mi ventana he visto que intentabas entrar en tu casa, tu casa que solo es tuya en la ficción que escribo... porque la verdadera vivienda en la que me inspiro para describir la tuya es un bufete de abogados. El verte ahí ha sido lo que me ha hecho comprender que era cierto, que ahora, si de verdad esto no es una broma como afirmas, estamos juntos, tú, un personaje, y yo, la autora que te creó. Sin saber qué hemos hecho para que esto suceda. Es absurdo, completamente irracional... No sé cómo ha podido suceder... pero no podemos negar lo evidente.

Camilo reflexionó, mientras la miraba con el ceño fruncido. No, ella no mentía. Puede que fuera una loca... Pero lo que era cierto es que estaba tan turbada como él.

—Ya... Como si hubiera habido una especie de... de... un salto... —dijo Camilo a media voz—. Como esas manos de Escher que salen del papel y se terminan de dibujar solas... O

esos insectos que salen del papel para transformarse en otra cosa. ¿Un salto de... dimensión? —preguntó como pensando para sí mismo.

Belinda le miró como si acabara de iluminar una habitación oscura.

—¡Eso es! Sí, en Escher está la clave... Por eso tal vez te gustaba tanto... De alguna manera yo lo intuía al escribir sobre ello sin saber bien por qué ni dónde acabaría tu historia. Tienes razón, es igual que lo que ocurre en sus cuadros. Como si ambos perteneciéramos a dimensiones distintas que de pronto se hubieran superpuesto, dos dimensiones hasta este momento separadas, y que hubieran confluído en un punto a partir del cual se produjo... el salto.

“El momento en el que pareció que se hacía de día en el café Pombo”, pensó Camilo.

“El momento en el que me pareció que se hacía de noche”, pensó Belinda.

Pero no dijeron nada.

Camilo reflexionó sobre todo aquello: era cierto que las figuras de Escher escapaban de su mundo en dos dimensiones, pero no alcanzaban la realidad. Seguían perteneciendo a otro mundo no real... ¡Eran demasiado descorazonadores todos los pensamientos que se le venían a la cabeza!

Belinda, por su parte, fue consciente de que esa situación tenía que confundir profundamente a Camilo, mucho más que a ella. Era como si alguien llegaba y te decía: “Tú no existes, solo eres ficción, eres mi invento. O al menos eso es lo que has sido hasta este instante”. No, no era fácil decir todo aquello. Ni escucharlo. Ni desde luego, comprenderlo y, mucho menos, asimilarlo como cierto. Y ahora él se enfrentaba a la más dolorosa de las preguntas. ¿Quién era Camilo Lamprú en realidad? ¿Quién era y quién había creído ser? Tenía que ayudarlo. Al fin y al cabo se sentía responsable de su existencia.

—Verás, Camilo, comprendo lo que sientes... Tendremos que intentar averiguar qué ha pasado y... en fin..., ver cómo puedes seguir con tu vida.

¿Seguir con su vida? Camilo sonrió con sarcasmo. Esa sonrisa suya de medio lado que se le ponía cuando pensaba que estaban tomándole el pelo. ¿Cómo alguien a quien le acaban de decir: “Tú solo eres pura ficción, eres mi invento, mi personaje” puede seguir con su vida? ¿Cómo alguien que supuestamente descubre que nada ha sido real, que solo es una marioneta manipulada por otro, puede seguir viviendo, si es que ha vivido alguna vez? Camilo ahora tenía sentimientos contradictorios. Por momentos, sentía ganas de reír a carcajadas, exageradamente, como para liberarse de la tensión, y a la vez tenía ganas de gritar, de echar a correr, de pegar un puñetazo a la mesa. De llamar mentirosa a aquella chica, de golpearse y golpear a todos los que le habían tendido aquella trampa. ¡Era una trampa, una broma, y se estaba hartando! Si era una broma, quería ver hasta dónde llegaba ese atrevimiento, a ver cuándo decidían ella y los que con ella hubieran planeado todo eso dar la cara y acabar de una vez, para luego reírse en sus narices. Él se asombraría al principio, sobre todo por lo bien montada que estaba, y luego, hasta puede que se riera con ellos. Sí, se reiría al ver cómo la pesadilla desaparecía, y su vida volvería a la normalidad, y él regresaría a su casa, con sus padres, con sus amigos, a la universidad, y acabaría su tesis y se convertiría en escritor. Algún día podría escribir

sobre eso. Sobre esa broma. Alguien que descubre que es algo que no es. Tal vez diera para una novela... tal vez. Pero luego, casi inmediatamente, le volvía una inusual serenidad, un convencimiento que se le posaba en el ánimo. Y Camilo se desinflaba, porque sabía que ya nunca nada sería igual para él, y sentía ganas de llorar, como un simple chiquillo herido en la rodilla con su juguete preferido despiezado en medio de la calle.

Belinda le miró a los ojos. Sus ojos color miel no parpadearon durante unos segundos. Camilo se dio cuenta de que a ratos ella le miraba como si fuera un ser llegado de otro mundo. Con una mirada inquietante que le atraía profundamente. Tal vez de la misma manera como él habría mirado a Clara y Juan Carlos si no hubiera tenido tanto miedo de enfrentarse a ellos en casa de doña Paquita. En los ojos de ella, si Camilo se asomaba, podía ver una verdad hiriente, de la que no era fácil zafarse, una verdad que nada tenía que ver con bromas estúpidas. Una verdad que quizá ella no querría nunca saber. Y también vio un atisbo de todo el miedo de Belinda.

—A ver... ¿qué te ocurre? Parece que quieres contarme algo y no te atreves —le espetó de repente Camilo.

Ella dudó unos segundos, como si sopesara en una balanza las consecuencias de contar y las consecuencias del silencio.

—Lo he estado pensando... Creo que todo empezó a liarse cuando los personajes comenzaron a buscar el origen de los cuadernos que encontraron... ¿no crees? —dijo mirando hacia el mar.

—Clara y Juan Carlos buscaban al dueño del cuaderno y del artículo y me encuentran a mí. Yo buscaba a Lucía, la dueña del cuaderno, y te encontré a ti... Sí, es... es muy extraño... y parece que tiene algo de relación. Pero tampoco nos aclara mucho.

—Es que... hay algo más que no te he dicho...

—¿Algo más? —Camilo la miró alarmado. ¿Podía haber algo más que aún le sorprendiera?

Belinda evitaba mirarle. Y Camilo creyó ver en sus ojos un cierto halo de terror. Sí, terror. Como el terror del que solo tiene como asidero una rama en la caída de un precipicio y comienza a oír el lento crujir de la madera resquebrajándose poco a poco.

Camilo se impacientó y dio una fuerte sacudida a la mesa, haciendo que los vasos se tambalearan peligrosamente.

—¡Habla de una vez, maldita sea!

—Yo... bueno... yo también encontré un cuaderno con una historia escrita. También llevaba el título de *Cuento borroso*. Lo encontré en clase, en la universidad, debajo de la mesa de la profesora de latín. Se le debió de caer. Pude devolvérselo... pero no lo hice. En el cuaderno había escrito un relato que me pareció que tenía que ver con mi vida. Esa anécdota fue la que me dio la idea de escribir la novela sobre Camilo, un chico que encuentra un cuaderno, y que a su vez escribe otra novela donde los personajes también encuentran otros cuadernos, y...

—Ya... una anécdota que va pasando de historia en historia. Como un eco que se repite desde el origen de la voz... —Camilo detuvo su charla y se quedó pensando unos

segundos. Luego, chasqueó sus dedos y su cara se iluminó—. Entonces... ¡esa profesora tal vez pueda explicarnos algo...!

—¿Algo? ¿Algo sobre qué?

—No sé... ¡algo!... Algo sobre ti. ¿No dices que ese cuento tiene que ver con tu vida? ¡Piensa en la secuencia de los hechos! El común denominador de todas las novelas es que todos los personajes encuentran cuadernos que contienen relatos que parecen tener que ver con sus vidas, ¿no? Así, yo me encontré contigo cuando buscaba a Lucía, es decir, cuando buscaba el origen del cuaderno negro con el que me topé en el autobús, ¿no? Y Clara y Juan Carlos, suponiendo que fueran ellos los que estaban al otro lado de mi tabique, me encontraron a mí cuando buscaban el origen de las historias que ellos a su vez hallaron en su portal, ¿no es así? Entonces, tal vez, si buscamos el origen de esa otra historia que tú encontraste, es decir, a esa profesora de latín, puede que acertemos con alguna explicación... no sé cuál, pero alguna... Por qué lo escribió y la relación que tiene con tu vida. Algo... ¡algo sobre ti!

—¿Explicarte algo sobre MÍ? ¿Estás de broma? ¿Qué puede explicar ella? Solo es una historia... que casualmente parece relatar mi vida... Solo eso: ¡casualmente!

Camilo la miró de frente, y entonces fue cuando intuyó las verdaderas razones de ella para no seguir investigando. Las vio asomarse a los ojos de Belinda. Sí, Belinda tenía miedo, mucho miedo. Y Camilo no pudo resistir la tentación de tomarse una pequeña venganza y hacérselo saber.

—Tú tienes una sospecha, pero no quieres decirla... Te da miedo decirla, ¿verdad? La verdadera sospecha... Pero ya imagino qué te preocupa. Los dos sabemos a qué temes. Por eso no quieres acercarte a la profesora.

—¿Qué puedes saber tú? —protestó Belinda con cierto desprecio en la voz.

—¡Pues lo que tú piensas ahora mismo! El porqué de que no quieras llegar hasta ella. No deseas enfrentarte a lo que puede que también ocurra contigo, ¿verdad?

—¿Conmigo? ¿Qué diablos ocurre conmigo?

Camilo la miró sonriendo de medio lado. Había cierta malicia en esa sonrisa y disfrutaba con ella. ¿Acaso Belinda se creía que podía decir cualquier cosa sobre él, suponer cualquier cosa sobre su propio origen y él, en cambio, quedarse callado? Él también sabía y podía decir cosas hirientes, verdades o tal vez no verdades, pero sí suposiciones, cosas que imaginaba, teorías, y que igualmente le harían daño a ella, que le pondrían a ella y a toda su vida en tela de juicio. ¿Belinda quería jugar a ese extraño juego donde lo ficticio y lo real parecían haberse mezclado y él se estaba llevando la peor parte? ¡Pues Camilo jugaría! ¡Ahora ninguno podría ya zafarse de la verdad! Lo quisieran o no, estaban juntos en esto.

—Tú lo sospechas... —dijo Camilo en tono misterioso. Quería leer en los ojos de ella, quería provocarla.

—¿Qué sospecho?

—Puede que ocurra igual contigo...

—¿Qué dices? ¿Qué ocurre conmigo?

—No te hagas la tonta... Tú tienes miedo... miedo de que también formes parte de la

cadena.

—No sé de qué me hablas... ¿De qué cadena...?

—¿De verdad no lo supones, ni siquiera lo has pensado? ¿Acaso te crees... “la diosa”, el origen, la voz de la que parte el eco?

Ahora Belinda le miraba frunciendo su frente con los ojos entornados por la avidez de saber qué burrada se le ocurriría decir a Camilo y al tiempo con deseo de que se callara. Lo que no se nombra siempre parece que no sucede. Lo que no se nombra tiene menos posibilidades de ser cierto. Pero Camilo no estaba dispuesto a callar.

—¿Y si tú, Belinda, también fueras, a su vez..., alguien inventado por otro..., por alguien que, al igual que tú sobre mí y yo sobre Clara y Juan Carlos, escribiera sobre ti? ¿Y si tú, al igual que dices de mí, al igual que digo yo de Juan Carlos y Clara, solo fueras otro “personaje”? —ahora Camilo hizo dos gestos burlones con los dedos, como metiendo entre comillas la palabra “personaje”—. ¿Y si tú tampoco vivieras en ese supuesto mundo real en el que yo creía vivir hasta hace unas horas? ¿Y si otro fuera el que te inventa y te utiliza? ¿Y si este no fuera de verdad el mundo real? ¡Di, vamos! ¿Qué me dices a eso? No me digas que no te lo has planteado...

Belinda había tensado sus labios y daba vueltas a su vaso de limonada que chorreaba las gotas condensadas sobre la mesa metálica. Todo su ánimo parecía escurrirse por ese cristal. Apenas pudo contestar con un hilillo de voz, pero firme, contundente.

—No me siento como tú dices. Me siento real. ¡Yo misma! Es absurdo lo que dices...

—¿Absurdo? ¡Claro que es absurdo! ¿Te sientes real, tú misma? ¿Y cómo crees que me siento yo, como un monigote de papel y tinta? ¿Pero acaso no es absurdo todo lo que acabas de suponer sobre mí? Tan absurdo o tan poco absurdo como lo que yo acabo de suponer sobre ti. Tú piensa: si yo soy un personaje inventado por ti, que no sabemos cómo accedió a tu mundo supuestamente real, a tu dimensión, ¿cómo es posible que ahora mismo, al margen de ti (piensa que ahora no estás escribiendo ni contando nada de mí), yo pueda hablar y pensar y sentir, y moverme por mí mismo? Si tú me inventabas hasta el momento en el que nos encontramos en el café, ahora, por algún motivo, ya no dependo de ti. ¡Ja! ¡Mira tú, me he independizado! Y eso, ¿qué puede significar? ¿Que el hada me ha tocado con la varita y he salido del papel? No, claro que no... Significa que tal vez haya alguien por encima. Alguien que te inventa también a ti. A los dos. Nos escribe. Y quizá por eso hemos podido encontrarnos. Porque tú... eres tan real... o tan irreal... como yo. Yo no he saltado a la realidad. He saltado a otro mundo igual de irreal como era el mío. Como en los dibujos de Escher... Las manos salen de un folio a otra dimensión, pero nunca logran alcanzar la realidad. ¿Y si, quien supuestamente escribe sobre nosotros, nos estuviera dando una pista para que descubramos nuestros orígenes? ¿Y si estuviera... jugando... y nos estuviera dando pistas para seguir su juego?

Camilo se interrumpió. ¿Estaba siendo demasiado duro? Le dio pena mirar a Belinda, verla dudar, sentir en ella el temblor de lo incierto, del no saber. El no existir. Eso es muy duro de asimilar. ¿Quién era ella en realidad?, seguro que se preguntaba ahora con angustia. Mejor dejarlo ya... No podrían nunca resolver este asunto, se dijo Camilo, fastidiado por su propia actitud para con ella. Alguien no puede descubrir tan fácilmente

lo que es verdad o lo que no lo es. Uno es demasiadas cosas a la vez, y a veces es incluso cosas que no sospechaba.

—Este asunto no tiene por qué involucrarme —se defendió Belinda intentando mantener su aplomo—. El problema lo tienes tú, no yo. Hace unas horas solo eras, o al menos eso creíamos los dos, ficción. Ahora eres autónomo, tienes vida propia. No sé por qué y tal vez ni me importe. Que algo no se pueda explicar no significa que no pueda ocurrir. Ha ocurrido y eso es lo que cuenta.

—Ya... igual que Pinocho después de que el hada le diera en la cabeza con la varita...

—Pues sí... ¡algo así!

—Sí, claro... ¿Y quién se supone que me ha dado en la cabeza con la varita, eh? ¡Tú no, desde luego! ¿No te das cuenta? Tal vez somos ecos de una voz, ¿pero dónde está la voz que da origen a nuestro eco? Eso es lo que yo quiero averiguar.

Belinda se cubrió la cara con las manos y se frotó las mejillas varias veces, como si ese gesto le permitiera de nuevo conectar con ella misma.

—¡Qué locura! Yo solo... solo pretendía escribir sobre un chico que escribe una novela y busca saber quién es él y quién fue su hermano muerto... Creo que en algún punto todo comenzó a írseme de las manos... Como si...

—... Como si la historia se escribiera sola. ¡A mí me ocurrió igual...! Tengo una teoría. Si lo piensas, es como esas cajas de muñecas rusas. Una realidad dentro de otra, y esa, dentro de otra... Es casi la única explicación. Imagina que varias de esas cajas de repente se abrieran... y los mundos que contienen pudieran escapar a la caja superior que las contiene. Algo así...

—Es terrible... No puedo creérmelo...

—Y nosotros estamos en una de esas cajas de en medio, aunque siempre creímos estar en la caja superior, en la que contenía a todas las demás cajas o “realidades”.

—No, no quiero pensar que eso pueda ser así... —Belinda se tapaba la cara y negaba con la cabeza.

—Da igual lo que quieras que sea. Los hechos son como son.

—¡Tú no puedes estar seguro de eso que dices! —le reprochó ella.

—¡Claro que no! ¿Quién puede estar seguro de nada? Solo podemos hacer una cosa que tal vez pueda aclararnos algo...

—¿El qué?

—Lo que te he dicho hace un momento: buscar a la profesora esa, a la dueña del cuaderno que encontraste. ¿Quién te dice que ahora, buscando el origen de ese cuento que encontraste tú, no demos con... otra sorpresa?

¿Otra sorpresa? Belinda le miró con ansiedad. ¡No quería más sorpresas! Luego suspiró, como bajando el arma tras la derrota.

—¿Buscar a la profesora? Entonces, ¿ese es tu único plan?

Camilo asintió. Belinda meditó breves instantes.

—Sé dónde vive... lo tengo en la agenda del móvil —y sacó su teléfono para comprobarlo—. Tengo una amiga en la secretaría de la facultad. Me proporcionó su dirección en su día. Siempre dudé si devolverle el cuaderno, la verdad. Y pensé en la

posibilidad de hacérselo llegar más adelante, por correo. De forma anónima. No quería dejarlo en secretaría. No quería que nadie me vinculara a la desaparición del cuaderno.

—Entonces iremos esta noche. Así es más seguro que la pillemos en casa.

Belinda se quedó quieta y callada, mirando nuevamente a la lejanía del mar, sin saber bien si deseaba o no deseaba averiguar nada más. ¿Qué necesidad tenía ella de hurgar en esa pregunta, de esperar su respuesta, clara y absoluta? ¿No prefería Camilo la duda? Se enroscó nerviosamente un mechón de su pelo en el dedo índice y luego, mientras toda su resistencia, todas sus defensas, todo su mundo parecía irse desmoronando, como en esa pompa del sueño donde ella misma había metido a Camilo, que a su vez metió a Clara, para hacerles caer en las manos de alguien desconocido, con un leve murmullo, Belinda dijo tremendamente fastidiada:

—Tú lo que quieres es encontrar... a Dios.

Camilo soltó una carcajada en la que asomó todo su cansancio y desesperación.

¿Acaso ella no necesitaba encontrarlo?

* * *

Fueron a cenar a un bar de tapas que había por la zona de la playa. Sardinas asadas que a Camilo le gustaban mucho. Camilo recordó a Chema. ¡Cuántos veranos habían ido de pesca, cuando veraneaban en la costa, y a la vuelta, con todos los aperos aún en la mano, se habían detenido en algún chiringuito para comer una ración de sardinas! Casi nunca lograron pescar gran cosa y luego se reían comiendo los pescados de los chiringuitos. Después, todo se volvió silencio entre ellos. ¿Por qué? Él se volcó en los estudios y Chema... ¿quién sabía en qué locuras se había volcado Chema!

De repente Camilo pensó que esos pensamientos y los sentimientos que le provocaban tal vez fueran una estupidez y que, puesto que según la teoría de Belinda, y luego la teoría de él mismo, pertenecían a un mundo de ficción que otro inventaba, tampoco existía Chema, salvo en su propia ficción, y por tanto, no tenía sentido echarle de menos ni de más. Y sin embargo... ¿no podía evitar sentir así...! ¿Por qué? Si su vida era ficción, ¿por qué él seguía sintiéndose tan vivo?

¿Aunque el propio Chema, su hermano del alma, no hubiera existido igual que el propio Camilo dudaba ahora de su propia existencia, acaso tal vez no existirían otros Chemas llenos de dudas y problemas, con otros Camilos que tal vez les dejarían solos y a su suerte? Tal vez, la realidad, pensó Camilo, debía de ser lo suficientemente amplia como para que un mundo de ficción pudiera encontrar su paralelo en la supuesta vida real. Y tal vez, era cierto, como le había dicho a Belinda, no sin cierta maldad por su parte, que ahora mismo todo cuanto él sentía o pensaba no era más que fruto de “alguien” que manejaba los hilos o los mandos o las palabras dentro de un ordenador, dentro del cual estaba contenida la historia de Belinda, que a su vez contenía la historia de Camilo, que a su vez contenía la historia de Clara y Juan Carlos. Pero a su vez, ¿no sería posible que esas historias de todos ellos no fueran sino los ecos de historias que suceden de verdad, como un espejo donde otros que viven en la llamada “Realidad” se miran, se escuchan, se piensan, se encuentran y se reconocen, dotándolos así a ellos, a

los personajes supuestamente ficticios, de vida propia en sus cabezas? ¿Y que tal vez la llamada “Realidad” solo fuera una parte de otra Gran Realidad, una parte pequeña, un trocito de ella, y que la Gran Realidad fuera algo tal vez infinito, más allá de lo que solo aprecian los sentidos y explican los razonamientos científicos, y contuviera muchas otras “realidades” entre las cuales se encontraba esa otra supuesta “ficción” en la que él y Belinda intuían que vivían? ¿Quién, con total seguridad, podía decir “esto es lo real y esto otro no?”.

Camilo pensó que estaba desvariando. A pesar de esas hipótesis, él no se sentía manejado por nadie. No. Siempre se había sentido autónomo y con consciencia de su propia existencia, y nunca se había planteado que tal vez no lo fuera ni que su existencia ni su mundo fuera tan solo fruto de lo imaginado o pensado o escrito por alguien en alguna parte.

—¿Vas a enseñarme el cuento que encontraste bajo la mesa de tu profesora? —preguntó cuando pidieron la ración de sardinas asadas al camarero.

A su alrededor había otros clientes sentados en sus mesas que permanecían esperando sus raciones. Sabían que aún tardarían un rato en tener la cena ante ellos. Cenar en alguna terraza implicaba también un buen tiempo de espera para poder charlar.

—Sí, claro... —y Belinda rebuscó en su bolso—. Lo había olvidado.

Acarició el cuaderno y se lo pasó a Camilo. Era negro. Aparentemente en nada se diferenciaba de los otros cuadernos supuestamente imaginarios, sin existencia fuera de la novela que Belinda escribía. Camilo lo abrió despacio, leyó el título —*Un alma para una historia*^[4]— y comenzó a leer en voz alta. Y a medida que ambos se empapaban de sus palabras, Camilo comprendió que esa historia estaba escrita no solo para ella, sino para los dos. Para Belinda y para él. Solo que no lo supieron hasta ese mismo instante en el que la leyeron juntos, por primera vez...

Cuando acabaron de leer, el camarero hacía rato que había dejado la bandeja de sardinas a la brasa sobre la mesa, junto con las bebidas. Belinda guardó su cuaderno y le ofreció un cubierto a Camilo.

—Ahora comamos.

—Sí, comamos estas sardinas... de ficción —bromeó Camilo riendo—. Hummmm... saben a tinta de la mejor calidad...

Belinda le miró seria, disgustada.

—No tiene ninguna gracia. Parece mentira que tú, precisamente TÚ, que te encuentras en esta terrible situación, puedas aún reírte así...

—Pues yo creo que sí la tiene —dijo Camilo, sintiéndose de pronto extrañamente animoso—. ¡Ríámonos, Belinda, ahora que hemos descubierto que tal vez todo es un sueño! Es mejor reírse de este drama de existir o no existir. Lo he estado pensando mientras leíamos... ¿Acaso tú te notas distinta, diferente? ¿Acaso las sardinas no te saben a sardina? ¿Y el mar no te huele a mar, y lo escuchas como suena el mar? ¿Y acaso no tienes o crees tener consciencia de ti misma? Igual, en ese supuesto mundo real que no conocemos, el mar no huele así ni suena así, como tú y yo ahora lo percibimos, sino que la realidad del olor a mar o la realidad de su sonido es otra y no esta. ¿Pero acaso

importa si fuera otro su olor o su sonido? En el fondo, lo he estado pensando durante todo este terrible día, creo que da un poco igual pertenecer a una realidad o a otra.

—¡A mí no me da igual! —se apresuró a decir Belinda deteniendo el tenedor a mitad de camino entre el plato y su boca.

—¿Ah no? Pertenecer a una realidad en lugar de a otra, a una dimensión o a otra, a un mundo o a otro, a un universo o a otro... es algo que nadie puede elegir. No tiene remedio... Es como... ¡pertenecer a una especie u otra! ¿Si hubieras nacido mosca querías ser un delfín? No. Porque no conocerías otra realidad salvo tu realidad de mosca y, por tanto, no hay nada que envidiar a los delfines. ¿Crees que los animales envidian a los humanos, que preferirían cambiarse por ellos? El mejor mundo es el de cada uno, Belinda. Seguro que ninguno prefiere dejar de ser el animal que es y convertirse en humano, por muy superiores que nos sintamos. Igual ellos, en su mundo animal, se sienten superiores a nosotros, solo que nosotros no lo sabemos. Entonces, si somos lo que somos irremediamente, si nos ha tocado vivir un modo de existencia en lugar de otra, incluso aunque esa existencia sea ficticia y termine en sí misma, incluso si toda la vida no fuera más que una fantasía, un holograma, un sueño, el espejo, o el eco de una voz de origen desconocido, entonces, ¿por qué habría de preocuparme? ¿Servirá de algo reclamar otra cosa, desesperarse por no ser lo que se desea ser?

—¿No te das cuenta? Si lo que sospechas fuera cierto, eso supondría que... ¡ni tú ni yo existimos, Camilo! No es que me preocupe el pertenecer a una u otra realidad, ¡es que no pertenecemos a ninguna! Solo somos la idea de otro. ¡Como... como un globo lleno de aire que se deshinchará en cuanto el que lo sujeta deje de apretar la boquilla! O una marioneta que caerá al suelo en cuanto la mano deje de tensar los hilos. En cuanto dejen de pensar en nosotros, de escribirnos... ¡dejaremos de existir!

Camilo se quedó pensativo dibujando círculos imaginarios con el tenedor dentro de su plato.

—Bueno... toda la vida de todos los seres es así, si lo pensamos detenidamente, Belinda. Cualquier ser deja de existir cuando aquello que lo sostiene deja de “apretar la boquilla y se le escapa el aire que le alimenta”. Tus defensas en baja forma que dejan de luchar por ti y te invade una enfermedad de la que no te recuperas. La palmas. Alguien en quien confías de repente te traiciona y decide quitarte la vida. Se acabó. Un accidente, y el coche o el avión donde viajabas deja de ser seguro, ya no puede protegerte su dura carcasa. Mueres. Las células que sostienen tu cuerpo envejecen y por más que tu deseo de vivir permanezca intacto, terminas por venirte abajo. Desapareces. Un mal funcionamiento de tus hormonas, un tumor en tu cerebro... y te vuelves agresivo, asesino, o eufórico, o deprimido, o ves el mundo o la realidad como no la ve nadie, oyes lo que nadie oye, tienes lo que otros llaman alucinaciones... Ya dejas de ser tú, de sentir, de pensar, de actuar como tú. Te conviertes en otro. Cualquier expresión de vida, si te das cuenta, depende siempre de algo que la sostiene... de que brille el sol ni a mucha ni a poca distancia, de que llueva lo justo y necesario, de que la Tierra gire, de que los Polos no se derritan, de que alguien nos siga amando, o nos escriba, o nos piense, o nos imagine... ¿quién sabe? Toda la vida es frágil, en cualquier forma de existencia, y es

sostenida por algo, y eso que te sostiene a su vez es sostenido por otro algo. Todo es una red de interdependencia, si te paras a pensar. Incluida la ficción, tal vez... A veces... me han hecho más compañía ciertos personajes a los que he conocido en los libros que seres del mundo real. Y te puedo asegurar que hay personajes de ficción que viven más en mí que personas de carne y hueso a las que he conocido en el mundo real. Bueno, o he creído que eran de carne y hueso...

—Pero entonces, si eso que dices fuera cierto, ¿qué... somos?

—No sé lo que somos, Belinda. No lo sé, de verdad. Ni yo ni nadie puede tener esa respuesta... Ni sé si alguien nos dirige o decide sobre nuestra existencia más allá de nuestras aparentes decisiones individuales. Pero tal vez no importe demasiado saberlo...

—Camilo hizo una pausa, como si estuviese buscando las palabras más adecuadas—. Tal vez solo sentirse vivo es lo que importa —añadió—. Incluso aunque no lo estés y todo no sea más que un sueño, un espejismo, un holograma perfecto. ¿Acaso mientras soñamos no creemos en nuestro sueño con todas nuestras fuerzas y energías, y sufrimos y gozamos, y sentimos miedo o alegría o incluso provoca nuestras lágrimas reales aquello que no es más que una supuesta ficción?

—¿Pero y si no existimos? —insistió Belinda—. ¿Y si ahora mismo todo cuanto hacemos o decimos no es más que lo que otro decide que hagamos o digamos? No tendríamos albedrío... Todo sería una farsa...

—No lo sé, Belinda. Pero piénsalo... ¿O es que la ficción no forma parte de la misma realidad del ser humano? —Camilo recordó nuevamente los animales que Escher dibujaba, esos que comenzaban naciendo en un folio y terminaban escapándose de él, pero al mismo tiempo seguían perteneciendo a otro folio que contenía al primero—. ¿Quién puede saber el origen de la vida, Belinda? ¿Quién puede saber en qué momento preciso comienza uno de verdad a existir, a formar parte de eso que se llama, tal vez erróneamente, Realidad?

Belinda negó con la cabeza. No quería pensar más. Se quedó callada. Ahora que Camilo, astutamente, le había contagiado también a ella las dudas, solo deseaba tirar de la manta, tirar del hilo y llegar hasta el final, costara lo que costara. Tenían que averiguar si esa teoría era cierta, si había alguien por encima de ellos que manejaba los hilos. Un “dios”, como había dicho a Camilo. Y si eso era así... ¿qué sería de sus vidas a partir de ese momento? Nada puede volver a ser como antes cuando se conoce una verdad tan terrible.

* * *

Después de cenar pasearon por el paseo de Pereda durante un rato. Los dos guardaron silencio por un tiempo que se estiró, se volvió elíptico, y que giró envolviéndolos. Luego, nadie sabe cómo ni cuándo, comenzaron a entenderse, casi al unísono, sin mediar apenas palabras. Fue una compenetración absoluta. Una auténtica lucidez. Lo más cierto que jamás habían percibido desde que se habían encontrado.

—Algo pasó en ese café mientras escribías... —dijo Camilo rompiendo ese silencio.

—Sí... algo pasó —asintió Belinda.

—Me pareció... que se hacía de día.
—A mí me pareció que llegaba la noche.
—Fue en ese momento...
—Sí, en ese momento...
—... El momento... en el que tal vez nació... a otra forma de existencia.
—Saliste... desde la propia historia escrita. Antes, solo eras una idea, un pensamiento.
—Me siento vivo, ¿sabes?... Pero antes... ¡también me sentía vivo! —confesó él con estupor.

—Yo también te siento vivo. Como si siempre lo hubieras estado, ¿verdad? —aseguró ella.

—¿Nadie recuerda el día que nació? —preguntó él.

—Ni nadie recuerda lo anterior a su nacimiento como la “no existencia” —contestó ella.

—Es... es como si sintiera que vivo desde siempre... —afirmó él.

—Como si existiéramos desde el principio del mundo, ¿verdad? —dijo ella—. Como si antes de nosotros no hubiera podido existir nada.

Otra vez volvieron al silencio giratorio. La realidad se había resquebrajado y Camilo y Belinda se asomaban por esa grieta a otra realidad, nueva, distinta, conscientes de ella por primera vez.

Luego, cuando se encontraron frente al casino, Camilo miró el reloj.

—¡Son las doce! Se nos ha hecho demasiado tarde para ir a casa de la profesora, ¿no crees?

—Sí, pero recuerda que es verano... Seguramente estará despierta. Y es más probable que la encontremos en casa a estas horas, suponiendo que no esté de vacaciones.

De repente, era Camilo quien dudaba. ¿De verdad era tan importante contestar a la pregunta? ¿De verdad quería comprobar con datos tangibles si ocurría con Belinda lo mismo que con él?

Se sintió cansado. Había vivido emociones demasiado intensas. A pesar de haberse preocupado por encontrar una razón a todas esas extrañezas en las que estaba envuelto, en ese preciso instante lo único que de verdad deseaba era recuperar la normalidad, su realidad, fuera cual fuera. Posicionarse dentro de ese universo en el que se movía. Pero tampoco deseaba abandonar a Belinda. Habían bastado unas cuantas horas para que Belinda se hubiera convertido en alguien especial para él. Aunque las cosas solo se convierten en especiales cuando fijamos en ellas una especial mirada.

—¿Crees que merece la pena... averiguarlo? Quiero decir... ahora tengo mis dudas... Podríamos olvidarnos de todo, como tú decías. De estos últimos días, Belinda. Seguir con nuestra vida... Iniciar una nueva amistad, tuya y mía, sean cuales sean nuestros orígenes... Tú aún... tú aún puedes permanecer en la duda. No hay nada que confirme tu origen, que te ponga a ti en una disyuntiva, en una crisis existencial. ¿Qué más dan los orígenes, al fin y al cabo, mientras nos sintamos vivos?

Pero Belinda negó con la cabeza. La aparición de Camilo había revolucionado toda su existencia en solo unas horas. De pronto, era ella quien necesitaba saber. Tal vez como

Camilo necesitó saber tras la muerte de Chema.

—Bien, si tú quieres ir, entonces iré contigo. ¿Tienes la dirección, verdad?

—Sí. No creo que tardemos más de media hora en llegar. Vive a las afueras de Santander. Un poco lejos. Cogemos un taxi. A las doce y media estaremos allí.

Apenas tardaron unos minutos en parar un taxi. Justo arrancó cuando comenzaba de nuevo a llover...

Nota para el editor:

Aquí termina la parte de la novela que mi amigo Ramón Cañizares me dio a leer semanas antes de su última carta. Como ve, era una novela aún sin concluir. Le adjunto copia del que me llegó días después, antes de que él desapareciera, y en el que podrá comprender el porqué de esa inquietud que le comentaba al principio.

EMAIL

Fecha: 20 de julio de 2008

para: felixdetena@hotmail.es

de: ramoncañizares@gmail.net

asunto: sobre “Historia de los cuentos borrosos”

Querido Félix:

Me preguntas cómo se me ocurrió esta historia, cuál fue el suceso que la motivó, dónde encontré la idea... La verdad es que no puedo decirte con exactitud el momento en el que comprendí que era esta historia la que quería contar y no otra, ni cómo llegó hasta mí la idea original. Fue casi por unas ganas locas de jugar con las historias, de montar una sinfonía en la que unas historias fueran, a su vez, el eco de otras historias, y estas últimas, a su vez, fueran el eco de otras. No sé qué decirte... Quería jugar con los personajes, hacerlos partir de una realidad y que desembocaran en otra, e involucrar emocionalmente en este juego de laberintos, de ecos repetidos, a un futuro lector aún imaginario que no sabría muy bien hacia dónde se dirigía la historia. Igual que ocurría con los propios personajes, que tampoco intuían su deriva... O, si te paras a pensar, igual que ocurre con la propia vida, que te va llevando a veces a salto de mata.

Como bien sabes, yo tenía tres cuentos, tres relatos ganadores de los concursos que organizaba cada año para los chicos en los institutos, antes de que consiguiera mi plaza en la Universidad de Granada. Me parecía que esos cuentos estaban bien escritos, cada uno en su estilo, y me daba pena que quedaran así, amarilleando en el olvido del cajón de un viejo profesor. Fue entonces cuando, con el permiso de los chicos, y para que eso pudiera servirles de motivación en una posible y futura carrera literaria, me decidí a inventar una historia dentro de la cual aparecieran sus relatos, sus cuentos; estos serían el eje, la excusa, y a la vez servirían de hilo conductor que impulsaría la acción de la novela. Luego decidí llamar a esos cuentos “Cuentos borrosos”. Se me ocurrió ese nombre después de haber leído un artículo en la revista “Ciencias posibles” sobre la teoría del pensamiento borroso de Bart Kosko, según la cual A y no-A pueden existir simultáneamente. Es decir, no hay nada

blanco o negro, sino una gran gama de grises. Ni nada hay verdadero o falso de forma absoluta, como sugería el pensamiento de Aristóteles, sino que una cosa y su contraria pueden darse a la vez en una misma realidad. Esos cuentos, pensé, debían de ser algo ambiguo, borroso, gris para los protagonistas que los leían, como muchas veces son las propias historias. Por un lado, parecían explicar parte de su vida, como si hubieran sido escritos para ellos, por otro lado quedaba la duda de que no fuera así, y dependía de quién y en qué momento los leyera para que fueran interpretados de una manera o de otra. El tercero, el que encontró Belinda, no quise finalmente incluirlo, por cuestión de espacio, aunque puedo mandártelo si lo deseas.

Fue tras leer ese artículo de Kosko cuando comencé a preguntarme sobre la ambigüedad de las cosas, sobre la propia forma tan inexacta de interpretar la realidad que tenemos los humanos, sobre la búsqueda infructuosa de la verdad, sobre lo que nos acontece y también sobre lo que somos, y las preguntas me llegaban solas a la cabeza, como encadenadas y ascendiendo, como buscando una historia donde todas ellas pudieran plantearse: ¿acaso es posible existir y al mismo tiempo no existir? ¿Acaso es posible ser real y a la vez ficción, según la perspectiva, según desde dónde nos situemos a mirarnos o según quién y desde dónde nos mire? ¿Y si nuestra realidad solo fuera considerada como “realidad” al ser comparada con un sistema inferior (por ejemplo, vista desde la perspectiva de un mundo dentro de una pantalla de cine, de tele, de un ordenador o de un libro), pero que esta misma realidad nuestra, vista desde un sistema superior que nos contiene (el cual desconocemos), fuera considerada por otros seres (desconocidos) no como “realidad” sino como una ficción? Imagina que la realidad es un sistema grande, amplio, como esas cajas de muñecas rusas (ya lo explica el propio Camilo en la novela), dentro del cual existe una realidad y dentro de ella otra, y dentro de esa otra realidad existe otra más. Y en medio de una de esas cajas estamos nosotros, sin ver la caja superior que contiene la nuestra, solo viendo las cajas inferiores que contenemos nosotros. Imagina que esas cajas inferiores contienen mundos que nosotros llamamos ficticios, pues no comparten nuestra “realidad” y, en el fondo, somos nosotros quienes decidimos llenar esas cajas con lo que se nos antoja, con nuestros sueños, pensamientos o creaciones diversas. Pero imagina que esa cajita donde vivimos a su vez está contenida en otra caja superior de la que no tenemos consciencia y que a su vez nos considera a nosotros como seres de ficción: somos la creación de alguien. ¿Quién nos asegura que la caja donde vivimos es la caja superior, el origen de todo, el auténtico continente? Ahí comenzó a fraguarse toda la historia. ¿Acaso lo que llamamos realidad no es sino algo ambiguo, borroso, que, siendo imposible de conocer en su totalidad, nos inventamos, dibujamos, creamos a cada instante para explicarnos todo cuanto nos acontece en ella? ¿Acaso es posible que nosotros mismos existamos en la medida en la que otros nos inventan, nos piensan, nos imaginan, nos aman...? ¿Acaso nosotros no nos inventamos cada día a los demás, fiándonos erróneamente de nuestros sentidos, suponiendo lo que son y lo que no son, lo que hacen o lo que no hacen, interpretando todo cuanto les acontece, puesto que

en verdad los desconocemos completamente, y rellenamos esos huecos vacíos de respuesta con lo que imaginamos sobre ellos, convirtiéndolos así en seres ficticios que creemos reales? ¡Miles de preguntas, muchas de ellas ya planteadas anteriormente por los filósofos o por científicos sin que jamás nadie haya podido contestarlas, aparecieron para conducirme hasta aquí! Y así fue, querido amigo, como comenzó todo. Luego monté los personajes echando mano de mi vida o de la vida de otros y distorsionándolos.

La primera protagonista, Clara, no es más que el recuerdo de aquella muchacha (Elena, o Elvira, creo que se llamaba. Mira tú, tenía razón Clara, los profesores los olvidamos pronto) de la que me enamoré en su último curso de bachiller, hace ya diez años, y que jamás me miró siquiera. Me dejó tan tocado que no tuve más remedio que escribir sobre ello para acabar de encajarlo. Ya ves que cuando uno escribe puede dar la vuelta a lo que deseó y no consiguió. Ahora es ella la sufriente de amor por mí...

El personaje de Camilo me lo inspiró Roberto Milán, al que seguro que recuerdas, ese amigo nuestro que fumaba en pipa, y que luego, cuando dejó de fumar, la llevaba siempre apagada en la comisura de los labios porque decía que eso le daba un aire de intelectual. Decidió hacer un viaje en bicicleta por la India para encontrar respuestas, y a veces me escribía unas cartas atormentadas y existencialistas sobre el sentido de las cosas. Su amiga (una especie de novia) apareció muerta una mañana, sin signos de violencia, en un barrio marginal de Madrid, dentro de su propio vehículo. Nadie sabe cómo fue a parar allí. Nadie supo nunca de qué murió ni por qué. La idea del suicidio tampoco fue de mucho peso para aclarar nada. Y en fin... los hechos quedaron sin respuesta. Si te das cuenta, son la muerte (el final de nuestra vida) y el origen de nuestra existencia lo que casi nunca tiene respuestas y, en cambio, lo que más preguntas levanta. Este hecho fue lo que llevó a mi amigo a iniciar ese viaje y a mí a inventar a Camilo, un chico que, en el fondo, viaja hacia el centro de sí mismo. Cae, cae hacia el centro de sí mismo, como en el poema de Huidobro que un día me enviaste y que tanto me gusta. Pero yo quería que, a su vez, Camilo fuera el personaje de alguien que escribía sobre él. Una realidad dentro de otra. Y así fue como busqué a Belinda.

A Belinda la rescaté de mi repertorio de muchachas que anualmente van a la facultad. Una vez me encontré con una de ellas en un café de Granada. No paraba de escribir en un cuaderno rojo, mientras la música de saxo sonaba en el recinto. Me la quedé mirando mucho tiempo, silenciosamente, y decidí convertirla en personaje. Un personaje que escribiría una novela sobre Camilo en su cuaderno rojo.

Por supuesto, nada sabía de la vida de esa muchacha y todo lo escrito sobre ella no es sino una anécdota que me contó el vendedor de periódicos del quiosco de mi barrio en Granada sobre una chica que un buen día encontró un cuaderno junto al contenedor de reciclado de papel y en él, para su sorpresa, venía escrito un hecho real sobre su propia vida. Esa anécdota que me contó el quiosquero me dejó pensando. ¿Y si todo partiera de allí, de un cuaderno que alguien encuentra

casualmente y que parece contar algo relacionado con su vida? El quiosquero es ese que te digo que no para de decir que él lo sabe todo, que él conoce a todos los del barrio y que se entera de todo. Y que también, como has podido apreciar, aparece en algún rincón de la historia.

A todos les tendí una trampa. Todos entraron en mi péfido juego, sin saber que se encaminaban hacia una cosa diferente a la que creían buscar. Encontraron los cuadernos (que es donde aparecen las historias de mis alumnos). Todos decidieron adueñárselos, los interpretaron desde su perspectiva, creyendo, con ese egocentrismo del que todos gozamos, que habían sido escritos para ellos, que no eran sino un eco de sus vidas, que en los cuentos se hablaba de todo lo que en su vida los abrumaba: el amor imposible, la muerte sin sentido, los problemas de identidad, la traición, el suicidio... Y esto los llevó a buscar los orígenes de esas historias. Y fue al buscar los orígenes de esas historias, cuando de pronto se encontraron con algo que no buscaban: con sus propios orígenes, lo cual los ha llevado a la eterna duda existencial. Existimos o no existimos, somos o no somos... Bueno, ya lo has leído...

Y mucho más no puedo decirte al respecto.

Me dices, algo indignado (nos conocemos lo suficiente para que te note el pequeño enfado), que tengo que buscarle un final, que no puedo dejar así mi historia, tan abierta. Tranquilo, ya te dije que te la mandaba inconclusa, que me había atascado justo al final y que no sabía cómo demonios debía acabar sin forzarla. Las historias deben concluir por su propio peso, siempre te digo, como la fruta madura: el final debe llegar por sí mismo, con naturalidad, como una ola que finalmente alcanza la orilla. Me dices que tengo que ser más preciso y contar qué pasó cuando los personajes salieron en taxi rumbo a esa dirección, en busca de esa supuesta profesora de latín. ¿La encontraron? ¿Encontraron a alguien distinto? ¿Alguien les abrió? ¿Pudo ella explicarles algo sobre su origen? ¿Era esa profesora de latín imaginaria el origen y autora de todo, o nada tenía que ver con Belinda? ¿Les pudo aclarar algo sobre sus vidas?

Bien, como te dije, aún no lo sé, pero algo voy barruntando. Te hago un resumen de lo que estoy pensando que suceda a partir del punto en el que me quedé, a ver qué te parece, pero te advierto que no tengo demasiado claro que finalmente suceda así. No sé... me acompaña la extraña sensación de que falta algo... un dato más que desconozco y que aún no ha llegado a mí, algo que aún no se me ha revelado. Y para eso lo mejor ya sabes qué es: esperar.

Bueno, deseo satisfacer, de momento, tu curiosidad con este resumen del posible final.

Retomamos, pues, a Belinda y a Camilo allá donde los dejamos: cogiendo un taxi en el paseo de Pereda:

A las doce de la noche Belinda y Camilo deciden tomar un taxi hacia la casa de la profesora de latín, supuesta autora del cuento que Belinda encontró bajo la mesa de un aula. No tardarán más de media hora en llegar a la casa. El taxi avanza por la ciudad,

recorre velozmente las calles iluminadas, atraviesa estrechas zonas en penumbra, deja atrás los semáforos parpadeando en ámbar, los cruces, las plazas. La lluvia fina vuelve a instalarse y los cristales de las ventanas tan solo les devuelven imágenes deformadas envueltas en un mar de luces que se multiplican con cada gota. Luego, continúan por una carretera local que conduce a las afueras. Belinda cierra los ojos y se recuesta en el hombro de Camilo. Él de pronto se siente a gusto con esa nueva realidad suya que vive en ese instante, con que las cosas sucedan así y no de otro modo en ese preciso momento. ¿Alguien maneja los hilos?, se pregunta. Eso nunca podrán averiguarlo, probablemente, por más que Belinda y él se empeñen. Nunca encontrarán al verdadero autor de todo, se dice ahora pensando fríamente con un convencimiento absoluto. A quien encontrarán siempre será a alguien en una dimensión diferente a la del propio autor. Pero jamás al origen. Dios es inalcanzable... Pero... ¿qué es la realidad?, se vuelve a preguntar Camilo. ¿Quién puede saberlo a ciencia cierta? Camilo suspira, mira a Belinda, que sigue con los ojos cerrados y la cara apoyada en su hombro. Parece cansada, preocupada. Él también desea cerrar los ojos pero aún no lo hace. Esa es la vida que le ha tocado vivir, piensa, y él, en ese instante, se siente vivo, más vivo que nunca, y piensa que siempre se sentirá vivo mientras pueda sentir el frío sobre la cara, o la calidez del rostro de Belinda en su hombro, o disfrutar con el brillo de su pelo, o con la locura de las luces de la ciudad brillando en los cristales al ritmo del parpadeo de la lluvia, o pueda dibujar en el vaho de la ventana una cara con su dedo como ahora mismo hace, o escribir el nombre de Belinda... Piensa que seguirá sintiéndose vivo mientras tenga un dolor que llorar, una ausencia que extrañar, un futuro para desear y esperar, y preguntar e imaginar, y sobre todo, mientras pueda seguir escribiendo historias para inventarse la realidad a su manera. Tal vez es cierto, tal vez ellos solo son parte de una fantasía, de un juego, de un sueño... Pues bien, Camilo decide allí mismo en el taxi, en ese mismo instante, que su destino será jugar lo mejor posible y aprovechar al máximo todas sus cartas, todas sus posibilidades. En los juegos existe un margen de azar, se dice, y ese azar tal vez les deje a ellos, a Belinda, a Camilo, a Juan Carlos y a Clara, un cierto margen de maniobra dentro de su mundo para decidir su futuro. Camilo mira de nuevo a Belinda. ¿Qué estará ella pensando? ¿Cómo le verá ella a él, ahora que se han conocido? ¿Acaso piensa en él como personaje de su novela? ¿Acaso ella seguirá escribiendo sobre él ahora que se han encontrado en esa dimensión extraña donde realidad y ficción parecen formar parte del mismo mundo y no son dos mundos opuestos? Ojalá Belinda siga inventándole. Ojalá sus ojos sigan dando forma a Camilo, y él, Camilo Lamprú, pueda seguir existiendo siempre a través de los ojos de ella. Ojalá puedan retomar sus vidas allá donde las dejaron, dormir un poco después de ese día tan intenso y volver a escribir sus historias. Tal vez él, Camilo, vuelva a su novela, a seguir escribiendo la historia de Clara y Juan Carlos. Ahora piensa que le apetece regresar de nuevo a ese hospital de Madrid y quizá despertar a Ismael, y que Ismael le cuente lo que ocurrió. Tal vez también escriba sobre la nueva realidad de Clara y Juan Carlos, sobre esa nueva mirada entre ellos. Tal vez surja el amor y Clara olvide ese amor imposible por su profesor. ¿Por qué no? Todo se cura con el tiempo. Camilo piensa que puede decidir lo que él quiera. Aunque... ¿podrá

decidir lo que él quiera de verdad?

Da igual. Jugará al juego de su vida con todo lo que se le ponga por delante. Ahora tiene delante a Belinda y no quiere despertar si la vida es un sueño, ni quedar eliminado de la partida si es un juego. Quiere seguir con Belinda a su lado, con todo lo que tenga que venir. Y piensa que de momento no existe nada más real para él que eso. “Si uno nace mosca no envidia ser delfín –se dice de nuevo a sí mismo–. El mejor mundo es el de cada cual”. ¿Puede ser cierta esa afirmación?

Acuciado repentinamente por un impulso, Camilo saca su portátil de la mochila, lo enciende. Aún queda batería. Quiere saber cómo acaba la historia de Clara y Juan Carlos. Y así, mientras el taxi avanza en dirección a su destino desconocido, él decide sobre el destino de sus personajes:

Amanece, y Clara y Juan Carlos se levantan con la intención de seguir con sus investigaciones en la ciudad de Santander. La anciana excéntrica les prepara el desayuno mientras ellos hacen planes. Pero algo cambia de repente el rumbo de los acontecimientos. La mujer encuentra una nota que alguien ha pasado por debajo de la puerta: “Regresad a vuestra ciudad. Seguid con vuestra vida. Olvidaos de las historias que otros inventan y vosotros encontráis”. Mientras todos discuten y piensan en la extraña nota, en su significado, en si es una señal a la que deben hacer caso, Juan Carlos recibe una llamada telefónica. Se trata de Rita, la hermana de Ismael. “Ismael ha salido del coma –le informa–, se encuentra bastante estable y lúcido y pregunta por ti”. Rita le reprocha que ni siquiera haya llamado a casa para interesarse una sola vez por Ismael, con lo amigos que son. Juan Carlos le explica que llamaba al hospital varias veces al día. Entonces Rita les hace una revelación sorprendente: desde que ha despertado, Ismael no para de preguntar por lo que opina Juan Carlos sobre los relatos que su hermano escribió y que ella depositó en su buzón, de parte de Ismael, para que Juan Carlos los leyera.

Clara y Juan Carlos regresan inmediatamente a Madrid llenos de esperanza. Encuentran a Ismael envuelto en vendas y escayolas, y atado a mil gomas y agujas y botellas y bolsas con líquidos de todos los colores. Pero parece lúcido y bromea. “Tienes más vidas que un gato”, le dice Juan Carlos. Los dos ríen. “Y tú, veo que no has perdido el tiempo”, le responde Ismael señalando a Clara. “Solo es mi vecina”, contesta él, ruborizándose. Luego, hablan durante los diez minutos que les conceden para la visita y es entonces cuando Ismael desvela el misterio.

Ismael escribió un relato, *Sin retorno*, y lo mandó al periódico El País. A raíz del mismo fue seleccionado junto con otros autores para colaborar en una nueva sección cultural que abría el periódico bajo el título general de “Cuentos borrosos”, en donde se publicarían los mejores cuentos presentados por autores noveles. El cuento de *Sin retorno* fue el primero que salió. Y el segundo, *La musa*, también de Ismael, se publicaría dentro de un mes. Ismael no quiso firmar con su nombre y se decidió por el seudónimo de Golem, por la obra de Meyrink que tanto le gustó cuando la leyó. Quiso darle una sorpresa a Juan Carlos, por eso lo mantuvo en secreto, y se los

mandó a través de su hermana Rita, pues él no podía moverse del hospital y suponía que hasta la semana siguiente Juan Carlos no iría a verle. Ismael confesó que se moría de ganas de que viera su artículo en el periódico, como los escritores de verdad. No comprendía cómo habían liado tanto las cosas él y esa chica, Clara... buscando al supuesto autor en Santander. ¡Ni más ni menos que tan lejos! ¿Acaso no leyeron la nota que él escribió y que Rita metió en el cuaderno? ¿Que no había ninguna nota? Tal vez debió de caerse y no la vieron... En cuanto al tique del súper y al billete de autobús de una línea de Santander (que ellos tan estúpidamente llamaron “pistas”), pertenecían a un enfermo mental que fue trasladado en esos días desde una clínica de Santander hasta ese hospital de Madrid, y que repartía entre el resto de los pacientes billetes de transporte usados y tiques que recogía del suelo de los supermercados y que coleccionaba, asegurando que contenían las claves para acertar en los números de la lotería. Una chorrada como una catedral, pero él se los aceptó por seguirle la corriente. Sí, los usó de marcapáginas. Y dentro del cuaderno debieron de quedarse...

¿Que cómo era posible que en el cuento de *La musa* apareciera el nombre de Román Cañicero, el profesor de Clara, y que tanto tuviera que ver esa historia con el propio historial de amores imposibles de Clara? ¡Vaya...! Así que Luis Román Cañicero inventaba historias de su vida en todas partes... Ismael explicó que Román Cañicero era el profesor del taller de literatura de la librería Fuentetaja, al que él se había apuntado para soltarse con la escritura. Cuando llegaba a clase, Román Cañicero tenía la costumbre de presentarse cada día a sus alumnos como si no los conociera y cada día les contaba una historia inventada, diferente cada vez, sobre sí mismo. Nadie sabía cuál de entre todas las versiones que ese profesor inventaba sobre su persona era la verdadera historia de su vida. Era como un juego para él, como si de ese modo tuviera la oportunidad de ser cada día alguien diferente. Y les obligaba a sus alumnos a hacer lo mismo: inventarse una nueva identidad diariamente para presentarse en clase. Estaba un poco chiflado, pero era un gran profesor. Seguramente utilizó el mismo juego en la clase de Clara, inventando cosas que pensó que nadie descubriría. Pero ya ves... ¡la vida es un pañuelo!

En cuanto al propio relato en sí, el de *La musa*, y ese amor imposible... Ismael contó que se había inspirado para escribirlo en una chica de ese mismo grupo literario. Estaba enamorada de los libros de un escritor, y por más que él, Ismael, le tiraba los tejos, ella ni le miraba. Al final, se desquitó inventando el cuento de *La musa*. Y eligió el apellido de su profesor para el supuesto escritor protagonista, en homenaje a él, que tanto le había enseñado y gracias al cual había conseguido publicar su primer cuento. ¡Vaya casualidad que ese profesor extravagante hubiera sido también profesor de Clara en su instituto!

¿Pero cómo podía Juan Carlos pensar que él se había intentado suicidar? ¡Fue un accidente! Si hubieran llamado a su casa, su madre se lo habría explicado todo. ¡Mira que fue lerdo Juan Carlos no llamando a su casa e imaginando todo un sinfín de bobadas...! Le habían bajado a la planta tres para hacerle una radiografía de la

mano, pues la tenía un poco hinchada. Mientras esperaba la llegada del médico, salió a una terraza y se puso a escribir (siempre llevaba una libreta y un boli). De pronto, se le cayó el bolígrafo, era ese naranja que una vez le regaló el escritor Álvaro Pombo en una presentación de uno de sus libros, en la misma librería Fuentetaja donde acudía a los talleres. El bolígrafo se quedó enganchado en una repisa, por la parte externa de la barandilla. Él pensó que, pasando al otro lado de la barandilla y descolgándose ligeramente, lo alcanzaría. Pero la pequeña repisa cedió, perdió el equilibrio y, absurdamente, cayeron él y el bolígrafo. El boli se perdió para siempre. No recuerda nada de ese vuelo. Unos pacientes lo vieron todo desde otra terraza y por eso sabe qué ocurrió. Le dijeron que antes de llegar al suelo se golpeó en un toldo que cubre el primer piso. Eso le frenó y le había salvado de un golpe mortal contra el suelo. ¿Pero suicidarse? Él quiere vivir, con rollos mentales o sin ellos, le confiesa a Juan Carlos. Y más ahora que ha conseguido publicar sus cuentos. “A veces lo veo todo muy negro, como si estuviera en un laberinto del que nunca sabré regresar, como en ese relato de *Sin retorno* –confiesa–, pero entonces pienso que todo pasa y que al cabo de unas semanas volveré a ver el otro lado de las cosas. Tal vez merece la pena vivir solo por ver esa cara oculta, aunque solo se manifieste de vez en cuando”.

La enfermera los avisa del final de la visita.

De vuelta a casa, Clara decide empezar a escribir una historia, y eso es lo que hace en los meses siguientes. Una historia donde todo puede ser cierto y a la vez falso. Donde nada es lo que parece ser, y donde lo que imaginas puede influir en tu vida y en las decisiones que se toman tanto como lo que de verdad ocurre fuera de tu cabeza. Escribir aleja su pensamiento de Luis. La propia historia en la que se ve inmersa va curando su dolor sin que ella lo perciba. Luego, pasan los meses. Ella ha comenzado sus estudios de Filología y Juan Carlos sus estudios de Traducción. A veces coinciden en el metro. A veces en la escalera. A veces en la panadería. De vez en cuando Clara encuentra en su buzón algún libro de Juan Carlos, con alguna nota o con algunas páginas subrayadas. Ella, igualmente, le deja en el buzón poemas interesantes que lee, o libros que le gustan y quiere compartir. Un día Clara regresa a casa de noche. La escalera está a oscuras y al encender la luz del portal, se encuentra con Juan Carlos en el rellano del primer piso. A Juan Carlos, del susto, se le cae una torre de libros y una bolsa llena de manzanas amarillas, que ruedan por el portal en todas direcciones. Se ríen. Empiezan a recogerlo todo. La luz se apaga de nuevo. En medio del desastre y la oscuridad, de repente se juntan, se abrazan. Se besan sin decir nada.

FIN

El taxi llega en ese momento a una calle mal iluminada y se detiene frente a un portal.

—Aquí es —anuncia el taxista.

Camilo cierra el portátil. Belinda abre los ojos y se incorpora. Mira a través de la lluvia el edificio, de unos cinco pisos. En el tercero una ventana aparece iluminada, en

contraste con la oscuridad y la aparente ausencia de vida del resto de viviendas. Ahí es donde van. La casa de la profesora. Está segura.

—Vamos —dice Belinda saliendo del taxi con decisión.

Y Camilo y Belinda cruzan la noche, hacia el portal iluminado por la farola de luz mortecina. Llegan a la puerta, que está cerrada. Buscan el piso y la letra en el telefonillo con atención, no vayan a confundirse a esas horas intempestivas y molesten a otro vecino. Llaman. Ojalá la profesora esté sola, se dicen... Llaman, llaman, llaman con insistencia.

Verás, Félix... algo inexplicable acaba de suceder mientras te escribo esto. Algo verdaderamente extraño... insólito de verdad. Este era el final que te estaba resumiendo y que pensaba incorporar luego, más elaborado, a la novela. Y justamente cuando apenas había escrito esa última frase del párrafo que acabas de leer, en la que Belinda y Camilo llegan al portal y buscan el piso y la letra donde vive la profesora de latín, justamente en ese instante, levanto la cabeza del ordenador, miro la hora (las doce y media), pienso que estoy cansado y que ya acabo tu carta, y justo en ese segundo, en ese preciso momento... alguien llama a mi telefonillo con insistencia. Ya ves, ¡como si mis propias palabras escritas acabaran de materializarse! Mi sobresalto, como puedes comprender, ha sido monumental, no solo por lo que tiene de inesperado esa llamada, sino porque casualmente acaban de dar las doce y media, la hora prevista en la novela para que los personajes llegaran a la casa de la profesora. No he podido evitarlo. Un escalofrío me ha recorrido de los pies a la nuca y me he quedado paralizado. ¿Qué habrías hecho tú? ¿Habrías abierto o preguntado sin más? Me he asomado a la ventana, he visto un taxi en la puerta, esperando. ¡Cuánta coincidencia!, ¿no te parece? Desde mi casa era imposible ver con claridad quién había junto al portal, pero se insinuaban dos sombras en la acera. Rápidamente y, he de confesarlo, con bastante nerviosismo, he bajado la persiana, he echado la cortina, me he mantenido en silencio, como agazapado en mi propia casa, como escondido, mientras el telefonillo seguía sonando insistente. He tropezado con una silla de los nervios que me han entrado y me he caído sobre la mesita del teléfono. La figura de Lladró que me regalaron mis alumnos por mi boda hace ya unos cuantos años, y que mi mujer no consiente tener en nuestro piso de Granada, ha ido a parar al suelo y la escopeta del cazador se ha desportillado levemente. Mi mujer se alegrará, seguro. ¡Qué sensación, amigo mío! Luego, ha vuelto el silencio. La lluvia golpeaba fuerte en la persiana. Otra coincidencia con la historia de Belinda y Camilo. Aunque en este caso, tal vez sea yo el que metió la lluvia en mi historia. He oído el ruido de un motor que arrancaba, abajo en la calle. El taxi marchando de nuevo. Y, tras un tiempo indefinido de perplejidad, he vuelto aquí, al *email* que te escribo, para contarte todo esto que me acaba de acontecer.

¿Te das cuenta, querido amigo, de cómo nos sorprenden las historias? ¿Te das cuenta de que tal vez yo también haya sido alcanzado por ellos, por mis propios personajes? Buscando el origen del cuento, Belinda y Camilo no han llegado hasta la

casa de la profesora de latín, un personaje ficticio inventado por mí, sino hasta mí, ¡hasta su autor! Igual que Camilo no llegó hasta Lucía (el personaje) sino hasta Belinda. ¿Eres consciente de lo que significa eso, no solo para mí, sino también para ti? ¿No te da pavor solo de pensarlo? ¿Puedo acaso pensar, sin creer que estoy completamente loco, que eran ellos, Camilo y Belinda, y que yo no soy más que... parte del juego de otro, un eslabón más de la cadena, y que mi realidad no es sino... la ficción de alguien que escribe mi historia en alguna parte? ¿Acaso he caído en mi propia trampa, en el engaño que astutamente creí que les preparaba a mis propios personajes, riéndome entre líneas mientras escribía, al verles debatirse en esas angustias trascendentales por las que les he hecho pasar? No, no quiero saberlo. Es demasiado aterrador encontrarte con que nada es lo que parece y que lo que escribes de repente se hace real, o lo que es peor: que tu realidad tan solo es parte de lo que escribes o de lo que escribe otro. ¿Qué creíamos ser que no somos, Félix? ¿Te das cuenta? Esa pregunta, la pregunta que yo hice que se plantearan mis personajes, ¡nos acaba de alcanzar también a nosotros!

No quiero seguir con esta novela. ¡Está maldita! Y después de esto, ¿cuántas páginas más podría continuarla? Sin embargo, creo haber encontrado el dato que faltaba para concluirla. Digamos... que el final acaba de revelárseme como una pesadilla que quiero olvidar y transformar. O mejor dicho, que en realidad no puede haber final, porque esta historia sería infinita. Y ahora sería yo, que me creía el autor (el origen de todo, ¡Dios!), el que debería salir en busca del verdadero origen, de ese otro que tal vez me inventa. No sé, quizá eso sea lo que haga a partir de mañana... ¿Puede alguien vivir con esta duda?

Terminaré, pues, con esta carta para ti y solo tú guardarás, como buen confidente que siempre has sido, el manuscrito completo. No lo enseñes a nadie. Te escribiré al pie de la carta ese final que me pides, que no es un final absoluto, como te digo, sino solo el que me ha sido dado saber por el momento. Luego, no sé qué haré, si volveré a la normalidad de mi vida rutinaria, a mis clases en la Universidad de Granada, cuando pase este verano lluvioso, estos días que transcurren en Santander, o también crecerá en mí ese veneno que me llevará a buscar mi propio origen. Aunque por otro lado, ¿por dónde empezar a buscar? Yo no tengo ninguna pista de la que tirar, ningún cuaderno...

Adiós, amigo. Esta noche, mi perplejidad se ahoga entre la lluvia, mis propias lágrimas y los versos de un poeta que ahora mismo recitan en la radio, encendida sobre mi mesa. Ya ves, como haciéndose eco de mi propio destino, y que deseo transcribirte como si fueran mis propias palabras en esta noche, mi más profundo y oscuro sentimiento:

*¿Cuándo podré crear
Un mundo tan real
Como irreal es este
En el que vivo?*^[2]

Y he aquí mi despedida, con ese final que me pides.

Belinda y Camilo no encuentran a la profesora de latín. Nadie les abre la puerta por más que insisten. Miran hacia arriba, hacia esa ventana iluminada, y se dan cuenta de que alguien, en el tercero, acaba de bajar la persiana. “No quiere saber. Igual que nos sucedió a nosotros”, piensa Camilo, pero nada le dice a Belinda. Belinda se sorprende a sí misma suspirando con alivio. “Tampoco ella quiere saber”, piensa Camilo. Los dos regresan al taxi, y mientras este emprende el camino hacia la ciudad, se apoyan el uno en el otro sumergidos de nuevo en sus múltiples pensamientos. Al pasar por la carretera cerca de unos acantilados, Camilo le pide al taxista que se desvíe y pare poco después. Luego baja con su mochila sin dar explicaciones a Belinda y camina hasta el mismo borde del acantilado, oscuro, resbaladizo, sin linterna, mientras Belinda, perpleja por su reacción, sale tras él intentando alcanzarle, presa de oscuros presagios. Le grita bajo la lluvia. El pelo le chorrea por la cara, pegado a sus mejillas, pero el viento, que le da de frente, se lleva sus palabras hacia atrás y sabe que Camilo no podrá nunca oírla por más que ella le chille. Ahora Camilo ha desaparecido. Se ha acercado tanto al borde del abismo que ella, pocos metros más atrás, ya no puede distinguir su figura. ¿Sigue ahí? Los gritos de Belinda continúan perdiéndose en la noche. Quiere acercarse pero no ve nada y teme caer por algún agujero entre las rocas. Espera y grita, hasta que de nuevo la figura de Camilo, como el caballero de las sombras, se recorta gradualmente y se aproxima hacia ella.

—¿Qué te pasa, por qué gritas de ese modo? —le pregunta él con asombro.

Belinda le abraza, impulsivamente.

—Creí que ibas a tirarte por el acantilado —dice.

Camilo se sorprende, sonríe, le acaricia en la mejilla.

—¿Igual que le pasó a Chema? —pregunta.

—Chema no se tiró. Chema intentó alcanzar la gorra que se le había volado y el viento le hizo perder el equilibrio —aclara ella al fin—. Fue un accidente. Un tonto y absurdo accidente. Él quería vivir.

—Entonces, ¿qué descubrió de sí mismo?

—¿Qué más da ya eso? Ya te lo contaré en otro momento. Y tú, ¿por qué te has acercado al acantilado?

—Quería tirar el cuaderno que encontraste. No sé si tiene algo o no que ver con nuestra vida, pero no quiero saber nada más de él. Ni quién lo escribió, ni quién lo perdió. Abandono la búsqueda. Solo deseo vivir.

—¿Crees que ese cuento fue de verdad escrito para nosotros? —pregunta Belinda.

Camilo se encoge de hombros. ¿Quién puede responder a esa pregunta?

—¿Qué más da, al fin y al cabo, si esas historias tienen que ver con nuestra vida o solo vemos en ellas lo que queremos ver? Quizá todo lo importante de nuestra vida lo es tan solo por nuestra forma especial de mirar las cosas.

Belinda y Camilo vuelven al taxi. De repente, ella piensa que también desea que su vida continúe tal y como siempre ha sido. Tiene la certeza de que la persona que no ha abierto la puerta los ha esquivado, como ella huyó de Camilo o como Camilo esquivó a Clara y a Juan Carlos. Pero, de pronto, siente que le da igual descubrir o no el origen de

todo. Solo desea seguir con Camilo, ahora que se han encontrado. Escribir sobre él, ese es su deseo. ¿Pero qué dice? Mejor aún, conocerle de verdad, tal y como él se está manifestando al margen de lo que ella escribió sobre su personaje hasta el momento en el que se encontraron. Ya no son los mismos. Ella dibujó a Camilo y ahora Camilo, a su vez, la está dibujando a ella. Y los dos comienzan a salir de su anterior realidad para formar juntos una nueva realidad. Una nueva historia de los dos. Tal vez solo proceden de un simple folio escrito o de una pantalla de ordenador. Pero Dios sopla sobre el barro y el barro se convierte en hombre, piensa Belinda sonriendo. Y sopla sobre la palabra y la palabra se hace carne. Mosca, delfín... tal vez es cierto lo que piensa Camilo, tal vez no importa demasiado a fin de cuentas.

El taxi entra de nuevo en la ciudad. Cruza veloz plazas y calles. Luego, azarosamente, se detiene en un semáforo. A pocos metros de ellos, una tienda de regalos parece encender la noche. Y de pronto, allí, en el centro del escaparate iluminado, rodeada de cientos de figuras de porcelana como seres paralizados en el tiempo, la figura altiva del cazador con perro los mira intensamente. Durante unos instantes detienen en ella su mirada, y por primera vez, allí, en medio de la noche, hasta les parece hermosa.

El taxi continúa su marcha. Agotados por las emociones y descubrimientos de esos días, se besan. Luego, se duermen apoyados el uno en el otro. En la radio, como si procediera de una remota lejanía, reverberan, como un eco, las palabras de un poeta:

*Qué delicia sería
Tener conciencia clara
De que todo esta noche
Es solo un espejismo,
Y respirar entonces
Como por vez primera,
Gozando, ya sin ansia,
La pura inexistencia*^[3].

Y mientras ellos duermen y el poeta canta, el taxi atraviesa la ciudad hacia casa de Belinda, hacia un nuevo y emocionante destino inexplorado, por calles solitarias y abarrotadas, iluminadas y a la vez también oscuras. Como siempre son las calles de cualquier ciudad.

FIN

Nota de la autora

El 28 de marzo de 2009 terminé de imprimir y encuadernar esta novela titulada Salí de casa a las cinco de la tarde, del pueblo de Cercedilla donde vivo, para dirigirme a Madrid. Había quedado con una amiga en el café Comercial para dejarle mi novela y que me diera su opinión sobre ella.

Al regresar por la noche, la puerta del jardín de mi casa estaba abierta. Pensé que descuidadamente yo la habría dejado así, sin cerrar con la llave. Pero al atravesar el jardín hacia la casa, me dio la impresión de que la tenue luz del porche iluminaba algo extraño entre los setos, algo que antes no estaba allí. Me fijé bien. Desde lejos me pareció un enano, uno de esos horribles enanos que la gente pone, ¡a saber con qué fin!, en los jardines y que yo, desde luego, jamás habría tenido el mal gusto de comprar. ¿Quién había entrado en mi casa para dejar aquello? Me acerqué con tremendo fastidio. Pero no, no era un enano. Era algo... En fin...

La figura de Lladró, el cazador con perro, me miró burlona y altiva, como con ciertos aires de venganza. El cazador tenía la escopeta rota, tal y como quedó la figura de mi personaje, Román Cañicero, cuando este tropezó con ella al asustarse por la llegada de Belinda y Camilo. Instintivamente y con gran sobresalto alcé la cabeza. En la casa de enfrente, el nuevo y extraño vecino observaba todo entre los visillos.

PALOMA SÁNCHEZ IBARZÁBAL
www.ecos-cuentosborrosos.es

Índice

ECOS HISTORIA DE LOS CUENTOS BORROSOS

Historia de los cuentos borrosos

(Lo escrito en el CUADERNO ROJO)

LA MUSA

SIN RETORNO

(FIN de lo escrito en el CUADERNO ROJO)

Nota de la autora

^[1] Si quieres leer el cuento, entra en www.ecos-cuentosborrosos.es.

^[2] *El don de la ignorancia*, José Corredor-Matheos, Premio Nacional de Poesía 2005.

^[3] *El don de la ignorancia*, José Corredor-Matheos, Premio Nacional de Poesía 2005.

Índice

ECOS Historia de los cuentos borrosos	2
Historia de los cuentos borrosos	5
(Lo escrito en el CUADERNO ROJO)	6
LA MUSA	16
SIN RETORNO	43
(FIN de lo escrito en el CUADERNO ROJO)	84
Nota de la autora	124